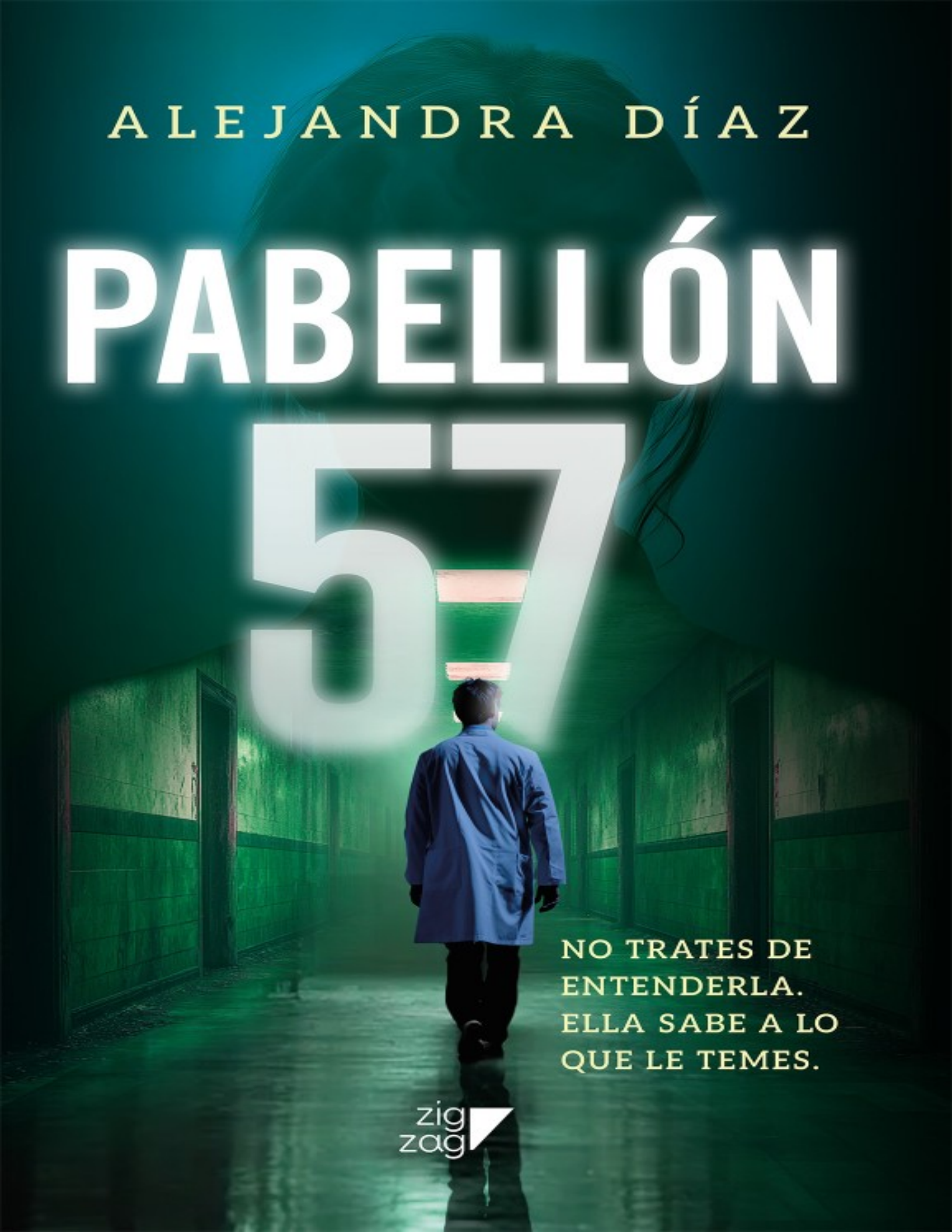
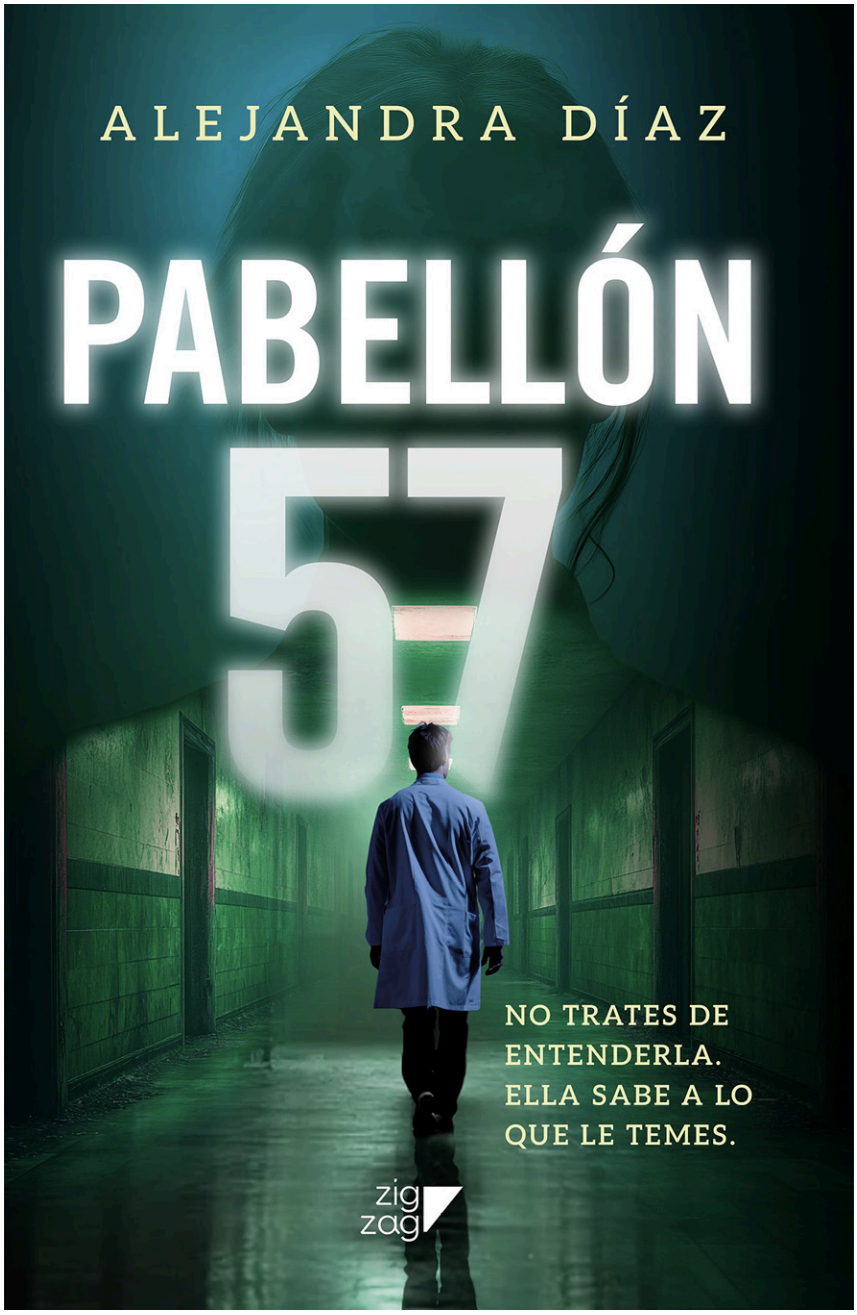
ALEJANDRA DÍAZ

PABELLÓN 57



NO TRATES DE ENTENDERLA. ELLA SABE A LO QUE LE TEMES.

zig zag


ALEJANDRA DÍAZ
PABELLÓN
57
NO TRATES DE ENTENDERLA. ELLA SABE A LO QUE LE TEMES.
zig zag

ALEJANDRA DÍAZ

PABELLÓN 57

zig zag

I.S.B.N.: 978-956-12-3812-1
I.S.B.N. digital: 978-956-12-3819-0
1ª edición: agosto de 2025.

Diseño de portada: Genoveva Saavedra / aciditadiseño
Imágenes de portada: AdobeStock.com /Nina; HiroSund; Kitta Studio.
Diseño interior: Mirela Tomicic Petric

© 2025 por Alejandra Díaz.
Inscripción nº 2025-A-6792. Santiago de Chile.
© 2025 de la presente edición por
Empresa Editora Zig-Zag S.A.

Derechos exclusivos para todos los países.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag S.A.
Isidora Goyenechea 3365, oficina 902.
Las Condes. Santiago de Chile.
@zigzageditorial @zigzaginfantilcl

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización por escrito de la editorial.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com

A ti, que me pediste que gastase toda la tinta del universo. Que eres el motor y la inspiración de mis días.

No hay nada que temer frente al enemigo, porque el cuerpo y la mente están siempre en alerta. Sin embargo, el amigo disfrazado, puede causar la peor de las tragedias.
Alejandra Díaz

1
Un caso

La Unidad de Criminalística de la Policía de Mérida lleva varios años clamando por atención. En aquel edificio de tres pisos ubicado en el barrio de San Victorino, el aire pesado e impregnado de papelería antigua solo es soportable por el aroma a café que se cuela por las rendijas.

En el ruidoso espacio del último piso resulta evidente la falta de amplitud, porque en apenas dos habitaciones se apretujan los ocho detectives y la secretaria de la unidad. Estos sujetos son importantes, claro que sí, sin embargo, sus escritorios se llegan a rozar como si se encontraran en un tablero de Tetris. Salvo el capitán, Julio Gómez, un hombre que bordea la cincuentena, a quien, por el rango, se le han otorgado cuatro metros cuadrados de oficina privada. Aunque, más que, eso parece un campo minado en plena toma de una explosión, por la cantidad de recortes de prensa y fotografías que cuelgan de sus paredes.

La sala de interrogatorios, ubicada al fondo, es sin duda lo mejor. Luego de un buen par de negociaciones con la alcaldía, el capitán ha conseguido que le instalasen un vidrio unidireccional, un espejo espía y, por supuesto, laminado, acústico e inastillable. Y menos mal que lo tenía, ya que sin eso aquella sala se parecería más a una oficina de despacho de pedidos por Internet que a un cuartel de investigación.

–Café de grano, con un poco de agua fría y un toque de leche batida –dice la teniente Carla Martínez sosteniendo el brebaje

humeante con la mano estirada mientras ingresa a la oficina del capitán.

–Falta algo… –afirma él, con un tono entre autoritario y desafiante desde su escritorio.

–¿Sin azúcar? –pregunta Carla mientras siente el peso de su mirada.

Decir que el capitán Gómez no es un hombre fácil es quedarse corto, el capitán es más bien lo que llamaríamos un hombre pesimista, y además con un humor más negro y salpicado que las lluvias habituales de aquel pueblo, al menos eso es lo que piensa Carla de él cada mañana, mientras recorre la media cuadra que hay entre la cafetería y aquella oficina. La chica siente repudio. Y no es que sea una mujer insegura, de hecho, no lo es, pero cuando está frente a Gómez (o Godínez, como le dicen sus subalternos por la espalda) en más de una ocasión ha debido barrer su ego herido y agachar el moño.

–¡Correcto! –afirma este con una sonrisa ganadora, como quien le ha enseñado a un niño de primaria algo tan glorioso como aprender a leer.

A lo lejos, suena *Poker face* como *ringtone* pegajoso de algún celular. El sonido logra sobresalir entre el tumulto de voces del lugar.

Carla Martínez sonríe.

Sin duda lo considera una maldita ironía, como si el mundo le refregara en la cara la mala suerte que ha tenido. Y no digamos que es una mujer exigente, claro que no. Una mujer conformista tampoco. ¡Vamos!, no se trata de eso, pero sin lugar a dudas es una mujer con aspiraciones. Y qué simple se oyó la palabra aspiraciones en la entrevista de trabajo. Fue en aquella ocasión en la que pensó que su futuro estaría rodeado de guerras ganadas y de grandes desafíos. Sin embargo, tras noventa y dos días –porque lleva la cuenta– a cargo del capitán Gómez, las expectativas están lejos de ser alcanzadas.

Carla piensa en ello todas las noches.

Se escucha un nuevo timbrazo en la sala. Esta vez irrumpe el ring del teléfono fijo. Esto consigue desconcentrarla de su propio lamento.

Tras el sonido del aparato telefónico, se ha producido un generoso y poco habitual silencio en aquella unidad y todos, hasta Gertrudis, la añosa y huesuda secretaria, quien suele estar despistada todo el tiempo, giran la vista hacia el despacho del capitán. Esto, porque en la Unidad de Criminalística de Mérida, un teléfono fijo haciendo ruido es un evento raro. Todo es emails o mensajes de texto. El teléfono fijo, que suele estar cubierto por una densa capa de polvo, es para los casos jugosos. No suena jamás. Y menos en los tiempos de la telefonía móvil.

–¡Aló! –contesta el capitán con voz seca mientras restriega su gigantesca mano por la barbilla mal rasurada–. Ajá, ajá…

El capitán rara vez otorga detalles que puedan hacer vislumbrar el tenor de las conversaciones. Esta no es la excepción.

Con un golpe seco, cuelga.

Hay silencio, no vuela una sola mosca.

El hombre se levanta con rapidez y coge la vieja y gastada chaqueta de pana café que cuelga tras la silla de su escritorio. Una chaqueta que le regaló su madre unos años atrás y que utiliza todos los días, sin excepciones. Está completamente fuera de moda, pero ¿qué le vamos a hacer? Digamos que al capitán Gómez tampoco le importa mucho lo que los demás piensen.

–¡Agarra tus cosas, Martínez! –ordena mientras se dirige hacia la puerta de salida.

–Eh… ¿Yo? –pregunta ella, sin disimular su sorpresa.

–¡Obvio que tú, Martínez! Levanta ese glorioso trasero que Dios te dio y sígueme. ¿O pensaste que estabas aquí solo para traer café?

Quizás, en otras circunstancias, Carla lo hubiese levantado y dejado caer. Quizás, en otras circunstancias, Carla se hubiese marchado no sin antes gritarle un par de improperios. Pero, a pesar de su deseo de protestar, sabe que no puede.

Hay mucho en juego como para mostrar la baraja.

Desde hace ya varios días que la chica que está maquinando la idea de renunciar, pero lo quiere hacer a lo grande, quiere que resuene. No es solo una cuestión de orgullo, sino de dignidad. Lo mínimo que estampará será una denuncia por maltrato laboral. ¿Cómo es posible que no sea capaz de asignarla en ningún caso? Es

la pregunta recurrente que queda grabada todas las noches en su almohada.

Sabe que no está empleada hace tanto tiempo, pero, ya, ¡vamos!, hasta al alumno en práctica le ha asignado un caso: los robos a cajeros automáticos de las bencineras. Carla preferiría un caso soso antes que no tener nada.

Entonces, solo se limita a apretar los dientes bajo una sonrisa, de manera que casi no se nota. Y es cuando retorna la interrogante, de nuevo: ¿qué hace una chica como ella en una unidad de criminalística con un jefe que está que la desarma? Es más, ¿qué hace bajo la supervisión de un capitán de pueblo que no porta ni media medalla de plástico? Bueno, ese ya es otro tema.

–¡Martínez!, ¿vienes?

–¡Sí! –responde. Y no solo responde. También asiente. Con la cabeza, claro. Lo ve desaparecer por el corredor rumbo a las escaleras como si fuera un mago. Godínez jamás usa el elevador.

Pero Carla es rápida, y más joven, y también más delgada que el capitán Gómez y, pese a los tacones, antes de descender el último escalón ya le ha dado alcance. En cuanto cruzan el umbral del edifico, se encuentran con el clásico bullicio de los vendedores ambulantes que suelen ubicarse frente a la unidad los miércoles por la mañana. Pero, pese al tumulto de feria, los detectives avanzan a paso rápido por casi una cuadra. Carla no desea caminar junto a él y lo hace a treinta centímetros de su nuca. Cualquiera que la viera diría que lo escolta. El capitán Gomez se detiene en seco y Carla queda a pocos milímetros de estampar su respingada nariz contra la chaqueta de uso diario y habitual de su jefe.

–Sube –le indica él, señalando una vieja Citroneta blanca de dos puertas. Un clásico que con seguridad alguna vez tuvo días mejores. Carla levanta la manilla y, tras abrir, queda unos segundos perpleja al distinguir en el interior tal cantidad de envases de comida rápida, como si allí dentro se encontrase el mismísimo contenedor de basura.

–¿Este es su auto, capitán? –interroga con los ojos muy abiertos.

–¿No te gusta?

–No es eso… –musita, arrepintiéndose al segundo de su torpeza.

Ya se había prometido a sí misma no discutir con él. Solo temas laborales. Debía recordar a diario las reglas para relacionarse con la personalidad de su jefe. Además, no digamos que Carla es una mujer maniática del orden, no, ese no es el caso, pero le gusta lucir arreglada mientras se encuentra en la jornada laboral.

Una cosa de decoro.

Carla desplaza las cajas y vasos que están sobre la goma del piso del asiento del copiloto con la punta de uno de sus zapatos, sintiendo el roce áspero del cartón deslizándose, y se acomoda en el asiento mientras un olor a humedad invade el ambiente casi tanto como el ruido del exterior. En eso, un líquido tipo cola comienza a derramarse por la comisura de su calzado talla treinta y seis, que aquella mañana lucían de un blanco tan reluciente. Sacude el pie al contacto con aquella textura fría y pegajosa y esta vez ya no le es posible contenerse.

–Pff –resopla hastiada mientras la sustancia viscosa le recorre la suela.

El capitán Gómez no retira la atención del frente, es más, en ningún momento dirige la vista hacia Carla. Como si en lugar de una queja, más bien fuese el zumbido de un molesto insecto. Afloja los dedos en una danza rítmica sobre la polvorienta y rugosa caja de cambios. Con un movimiento brusco que hace rugir el motor arremete en la segunda velocidad.

–¡Muévete, hijito! ¿Quién te dio la licencia? ¿Tu papá? –verbaliza al fin Godínez contra el Suburban gris que se le ha atravesado. Su aliento cálido se estampa contra el vidrio empañado.

–Sabe que no puede oírle, ¿verdad? –dice Carla con una mueca irónica.

Él la mira desafiante.

–¡Pues claro! Por supuesto que lo sé –responde con una carcajada seca mientras el olor a aceite quemado ya inunda el vehículo en movimiento–. ¿Qué crees que soy? ¿Estúpido?

Carla está segura de que es así, pero, tal y como lo ha estado haciendo toda la mañana, se reserva sus opiniones.

–Y ¿de qué se trata el caso? –interroga con agilidad, cambiando el tema.

–Un probable parricidio.

–¡¿Un niño?!… –se sorprende ella. Frunce el ceño y mueve el rostro hacia la ventana opaca, luego de que le ha abofeteado el chorro caliente que comienza a salir de la rejilla del aire acondicionado.

–Un joven, de catorce años. Su nombre es Mauricio Smith. La madre está involucrada –asegura el capitán.

–¿Es el caso del periódico de esta mañana? –menciona Carla mientras otorga luz al móvil con el contacto de sus uñas recién esmaltadas.

–¡¿Cómo que el caso de esta mañana?!

–Salió en el…

–¡Malditos periodistas! –exclama el hombre, otorgando un golpe seco al volante con el puño.

Carla se sobresalta cerrando los ojos en un acto reflejo.

La rubicundez se apodera del rostro del capitán y, de entre sus dientes apretados, impresiona que en cualquier momento saldrá un caudal de espuma como si fuese un perro rabioso. Detesta a la prensa, porque como ya ha visto casi de todo, en más de una ocasión se ha debido enfrentar a la torpe intervención de algún periodista.

–Pero ¿está muerto? –vuelve Martínez a la carga, sin despegar la vista del teléfono móvil y haciendo caso omiso al reciente descontrol del jefe. Luego, se gira hacia él y anuncia–: El chico de la noticia solo está desaparecido…

–¡Exacto, está desaparecido! –afirma, exhalando su frustración.

–Pero dijo parricidio.

–¡No seas tan literal, Martínez, por Dios! Es el mismo caso y los periodistas se nos adelantaron, como siempre. Y me encabrona, porque interfieren con la investigación. Publican lo que sea con tal de mostrar un titular jugoso y, cuando falta información, pues ¡lo joden todo! Es un caso importante.

–¿Importante?

–Sí, importante, ¿me entiende, Martínez? Porque hay un antecedente: el hermano del chico desapareció hace doce años. Lo encontró un lugareño un mes después de que comenzamos la

búsqueda. Lo encontró en el subterráneo de una vieja bodega a unos veinte kilómetros de su casa. Nosotros no anduvimos ni cerca.

Y el ardor estomacal le vuelve al capitán Gómez cual si hubiese prendido una fogata. Es que al hombre le gusta ganarse el sueldo. Su salario, como lo llama. Pese a que una de las tantas cosas que ha perdido en su vida es la ambición.

Le da igual. No quiere escalar.

Pero le descompone el día cuando hay algo que debe hacer y no le resulta. Debían de haberle descontado al menos la mitad del sueldo, pensó en esa ocasión, a él y a toda la tropa de atorrantes que lo acompañaron en el caso. Bueno, tampoco puede pedir tanto, porque el Gobierno, que está cada vez más paupérrimo, si hay algo que ya casi no hace es enviar a la elite de detectives a los pueblos que no son del interés de nadie.

Carla Martínez fue la excepción.

El capitán lo supo desde que la vio ingresar por la puerta el día de la entrevista. La chica estaba absorta y concentrada. Había bloqueado todas las emociones que puede sentir un ser humano, así de una vez. Ni temblor esencial, ni cambios en el tono de la voz, ni sudoración de manos, ni una sonrisa nerviosa… Nada. Jamás bajó la vista. Observó fijamente a sus dos entrevistadores y se limitó a responder sin titubeos cada pregunta, como si de un robot se tratase. Después de contratarla, el capitán Gómez se dedicó a observarla desde lejos y, también, a ponerla a prueba. Deseaba exaltar su paciencia porque, aunque era fría como un cubo de hielo, lo que no podía permitir en su subalterna es que perdiera el control. Tarde o temprano, la necesitaría.

–¿Qué falló? –siguió ella.

–Un mal equipo, pistas confusas, una madre que no colaboró para nada… En esa ocasión, y tras su desaparición, en cuanto se inició la búsqueda, su madre anunció que el niño estaba destinado a morir. El chico falleció por inanición. Estaba desnutrido y deshidratado. El cuerpo no tenía signos de violencia, ni muerte traumática, ni ADN de terceros, ni nada. Sin embargo, no hubo pruebas para condenarla.

–¿Y ahora dónde está la madre?

–Sentada en el sillón de su casa. Para allá vamos.

–¿Y declaró algo?

–Así es…

–¿Qué dijo?

–Que el chico estaba destinado a morir. Así que, otra vez, Martínez, te otorgo las palabras correctas para evitar que tu cerebro explote de confusión: si no nos damos prisa, estaremos ante un parricidio y, de nuevo, ¡será nuestra maldita culpa!

2
Un candado

Doce años antes

Las huesudas manos de Facundo Rodríguez elevaron el cobertor de lana con dificultad. Mientras lo hacía, arqueó las cejas y endureció el rostro, como si con aquel gesto fuese a obtener la fuerza que hacía tanto tiempo le venía en falta.

Ya no se daba licencia ni siquiera para pensar y, si lo hacía, una lágrima amenazaba con rozar su mejilla y entonces la tristeza lo embestía como la misma neblina que en aquel instante devoraba la estancia, ahogándolo cual si fuese una ola hambrienta.

Con movimientos calmos, arrastró los pies rumbo a la cocina. Se encorvó un poco y acercó el rostro hasta percibir el ardor en sus mejillas, luego inhaló profundamente, atrapando en los pulmones el vapor con olor a eucaliptus que surgía de la lata que chirriaba sobre la cocinilla, y la cogió del mango con una tela vieja para alejarla del calor. Unos minutos después, cuando consideró que esta ya no quemaba, la elevó hasta la altura del rostro y, tras observar el brebaje, ingirió un sorbo. Sus ojos se cerraron en un sutil movimiento de placer al producirse el contacto de su áspero paladar con el líquido caliente. Necesitaba reconfortar el cuerpo. Encendió la radio ubicada a un costado y apretó los dientes al no lograr sintonizar ningún canal, quedándose con la única compañía del chirrido, como si fuese una máquina descompuesta.

Al final, la desconectó.

Luego, se puso el ropaje que colgaba tras la puerta y aprisionó sus esqueléticas piernas en el par de botas. Unos minutos más tarde se amarró un pañuelo rojo al cuello, se acomodó el sombrero sobre el gris del cabello y encumbró los pasos hacia el exterior. Tras abrir la puerta, se detuvo unos segundos bajo el umbral de la pequeña vivienda y, con un suspiro de resignación, en silencio, maldijo su suerte. La cantidad de barro que había dejado el diluvio de la noche anterior harían de su jornada un martirio. Pese a todo, encendió su linterna de mano e inició la marcha. Anhelaba observar la claridad de la luz que solían otorgar los rayos del sol en las mañanas. Sin embargo, el espeso manto que acompañaba el inicio de aquella jornada vaticinaba que no lograría cumplir su deseo.

Sabía que no tenía muchas opciones y, a sus setenta y tantos, le hubiera gustado en un día como aquel quedarse bajo las mantas. Pero el mal tiempo ya lo había obligado a hibernar durante casi dos días y, si no salía pronto, perdería la estela que solía dejar la huella del ganado. Y Facundo Rodríguez debía salir a trabajar. El hombre había enviudado hacía más de diez años. Se había acostumbrado a estar en casa y jamás bajaba al pueblo. Se podría decir incluso que la gente ya lo había olvidado. ¡Hasta los hijos lo habían olvidado! Sin embargo, aquel día, Facundo Rodríguez acapararía todas las portadas de los diarios.

Tras salir, cerró la puerta con doble cerrojo, más por costumbre que por inseguridad, y avanzó con dificultad. La visibilidad envuelta en aquel manto vaporoso era casi inexistente, por lo que cogió un palo de madera que haría las veces de bastón y le permitirían tantear el terreno.

–¡Bernabé!, ¡Capitán! –gritó a sus canes, que se sacudieron la modorra y comenzaron a seguirle el paso con movimientos tan calmos como los de él–. ¡Vamos, chicos, hay que arrear el ganado!

Ambos perros eran de una anatomía exuberante y, pese al mestizaje de su raza, imponían respeto. Poseían un pelaje de color tan gris como el de aquella madrugada y, tras la orden del amo, se adelantaron hasta perderse entre la neblina.

El recorrido sería el mismo de siempre y Facundo
Rodríguez podría haberlo realizado con los ojos vendados. Fue por

eso que se extrañó al oír el ladrido de los animales en la dirección opuesta.

–¡Perros necios! –clamó en voz alta–. Ahora me harán perder tiempo. ¡Seguro que andan tras las liebres!

Apuró el tranco para alcanzar a los canes, pero después de andar unos cuantos metros y tras casi darse de bruces con la cerca de madera, se percató de que habían cruzado al territorio vecino. Aquel fundo llevaba años inhabitado y estaba seguro de que un día cualquiera el Gobierno vendría y se apropiaría de aquellas tierras tan abandonadas.

–Bernabé, Capitán, ¡vuelvan para acá! –les ordenó golpeando la cerca con la rama que portaba.

Pero los animales hicieron caso omiso y mantuvieron el ladrido constante e inquieto tras la neblina que envolvía sus rostros. Esta se asemejaba a la delicada tela de un visillo que decoraba un ventanal.

El hombre se encaramó a la cerca de madera y, pese a la liviandad de sus huesos, se sintió pesado. El ropaje para protegerle del frío se le impuso como una tonelada sobre el cuerpo. Sin embargo, no cesó en su objetivo y, tan solo poner el segundo pie en el territorio vecino, encumbró los pasos con rumbo fijo en dirección a los ladridos y, cuando estuvo a menos de un metro de ellos, recién pudo distinguir a los canes. Notó que estos intentaban escarbar hundiendo las patas en el barro a las afueras de la tranquera de una desvencijada bodega de madera. Se acercó a la portilla y se percató de que estaba cerrada con un gran candado que podría ocupar toda la palma de su mano.

–¿Qué les llamó la atención, muchachos? –les dijo golpeándole el lomo a uno de ellos y chasqueó la lengua al tiempo que visualizaba la escena. Acto seguido, lanzó–: seguro que debe ser un animal muerto.

Facundo Rodríguez bordeó el sitio. Era una vieja estancia sin ventanas. Sabía también que el terreno estaba desolado hacía ya bastante tiempo, por lo cual el candado brillante y carente de óxido llamó su atención. Tras meditar unos minutos, cogió un peñasco que yacía junto a sus botas y, bamboleando la cabeza, les hizo un gesto a los perros para que se alejaran de la puerta, orden a la que estos

respondieron de inmediato, posicionándose tras de él. Otorgó un único golpe, seco y directo, a la vieja madera, y la piedra la traspasó, soltando el cerrojo que la clausuraba. El hombre empujó la añosa puerta con la mano, haciendo chirriar la bisagra, y tuvo que afirmarse de esta misma para evitar caer al suelo tras la estampida desesperada de ambos canes para ingresar. Cuando se disipó la estela de polvo generada por el movimiento de las ágiles extremidades de los animales en el interior al remover los escombros, solo se oyó el gemido angustiado con el que olfateaban por cada esquina. Facundo Rodríguez apreció el recinto. Destacaba una que otra planta de maleza, reflejo del abandono; algunas tablas apiladas e infestadas por las polillas y un balde de metal de un color blanco desgastado.

Al fondo, una pequeña tabla de madera contrastaba sobre el suelo de tierra. En aquel lugar se detuvieron ambos perros y su desespero se intensificó. El hombre observó con detenimiento y, tras notar que un nuevo candado le impedía el paso, se arrodilló sobre la tierra para intentar quitarlo.

Con tan solo acomodar su enjuto cuerpo en aquella posición, pudo sentir un olor pútrido; algo que jamás había percibido, y que le abofeteó el rostro. Las náuseas fueron inmediatas y, solo por instinto, se cubrió la huesuda y fría nariz con el brazo izquierdo. Luego arrugó la frente con intensidad y con los ojos cerrados, se puso de pie y retrocedió algunos pasos. Necesitaba respirar aire fresco.

Sabía que los perros no se marcharían y, por algún motivo que no se explicaba, él tampoco lo haría.

Se sacó el pañuelo del cuello y lo ató con fuerza a su nuca, asegurándose de cubrir nariz y boca. Retornó a la pequeña puerta de madera del suelo y la golpeó con ímpetu con las botas hasta que un crac le aseguró que la había hecho ceder. Se agachó de nuevo y la levantó, dejando escapar un hedor espeso y amoniacal que penetró sus sentidos y le traspasó la garganta como un puñal hasta el punto de cortarle el aliento. El estómago se le oprimió igual que un limón estrujado y, entonces, posó la mano extendida y sudorosa sobre la boca del vientre para calmar su intuición mientras

observaba a una pequeña rata que abandonaba el lugar a toda prisa. Lo hizo bajo la mirada indiferente de los canes, que solo estaban concentrados en ladrar. Tras unos breves segundos, hundió el rostro en el orificio despejado con la puerta recién abierta y, en su interior, distinguió una escalera de cemento adherida a la pared y que conducía a alguna especie de sótano.

–Quietos… –les susurró a los perros, quienes permanecían con medio hocico metido en aquel hoyo negro.

Estos detuvieron los ruidosos ladridos que minutos antes lo habían inundado todo y, con ello, dieron paso a un lúgubre silencio, acompasado por el sutil susurro de los roedores a lo lejos.

El hombre dio un segundo clic a la linterna para intensificar el foco y descendió con cautela, tanteando con los dedos el muro de la escalera. Los perros no lo siguieron y se mantuvieron fijos, observando a lo lejos. El golpeteo cardíaco de Facundo Rodríguez era tal que le impactaba en las sienes y pudo sentir cómo su boca, en cuestión de minutos, quedó seca cual si fuese un trapo estrujado con la fuerza de vigorosas manos. Descendió sin despegar los dedos de la húmeda pared de cemento y logró llegar al último escalón. Una vez ahí, recorrió con la luminiscencia que le otorgaba el foco la muralla que se presentaba frente a él. Acto seguido, puso un pie con cautela en el piso y, tras comprobar que el terreno era seguro, descendió la siguiente extremidad.

Paseó la luz de la linterna por lo ancho y largo del lugar y calculó que no abarcaba más de tres metros cuadrados. Luego apuntó hacia el suelo y distinguió, a pocos centímetros de él, dos pies delgados, rugosos y tan grisáceos que se mimetizaban con el cemento. El cuerpo le comenzó a temblar y un sudor helado le recorrió la espalda. El ladrido de los canes retornó, como si aquellos animales en su instinto más primitivo supieran que debían alentarle a terminar con la misión.

Empuñó la linterna con toda su fuerza e iluminó por completo la escena que durante el resto de su vida intentaría olvidar. Solo fue necesaria una fugaz mirada para que Facundo Rodríguez se retirase el pañuelo de la boca con rapidez, apoyara ambas manos sobre sus muslos para luego arquear la espalda y de esta manera, dar paso al

vómito explosivo que llevaba contenido desde hacía varios minutos. Después, el hombre presionó la tela contra su rostro y se secó las lágrimas que en aquel instante brotaban de sus avejentados ojos pardos. Respiró lento y pausado y volvió a erguirse para dimensionar la escena que tenía enfrente: a medio metro de él, yacía inerte el cuerpo desnudo de un muchacho. Se encontraba en posición fetal y las costillas lucían expuestas sobremanera bajo la delgada, oscura y moteada capa de piel. La columna dejaba a la vista el espacio hundido y deshidratado entre cada una de sus vértebras. El cuerpo estaba en un estado de raquitismo extremo. El chico se cubría el rostro y los ojos que, a esas alturas, ya estaban hundidos, casi desaparecidos, bajo los dedos de las manos. Facundo Rodríguez se retiró la chaqueta que portaba y caminó hacia él en un acto de compasión más que de valentía. Su intención era cubrirle. Sin embargo, al acercarse, movió en un torpe descuido uno de los brazos del cuerpo con la puntera de su bota, haciendo que la mano del joven se despegase del rostro. Fue entonces cuando el olor pútrido lo inundó aún más y sintió que perdería el sentido. Se recompuso y, luego, se desbordó en llanto al distinguir que por el rostro del chico se movían un sinfín de gusanos blanquecinos, como si bailaran sobre aquella piel macerada, y que engullían, junto a un par de cucarachas provenientes de la boca y a una docena de ratas recién paridas, el poco tejido muscular que aún le quedaba al desnutrido cadáver.

3
Una madre

La casa de Rosa Ferrada es una vivienda que abofetea las glándulas olfativas, desprende un intenso aroma, mezcla de humedad y de tabaco.

Es una casa pequeña y, con la cantidad de policías y detectives de criminalística inmersos en el lugar, hasta un gato se sentiría claustrofóbico.

El piso de madera desgastado y cubierto de polvo refleja la falta de un prolijo barrido desde hace varios días y las cortinas a medio cerrar se encargan de cubrir los vidrios opacos, haciendo que la tenue iluminación que ingresa dé la sensación de estar en el rodaje de una película de bajo presupuesto.

¡Oh, y el moho! Está presente en las paredes amarillentas y cada tanto por tanto se deja entrever en una mancha de puntos pequeños, cual si fuese un inquilino que ni paga la renta ni se pretende marchar de ella.

Y ahí, sentada en una de las dos butacas que parecen haber sobrevivido a un holocausto, está ella, inmóvil, con la mirada fija y perdida, alejada del ruido y del ajetreo de la policía y de los vecinos curiosos y los periodistas que rodean la estancia.

Carla Martínez no le quita los ojos de encima.

Acá algo no huele bien, y no es solo el lugar. Observa a esa mujer canosa y menuda que tiene cara de no haber matado ni media mosca. Posa la vista en sus flacuchentas piernas cruzadas; parecen las de un niño antes de ingresar a la adolescencia. No parecen las

piernas de una madre asesina. Al menos no a primera vista.

Carla retira de su estilosa cartera un iPhone con una carcasa con diseño *animal print* y comienza a fotografiar el lugar. La tecnología del teléfono le permitirá mejorar con creces la falta de luz, pero, aun así, jamás serán imágenes dignas de subir a su Instagram, @cmartinezfotografia. Ahí solo hay risas, flores, novias y libros bajo los árboles en una gloriosa puesta de sol. Es más, sus muchos seguidores se infartarían al ver la falta de arte de aquel lugar.

–¿El chico tenía redes sociales? –pregunta, dirigiéndose a Godínez–. Los adolescentes suelen escribir todo lo que piensan. O subir todos los sitios que frecuentan.

–No hay teléfono, ni redes sociales, ni nada… Al menos nada con su nombre. Y si tenía teléfono, no está aquí. Hemos dado vuelta el lugar –interrumpe un hombre uniformado y con cara de mosqueado. Seguro que no desea estar ahí, porque ese hombre aquella mañana tenía planificado hacer unas diligencias personales en vez de desviar el tránsito de la avenida que se le había encomendado. Si, total, igual la avenida estaba señalizada hasta con letreros de neón. ¿No tenía nada que aportar? Se iba a correr. Porque si no retiraba de la tintorería la única camisa blanca cuello de paloma que posee, no tendría nada para ponerse durante la noche en la cena con los primos millonarios de su mujer. O que se creen millonarios, al menos.

En fin, no llegará.

El capitán Gómez asiente con complacencia. Le ha caído en gracia que este hombre no disimule su fastidio.

–Puff –exhala Carla, quitándole encanto al momento.

Ella retrocede tres pasos, en saltitos, como si estuviera parada sobre el fuego, al notar la audacia de una rata al pasar a pocos centímetros de sus desafortunados tacones.

–¿Viste un fantasma? –se burla Godínez, quien no desaprovecha ocasión para hostigar a la chica –. O tal vez a la rata le atraen los restos de bebida que le pusiste hace un rato a los zapatos, ja, ja, ja. ¡Ten cuidado dónde pones los pies, Martínez!

Carla está pálida. Resopla como si fuese una olla a presión en los últimos instantes de cocción. Le lanzará unas cuantas verdades. Es

más, están ya en la punta de la lengua. El cerebro le envía insultos como si hubiese activado una ametralladora.

Lo hará.

Al final, no dice nada.

Se limita a empuñar ambas manos; este hombre la altera. ¿Qué diría su padre si se enterase de que es la suche de un capitán de poca monta?, ¿de un hombre que no le ha ganado a nadie? En fin, da igual. Carla siempre lo ha sabido. Se lo traga, y encumbra los pasos en ruta hacia Rosa Ferrada.

Lo único que ganará con este trabajo será un par de canas.

La seriedad retorna. Godínez no verbaliza y camina detrás de la detective Martínez con tal seguridad que podría hacerle sombra a cualquiera, incluso a los desgastados muebles. Se planta junto a ella con posición rígida y los brazos cruzados. Ambos están justo frente a la dueña de casa. Ver a uno al lado del otro es igual que observar la disparidad de la sabia naturaleza. El capitán Gómez es desaliñado y va mal combinado. Porta unos kilos de más que piden a gritos que le haga otro orificio al cinturón de cuero negro. En cambio, Carla Martínez es menuda y armónica. Tanto que podría pasar por una maestra de yoga o de deportes extremos, si no fuera porque su largo y brillante cabello negro, aunque lo amarre en una coleta, le otorga un aire de diva de Hollywood. Y no diremos que el capitán Gómez es alto, pero sí lo suficiente como para coger un tarro del estante superior de una alacena. En cambio, Carla seguro que ha tenido que trepar por los muebles en más de una oportunidad.

Rosa Ferrada, por su parte, como si todo el alboroto no tuviese nada que ver con ella, no levanta la vista.

–¡Hey, señora! –dice el capitán chasqueando los dedos delante de su rostro.

Pero ella ni siquiera pestañea.

–Tiene que hablar con nosotros.

–Ella hablará cuando su abogado esté presente –irrumpe con voz firme un hombre desde la penumbra.

Se encuentra detrás de una cortina apolillada y más gris que aquel mismísimo día. Una cortina de trapo que separa la minúscula sala de un pasillo que, con certeza, debe conducir a algún dormitorio.

–¿Y quién sería el participante? –lo increpa el capitán, dirigiendo el rostro al desconocido e irguiendo el cuerpo para darse más altura.

Este individuo, así, de entrada, ya no le ha gustado.

–Subprefecto Manuel Carrillo –dice la sombra, estirando la mano.

Bajo la tenue luz, se distingue el rostro de un hombre joven y de contextura media. Con cabello castaño y ondulado. Con una barba de pocos días que raspa sobre una mandíbula cuadrada. Con ojos oscuros, pero de mirada intensa. El capitán Gómez baja la vista, haciendo caso omiso al intento de saludo del subprefecto y vuelve a dirigirse a la mujer en el sillón.

Tiene esa maldita manía de ignorar a quienes no son de su completo agrado.

–No le haga caso a este atorrante, subprefecto –se escucha la voz ronca y desgastada por el tabaco de una mujer madura que se incorpora al grupo.

–Pero si es mi querida amiga, la Sheriff Callie –sonríe Gómez.

–La misma –asegura ella, otorgando una sonrisa que resquebraja sobre los pómulos el bótox que aún le queda a la dermis desde la última sesión.

La recién llegada se acerca para saludar al capitán Gómez y lo hace con un beso seco en los labios.

Carla se queda perpleja.

Aquello es casi más repulsivo que la rata golpeándole los zapatos.

–Lo conozco desde hace muchos años. Desde la época de la academia –se justifica ella al ver la cara de desconcierto de Carla y Manuel Carrillo–. Siempre nos saludamos de la misma manera. ¡Disfrutamos al ver los rostros de los que nos observan! Así mismo. ¡Como los de ustedes! Ja, ja, ja.

–Claro –afirma Carla mientras en su mente recorre fugaz los rostros de sus compañeros de la academia, y va pensando: no, para nada. Definitivo. ¡No besaría a ninguno de ellos!

–Mi nombre es Tania Calderón, jefa de la policía –se presenta al fin, estirando la extremidad derecha.

Tania es una mujer morena y que bordea los cincuenta años. Es una mujer que suele apretar la mano con firmeza. Y que, de tanto en tanto, acapara los titulares del periódico local. Es la viva imagen

del cuerpo de policía: astuta, segura, correcta…

–Carla Martínez, homicidios –responde al saludo.

–La nueva –agrega con ese no sé qué de ironía que nunca se guarda el capitán Gómez.

Carla baja la vista y aprieta los dientes. Sin duda, dejará este trabajo.

–Bueno, bueno, vamos a ver, ¿qué tenemos aquí? –resopla Tania Calderón en su rol habitual de tomar las riendas y haciendo caso omiso al último comentario del capitán Gómez.

–Un chico que se ha fugado para no vivir en esta pocilga y con una madre incompetente –formula Carrillo elevando la vista por el lugar.

Godínez chasquea los dientes y se gira sobre sí mismo en dirección hacia la cortina. Al contacto con su rostro, la retira con la mano como si fuese una tela de araña y comienza a recorrer el oscuro y angosto pasillo de la vivienda. Martínez y Tania le siguen el tranco. Mientras, Manuel Carrillo se ha quedado a distancia, masticando su hipótesis recién ignorada.

Ingresan los tres a la habitación del chico, la cual ya ha sido cubierta con plástico y cinta amarilla por el primer cuerpo de policías que llegó al lugar. El capitán Gómez y la teniente Martínez sacan de sus bolsillos dos pares de guantes azules al mismo tiempo, como si sus cerebros por un breve instante se hubiesen sincronizado.

–¡Vaya que a este chico le pegó fuerte la adolescencia! –ironiza Tania al ver la cantidad de pósters de música de *rock* que decoran las paredes y que, sumado al despliegue de ropa sucia regada por todos lados, hace ver la habitación como el campo minado después de una explosión en plena batalla.

La cama es apenas distinguible bajo el manto de cobertores. Sin embargo, un par de zapatillas desgastadas y la guitarra apoyada en una esquina le dan un toque de caos un poco más controlado, habitual para la edad, lo cual recuerda que en aquella habitación dormía un simple y común adolescente.

Martínez, por su parte, se dirige al escritorio. Una foto partida a la mitad llama su atención. Solo sale el chico.

–Tal vez era la madre –comenta el capitán Gómez al ver que Carla levanta el marco con la fotografía destruida– y la hipótesis del tipo

este que ya ni recuerdo su nombre…

–Manuel Carrillo, mi mano derecha –lo interrumpe Tania.

–Bueno, la hipótesis de quien sea, tal vez, ya no parece una hipótesis tan estúpida, porque con una madre que ni habla es lógico pensar que el chico no quiso más y se marchó. Ahora, de todas maneras es una teoría de novatos, claro, porque si nos remontamos al pasado, esta mujer ya había perdido un hijo que estuvo secuestrado. Así que, mi querida Callie, o le inyecta una buena dosis de neuronas a ese hombre, que más que un tipo que es parte del cuerpo de policías parece un Ken venido a menos, o lo cambiamos por otro. Esta vez no nos ocurrirá lo mismo, ¡no, señor! No trabajaré con un grupo de incompetentes.

El caso del hermano ya está en el pasado. Ya lo habían archivado y ya nadie lo recuerda porque, en todos esos años, existieron más casos que se fueron presentando. Todos han pasado página y ya no es tema. Todos menos Godínez.

Él nunca pasa página.

–¿Qué hay dentro del baúl? –interroga Tania mientras se dirige hacia un mueble viejo, ubicado en la orilla de la habitación. Lo hace restando importancia al último comentario del capitán Gómez alusivo a su subalterno; lo conoce lo suficiente como para saber cuándo hilar con él en un tema o cuándo ignorarlo.

El capitán Gómez sonríe tras levantar la tapa.

–Nada que no tenga un chico como todos… Un buen par de revistas de grueso calibre, de esas que vendían antes en los kioscos para mayores de edad, ja, ja, ja. Al parecer, no quiso deshacerse de esta papelería antigua –suelta mientras levanta una de ellas a la altura del rostro.

Manuel Carrillo ingresa a la habitación con una cámara en las manos. Luego, posiciona el ojo derecho en el lente. Se acuclilla y comienza a fotografiar cada centímetro de la habitación. Ya en otras oportunidades ha tenido que lidiar con ambientes laborales adversos.

Godínez no le intimida.

–No hay rastros de sangre, ni de forcejeos, ni de artículos destruidos –asegura mientras observa con la lupa de la cámara.

El capitán Gómez dirige la vista hacia Manuel Carrillo, quien, luego de hablar, observa a Carla con disimulo, o al menos eso es lo que pretende.

–No la mires tanto, amigo. No es fea, pero no es para nada simpática.

El hombre enrojece al instante.

Tania suelta una carcajada.

Y a Carla, de nuevo, no le queda más que apretar los dientes.

4
Un sueño

«El temporal que azota la costa sur oeste de Mérida, ya ha superado los ciento cuarenta kilómetros por hora. Un centenar de vecinos han debido evacuar y los árboles caídos ya están obstaculizando partes de los caminos…». Es la noticia que escucha Gabriel apenas enciende la televisión de su dormitorio. Por fortuna, está lejos del lugar más afectado, pero el frío de la mañana y la lluvia que se oye a través de la pequeña ventana de su habitación le dan licencia para quedarse un poco más bajo las mantas.

«Tan solo serán cinco minutos», piensa Gabriel. Sabe que no puede llegar tarde y que, si se vuelve a dormir, seguro que estará en aquel trance de lucha contra Morfeo más del tiempo que se puede permitir. No han pasado ni tres minutos de aquel pensamiento, cuando el golpeteo de la puerta de la habitación suena más fuerte que su mismísima alarma del teléfono. Se abre y una silueta voluptuosa ingresa al cuarto.

–A levantarse, dormilón –dice la voz ronca de la tía Rosario, quien se ha inmiscuido con total propiedad y con más energía que la misma tormenta.

Ella baja el volumen del televisor y abre las cortinas de par en par, dejando a la vista las paredes encementadas y de un color verde musgo, un color que nunca le ha gustado a Gabriel. Algún día las pintará de otro tono, eso ya se lo ha prometido a sí mismo.

Cada vez que observa esa habitación minimalista, se pregunta cómo ha de ser la vida de esos chicos hijos de millonarios, aquellos

que aparecen en su Instagram cada tanto. Un Instagram que ni siquiera tiene su nombre real.

Sabe que no tendrá seguidores.

Observa aquellos videos producidos con alta calidad, por horas. Los escucha hablando de las ventajas de los primers como primera capa para la piel bajo el maquillaje, que los jeans ajustados ya no están de moda o cuando puede dar en velocidad el auto de alta gama que les han obsequiado para el cumpleaños. Y, luego, las discusiones. Ahí Gabriel comienza a perder los estribos, al oír sobre la presión que sienten ante tanta exigencia en sus colegios exclusivos, o que sus amigos solo están con ellos por interés, o que no saben qué harán con su futuro… Solo hasta ahí puede ver Gabriel, porque la vida no le ha dado el mismo privilegio que a ellos. Decir que no ha nacido en cuna de oro, sería una sutileza para asegurar que jamás ha tenido ni un peso. «No los soporto… No tolero sus discusiones chillonas cargadas de egocentrismo. Es infantil, lo sé, pero egocentrismo, al fin y al cabo. ¡Niños mimados! Eso es lo que son», es lo que corre por la cabeza de Gabriel, acumulando rencor. Pero ha jurado que cambiará su suerte.

Al menos ya salió de su casa de la infancia, un lugar que no desea ni recordar, y ahora, gracias al esfuerzo de su madre, vive en una pensión con un decorado sin gusto alguno, que solo tiene una cama con patas de hierro que cruje cada vez que se gira en las noches y suele despertarlo. Que tiene un colchón tan delgado que algunos días, al levantarse, cree que se ha llevado a la universidad algún resorte entre las costillas. Que tiene un televisor que alguien alguna vez le dejó a la tía Rosario y del que hay que agradecer que al menos muestra un canal local. Es un televisor que Gabriel espera que jamás falle, porque está seguro de que ya no existen repuestos para esos modelos cuadrados y que pesan más que lo que pesa él mismo. Por fortuna, tiene un buen escritorio. ¿Lujoso? Claro que no. ¿Nuevo? Tampoco. Pero al menos no es de fierro, es de una madera suave y tiene un buen tamaño; el necesario para poder poner todos los libros y guías de estudio que necesita alguien como él. ¿Una ventana más grande? Eso hubiese sido ya pedir demasiado, aunque sin duda agradecería solo un poco más de luz natural. Pero, ya está,

el cariño de la tía Rosario lo compensa todo. Es por ello por lo que Gabriel la ve y sonríe. Con la mano empuñada se restriega los ojos, luego se sienta en la cama y apoya los pies desnudos en el suelo. Inspira un par de veces, tardando más segundos en soltar el aire que en tomarlo; es lo más cercano que ha estado de su intención de meditar.

–El delantal nuevo… ¿Lo guardaste? –La tía Rosario irrumpe levantando un viejo bolso y depositándolo sobre la cama. Lo hace con energía, porque la tía Rosario es una mujer robusta.

–¡Guardado! –se digna a afirmar Gabriel, al tiempo que gira el cuerpo aún sobre la cama para ajustar el cierre del bolso con fuerza, pero, pese a intentarlo con ímpetu, el maldito queda a ocho centímetros del calce definitivo. Con las manos empuñadas y los brazos tensos, igual que una tabla, se pone de pie y, en un acto desesperado más que impulsivo, lo arroja al suelo.

La paciencia no es lo suyo.

–¡Maldición! –es lo único que atina a decir Gabriel mientras le propina reiterados golpes al inocente objeto con la puntera de sus desnudos pies con toda la fuerza que la juventud de sus veintiséis años le pueden otorgar. El objeto, pese a ser un bolso rígido, va deformándose, cual si fuese plastilina contra la pared.

–Calma, mijo –le susurra la tía Rosario con voz tiritona mientras deposita su mano gorda y áspera sobre su espalda–. Es muy temprano para estar enfadados.

Claro, para cualquiera, pero Gabriel no tiene horario para perder el control. La tía Rosario lo sabe y su frente, en cuestión de segundos, se ha poblado de una cubierta de gotas brillantes y perladas como caídas de un carnaval.

Se puede percibir el desconcierto en su mirada.

Gabriel puede percibir el miedo. Es experto en eso.

–Soy una escoria. Seguro que sí, lo soy –dice Gabriel mientras se agarra la cabeza con ambas manos. Y, sin darle más vueltas, con rapidez, levanta el apaleado objeto para después depositarlo nuevamente sobre la cama de fierro.

El calor en sus mejillas se siente más fuerte que al retornar de la arena en una tarde de verano. ¡Le duele la torpeza de sus actos!

–Lo lamento, tía.

–Tranquilo, mijo. Está todo bien –musita arrugando su redonda y rolliza cara. Se seca el sudor con un pañuelo que ha sacado de uno de los bolsillos del delantal y, como si nada hubiese ocurrido, le sonríe.

La calma ha vuelto y la tía Rosario, con un movimiento brusco y corto, consigue soltar la traba del bolso y así logra su cierre completo.

No dice nada.

–Gracias –es lo único que las cuerdas vocales de Gabriel pueden tararear para romper el silencio. ¿Qué más podría decir? ¿Que es un ser irracional? Seguro que eso ella ya lo sabe y, de nuevo, Gabriel maldice, en el mutismo de su mente, su mal genio.

–Ya sé por qué mi mamá solo quiere que viva con usted; ella sabe la paciencia y el cariño que usted me tiene –le asegura. Es más, nadie dudaría de eso. Aguantar el carácter de Gabriel ya son palabras mayores.

–Así es, mijo. Le cuidaré siempre.

–Y yo a usted, tía –sonríe el chico mientras la rodea en un abrazo.

Su metro ochenta la sobrepasa en al menos treinta centímetros.

Es más, debe flectar las rodillas para poder otorgarle un sonoro beso en su cabellera negra, que, pese a estar recogida en un moño, nunca logra verse como un peinado ordenado por la telaraña de canas que siempre la adornan. A Gabriel, esta mujer bonachona le recuerda a su madre. Ambas son de ese tipo de personas de gran esfuerzo, de las que trabajan de día, de noche y al alba para ganar el sustento.

–Así me gusta, mi muchacho. Pero ya, vamos, vamos, volvamos a lo nuestro. A estudiar, mijo, que recuerde que usted es mi orgullo. Voy a prepararle algo rico para que le rinda el estudio.

–Regalonéeme harto nomás, tía –bromea Gabriel, haciendo caso omiso a la reciente pataleta que le ha dado– que cuando sea médico la voy a consentir todos sus días. Le compraré una casa nueva y ya no vivirá más en este apartamento ni tendrá que mantener a los mal portados pensionistas como yo.

Ella suelta una risa estruendosa, de esas capaces de romper

cristales y que se puede escuchar hasta el primer piso del edificio. Incluso pareciera que se está trapicando con su propia saliva. Recupera la sobriedad y vuelve a abrazar a Gabriel.

–Te lo voy a cobrar, mijo. Pero conste que a mí me gusta tener pensionistas. ¡Me entretienen el día! –Iza el bolso de ropa con ambas manos–. Ahora a levantarse –sentencia–. Mañana la tendrás limpia y planchada.

Se aleja, guiña un ojo con picardía y, con un golpe de su ancha cadera, cierra la puerta de la habitación de Gabriel.

5
Un café

Unidad de Criminalística de Mérida

A la mañana siguiente, Carla Martínez no se detiene a comprar café. Ingresa al despacho con las manos vacías. Porque sí, porque ella ahora participa en un caso: ¡ya no está para pendejadas!

–Vaya, vaya, vaya. ¡Parece que alguien se está revelando contra la autoridad! –comenta jocoso Juan Rodríguez al verla ingresar sin el brebaje. Este es un médico forense, cincuentón, que trabaja en la unidad hace más de veinte años. El exceso de peso hace que, al caminar, sus piernas se bamboleen como si en cada paso fuese desafiando la ley de la gravedad. Conoce perfectamente a Godínez y, pese a la personalidad de este, al parecer tienen una relación cordial.

Carla se sorprende al no encontrar al capitán Gómez en el despacho. Habitualmente llega temprano. Sin embargo, el olor a colonia inglesa impregnando el lugar le da la pista de que él, hacía no más de un par de minutos, había estado ahí.

–¿Alguna novedad, doctor? –le pregunta Carla al facultativo, quien espera paciente tras el escritorio de Godínez. El hombre tiene una pila de expedientes que casi le tapan el rostro.

–Déjame las preguntas a mí, Barbie –irrumpe el capitán, ingresando al despacho.

Los ojos de Carla se enrojecen. Cualquiera diría que en menos de un minuto llorará. Pero claro que no. Sus ojos están de un rojo seco.

Es el rojo de la ira.

–Traje la carpeta del archivo, capitán –refiere el forense.

Godínez la recibe con una mueca de satisfacción. En la tapa dice:

Caso 621. Unidad de Criminalística de Mérida

Estado del caso: cerrado.

–¿Qué es eso? –pregunta Carla, tragándose el mal rato.

–La investigación de la muerte del primer hijo de Rosa Ferrada.

–¿Es la mujer de ayer?

–Elemental, querida Watson –lanza Godínez mientras saca las fotos de una de las carpetas y las pincha sobre el tablón de cartón corcho que cuelga en la pared–. Son seis fotografías del cuerpo de un muchacho. Este no tiene más de quince años.

Está desnudo y en evidente estado de abandono. Y, tal como había relatado Godínez, era un cuerpo limpio. Las visibles lesiones en las manos del muchacho llaman la atención de Carla y el doctor Rodríguez se percata de ello.

–Son lesiones autoinfligidas –comenta retirando una fotografía de la pizarra y acercándola a Carla, quien las observa frunciendo la boca con fuerza, como quien acaba de saborear un limón maduro.

En la imagen, se aprecian los músculos y nervios de ambas eminencias tenares.

–¿Se lo hizo él solo? Pero ¿cómo?

–Con los dientes. Necesitaba comer…

Carla cierra los ojos. Su latido cardíaco se acelera y la repulsión inicial se transforma en un deseo incontenible de vomitar. Maldice su adolescencia. Aquella etapa en la que la bulimia se apoderaba de sus voluntades y cuando, con tan solo contraer su escasa musculatura abdominal, lograba eliminar hasta la última gota de bilis.

En esta ocasión, sin embargo, quiere evitarlo. Traga saliva en un intento desesperado por contener la necesidad. Pero su esfuerzo se frustra y a los pocos segundos expulsa a chorro los ciento cincuenta mililitros del batido de fresa y arándanos que había consumido aquella mañana. Los reflejos vivos de sus treinta y tres años le hacen coger con rapidez el tazón vacío de Godínez que dice: «Aquí toma el jefe» y, acto seguido, arrojar en él lo que eyectaba desde la garganta, cual si fuese un grifo abierto.

–Y así fue… como dejé de utilizar ese hermoso tazón que me regalaron cuando cumplí veinte años de servicio –comenta ante la cara avergonzada de Carla. Y al verla respirar con intensidad, para recobrar la calma, agrega–: Tranquila, Martínez. Odiaba ese tazón.

Carla se sorprende.

De alguna manera, las palabras de Godínez son de consuelo. El doctor Rodríguez, por su parte, con la guata de tarro que le otorga la medicina forense, coge dos pañuelos de una caja y limpia los restos salpicados de vómito sobre el escritorio y extiende un poco de papel a Carla, que se aparta del jarro inundado con aquel líquido rojizo hacia una esquina de la habitación.

–Entonces… ¿En qué estábamos? Ah, cierto –continúa Godínez–, que al chico lo encontraron muerto en el subterráneo de una vivienda abandonada a pocos kilómetros de su casa. Desnudo. Sin signos de muerte violenta. Y que el hambre lo motivó a autolesionarse. ¿Cabos sueltos? Martínez…

–¿Desechos orgánicos?

–Había un recipiente con orina de no más de dos días –se apresura en contestar Godínez.

–Ya veo –continúa Carla–. Por tanto, alguien lo visitaba para poder sacar los desechos. Y obviamente alguien lo encerró en aquel lugar. ¿Toxicología?

–Nada. Limpio –interviene de nuevo el facultativo con su sonrisa bonachona, como si lo que menos tuviese en su día a día fuesen cadáveres y olor a formalina.

–Es un homicidio por omisión. Lo dejaron a su suerte, hasta morir. Cruel, pero no logro ver el móvil para que una madre ejerza tal hazaña sin arrepentirse en el proceso. Está claro que alguien lo visitaba para retirar los desechos. Es decir, lo veían morir –relató Carla.

–Buen análisis, teniente Martínez –agregó Godínez, seco–. Sin embargo, Rosa Ferrada, tras la desaparición de su hijo y luego, tras encontrar su cadáver, no se comportó como una madre dolida y desconsolada. Mantuvo la calma, jamás lloró.

–¿Estrés postraumático?

–La terapeuta que la evaluó dijo que era una mujer perturbada.

Con una historia infantil mmm…, digamos turbia, y que tal vez por ello no se veía afectada. La defensa fue espectacular y, pese a las palabras de Rosa Ferrada, asegurando que su hijo ya tenía que morir, no pudieron inculparla. Y ahora repetimos la historia. ¡Se me aprietan los cojones cada vez que recuerdo la horrible cara burlona del defensor! Esa mujer mató a su hijo, estoy seguro, y ahora tiene al segundo escondido. Estamos contra el tiempo. Va a repetir la historia y necesitamos encontrar a este chico con vida –resopla Godínez, reviviendo sus propios objetivos inconclusos.

–¿Tiene alguna idea, jefe?

–Estoy esperando que a ti se te ocurran, Martínez. Saca a relucir tu brillante currículum y quiero para hoy un informe detallado –ordena mientras le señala con la mano estirada la montaña de documentos que relatan el caso del primer chico desaparecido.

–Sí, capitán –responde Carla, tratando de disimular la descarga de adrenalina que se le está generando.

Por fin está adentro.

–¡Pereira! –grita Godínez, sacando la mitad del cuerpo tras la puerta del despacho–. Quiero un café de grano, con agua y leche batida… ¡Sin azúcar!

Y Carla, al fin, sonríe.

6
Un médico

Gabriel siempre quiso ser médico. Su personalidad introvertida lo aisló del contacto social y eso lo abocó al estudio. El resto fue simple: trabajos más, trabajos menos, sábados y domingos de intensos repasos. Cuando llegó el día de saber los resultados, el corazón de Gabriel latía desbocado ante lo desconocido. Gabriel obtuvo un puntaje sobresaliente en la prueba de admisión universitaria.

¡Su madre lloró de alegría!

Su padre, en cambio, estaba tan borracho que nunca lo supo.

Gabriel hubiese hecho lo que fuera con tal de no dejar a su madre en aquella casa, que, a todas luces, más que un hogar era una prisión. Esa nunca fue su intención. El hombre era una monstruosidad, pero como ya estaba viejo y cirrótico se embriagaba en menos tiempo y, tras un rato, caía en la inconsciencia.

Al final, ya no tenía fuerzas ni para pegarle a un perro.

Se orinaba dormido en el suelo de la cocina y ahí se quedaba hasta el otro día. Toda la estancia olía a hedor y a alcohol.

Por las mañanas el hombre se levantaba adolorido y siempre se veía más viejo que el día anterior. Gabriel nunca sintió lástima por su padre, solo ira y repulsión.

Algunos días aún se acuerda de él, pero siempre intenta pensar en otra cosa. Lo que más desea es olvidarlo. Pero, cuando el daño es profundo, se cala como un recuerdo grabado. Son imágenes que aparecen como una película que te ha traumatizado la vida, cada

cierto tiempo, con tonos bajos. Con días que no, pero jamás desaparecen. Cualquier chico en su lugar hubiese enloquecido, o al menos evadido la realidad con alcohol y un par de drogas. Pero Gabriel es fuerte y tenaz; era tan solo un crío cuando se prometió que saldría de esa pocilga con su madre.

A lo lejos, se distingue el traquetear de pasos acercándose por el corredor a toda prisa. Gabriel, sentado en su escritorio, endereza la espalda y se posiciona en modo alerta.

Aquello es algo que no ha podido dejar de hacer.

Aunque sabe que ahora, en esa pensión universitaria, está en un lugar seguro, no puede evitar recordar los pasos de su padre rumbo a su habitación.

Basta un golpe suave de puño en la puerta para que Gabriel se sobresalte.

Luego, la apertura. Es la tía Rosario y, tras ella, su querida madre.

–¡Mamá! –grita al verla. Y su rostro de angustia muta en segundos al de relajación.

Se levanta de la silla del escritorio donde se encuentra desde hace ya varias horas, divagando entre muchos pensamientos y memorias.

Se planta frente a ella.

Su madre, ahora más pequeña y delgada, no es ni la sombra de la mujer que alguna vez fue. Sin duda, ha envejecido rápido.

Se estremece al verla.

Se culpa por no estar a su lado. Porque aún no puede comprarle la casa que merece ni puede contar con alguien que la cuide. Cada vez que la ve, la mujer tiene más canas. Si al menos tuviese para la tintura… Aunque sabe que todo es responsabilidad del maldito de su padre, quien, por fortuna, aún se encuentra desaparecido.

El hombre salió, como siempre, a trabajar en quién sabe qué y nunca volvió. Eso ya había ocurrido un par de veces. Tal vez se quedaba en otro lugar con algunas mujeres, daba igual, el problema era que siempre regresaba.

La policía dijo que probablemente había caído a algún río cercano. Pero no se ha encontrado el cuerpo. ¡Cómo le gustaría a Gabriel que aquello fuese cierto!

La tía Rosario posa sus redondos ojos sobre el chico, luego gira el

rostro y mira a la madre de este con una sonrisa empática, de esas que solo ella sabe regalar, para después decir:

–Los dejaré solos. Deben tener mucho de qué conversar.

–Gracias, tía –le agradece el muchacho.

Ella bordea a la madre y abandona la habitación, esta vez sigilosa, como si fuese una gacela.

–¿Cómo está, mamita? –pregunta alargando el brazo en dirección a la cama recién tendida–. Tome asiento.

–Estoy bien –expresa con una mezcla de tristeza y apatía en la voz, al tiempo que deposita sus livianos huesos sobre el lecho. Aquel acto no genera ningún efecto en el cobertor tendido a la perfección sobre el camastro. A Gabriel no le cabe ninguna duda: su madre está muy delgada.

–Vamos, mamita. Usted sabe que estamos mejor sin él –comenta mientras se posiciona a su lado en la cama de fierro.

–Sí, cariño –asiente con nostalgia.

–No tiene que decirlo, lo veo en sus ojos. ¡¿Cómo es posible que aún sufra por él?!

Y, como si se burlara de su dolor, fija la vista en la horrible cicatriz de la nuca de su madre. Es un corte irregular, imposible de no mirar, porque eleva la piel y deja desprovista un área que debería estar cubierta por su canoso cabello. Tan solo con ver aquella marca es inevitable recordar al verdugo.

–Olvídelo, mamá. Por favor.

–¿Cómo van los estudios? –Ella cambia abruptamente el tema. Siempre lo hace. Evita hablar de él. Además, con el rictus de cemento que tiene esa mujer, es difícil predecir si es real o no que lo ha olvidado.

–En la recta final de los exámenes de cirugía.

–¿Eso es lo que te gusta? ¿Verdad?

–Exacto –afirma.

Entonces, las piezas encajan, porque Gabriel solo había ingresado a esa carrera para ser cirujano.

¡Gabriel necesita operar!

Si siente el pálpito de un corazón entre sus manos o el flujo congestivo de un hígado al cortarse, la adrenalina lo invade y le da

sentido a su opaca existencia.

–¿Y después de ello?

–Psiquiatría –contesta, pero esta vez la voz se torna fría como un glaciar.

–¿De verdad? –interroga sin poder disimular su sorpresa.

–Sí. Sé qué esperabas que tomara unos días de descanso y fuera a quedarme contigo a la casa, pero prefiero pasar rápidamente este trago amargo. Para ser cirujano, debo aprobar todas las materias, incluso las desagradables –ríe.

Ríe sin alegría, claro. Es más, es una sonrisa solo por cumplir, de esas que asustan. Porque el ramo no le gusta, eso es un hecho, sin embargo, está convencido de que lo logrará. Desde el instante en que decidió que sería médico, no se ha dado jamás licencia para darse por vencido, ya que, si un objetivo se traza, bueno, él estará en la meta cuando se cumpla. ¡Es el mejor! ¿Quién podría ponerlo en duda? Si viene desde el barro mismo, ha escalado sin ayuda alguna. Es un muchacho sin límites. Llegará lejos, a la luna si quisiera.

–Es cierto –agrega la madre, intentando empatizar. Posa su fría y rugosa mano por la barbilla de su hijo y entrecierra los ojos; disfruta del contacto con su rostro. Sin embargo, sus lentas palabras, saliendo de la boca como a goteras, reflejan el hastío de esta.

La madre quiere estar con su hijo. Se siente sola. Gabriel sabe que debe visitarla pronto. También sabe que no desea volver a ese lugar, que debe ser médico lo antes posible para poder comprar una casa nueva y devolver a esa mujer la mirada dulce que tuvo alguna vez, cuando él era un niño. Lo hará, no lo duda.

–Ya va a llegar el tiempo, mamita. La sacaré de esa casa de malos recuerdos y viviremos juntos. Ya verá cómo seremos de felices –afirma mirándola a sus arrugados, abiertos e inundados ojos negros.

7
Un sospechoso

Unidad de Criminalística de Mérida

Carla Martínez aún no tiene un móvil para inculpar a la madre. Ha analizado las pistas del homicidio del primer hijo, pero todo es anodino. Pedro Smith Ferrada dejó de asistir al instituto una semana antes de su desaparición. En aquel tiempo, vivía con su madre y su hermano, Mauricio, de tan solo dos años.

El director de la escuela declaró que Pedro era un chico enfermizo y que asumieron en aquella ocasión que estaba cursando algún cuadro que tenía que ver con su salud o algo por el estilo.

La denuncia la hizo la madre, Rosa Ferrada, y en su declaración afirmó: «Me levanté esta mañana y el niño no estaba en su habitación».

El cuerpo fue encontrado treinta días después de la denuncia. Los peritos forenses estimaron que, casi con total seguridad, llevaba ahí encerrado al menos treinta y siete días. Y que, además, el chico había hecho una marca por cada día, al parecer porque el tacho de sus desechos orgánicos se bajaba a diario, y que estaba muerto hacía tan solo veinticuatro horas, según el informe de la autopsia.

Y es ahí que Carla tiene un pálpito.

Los padres ineptos son su especialidad.

Lo averiguó desde que era una cría, es más, cuando la chica tenía tan solo diez años, ya se vislumbraba que sería una niña muy diferente a las demás.

Fue mientras leía *Las aventuras de Tom Sawyer* bajo un viejo roble en el internado londinense, una monstruosidad blanquecina y encementada que adosaba una infinidad de pequeños ventanales. En eso estaba, cuando se oyó el chirrido agudo de los frenos de un automóvil, seguido del grito ensordecedor de una mujer.

Carla detuvo la lectura.

La cercanía con el lugar del incidente le permitió observar cómo una ola de chiquillas que hacía pocos minutos jugaba distraídas en el patio se abalanzaba a ver lo ocurrido. Luego escuchó los gritos y los chillidos lastimeros de estas y, tras ello, el correr raudo de sus profesoras saliendo de la mole de concreto blanco hacia el lugar del suceso.

Su curiosidad infantil no se quedó atrás.

Depositó el libro sobre el césped, se puso de pie y se acomodó la falda de cuadros para dirigirse con mesura hacia el mismo lugar donde todos corrían. Al llegar, se abrió paso entre los ojos desorbitados que inspeccionaban la escena. ¡Ma-ca-bra!

Ahí, apegado a la rueda delantera del Volvo rojo de la directora, yacía inmóvil Casper, el fiel perro guardián que custodiaba el lugar. El pelaje albo de su gran cabeza, ahora teñido en rojo, permanecía bajo la rueda, y la lengua amoratada, que tantos cariños había otorgado a las niñas, emergía por la comisura.

El conserje, un anciano con la espalda encorvada, hizo un gesto con la mano para despejar la zona. Subió al auto, dio contacto y retrocedió la máquina liberando al animal.

Los gritos de las niñas se intensificaron al distinguir que, de la parte posterior del cráneo, roto como si fuese una simple nuez, había emanado hacia el césped, cual proyectil, una sustancia rosada y gelatinosa.

Una maestra recién incorporada, esbelta y con aire de juventud y seriedad, se acercó al animal y lo cubrió con su chaleco de lanilla azul en un gesto de compasión. Luego, con los ojos enrojecidos, se dirigió a los presentes:

–¡Pido tranquilidad! –dijo con autoridad mientras subía y bajaba ambas manos extendidas para otorgar calma al momento–. Estamos muy tristes; ustedes, los profesores y, por supuesto, nuestra

directora. Este accidente nos ha arrebatado a Casper, pero nos queda el consuelo de que no ha sufrido. Tuvo una muerte instantánea…

Al tiempo que, a su lado, la directora, *miss* Catawey, una mujer cincuentona y larguirucha que imponía respeto y temor entre las chicas desde hacía más de una década, se retiraba del rostro mechones de su albo cabello y se ahogaba en su propio llanto silencioso. En ese mismo instante, emergió una delicada voz de entre la multitud.

–Mmm, eso no es del todo cierto. –Era Carla, quien se había inmiscuido silenciosamente y dirigía sus pasos hacia el animal.

–¿Qué dices, niña? –interrogó, entre suspiros, la directora.

–Que Casper tiene la boca con restos de cerebro.

–¿Qué quieres decir, exactamente? –prosiguió la mujer, pausando el llanto y girando la cabeza en dirección al animal.

–Eso… –continuó mientras se posicionaba de rodillas frente al perro y retiraba el chal de lanilla con el cual estaba cubierto para luego abrirle el hocico–. Al reventarse el cráneo por la presión de la rueda, la masa encefálica salió eyectada hacia atrás, como todos hemos visto, pero también hacia adentro llegando hasta la boca y, luego, sin duda, a las vías respiratorias.

–Mmm, puede ser, pero ¿qué importancia puede tener eso ahora? –dijo *miss* Catawey con tono brusco, retornando a su papel habitual de mando y, así, intentando aminorar el comentario.

–¡Que el perro murió ahogado por su propio cerebro! No fue una muerte instantánea. Y sí, debió ser desesperante y dolorosa –afirmó ante la desfigurada cara de la mujer, quien abría los ojos como dos gigantescos platos, sin poder dar crédito a las palabras de aquella niña que, más que un humano, parecía un demonio insensible.

Desde aquel día, iniciaron las terapias para Carla. El colegio la sentenció con la expulsión, pero el incentivo económico que aportaba la familia Martínez era más que considerable como para hacer caso omiso a la falta de empatía y al exceso de frialdad en la personalidad de la chica.

–Esto es producto de la carencia afectiva de los progenitores –repetía la terapeuta a cargo–. No será fácil, pero es algo que se

puede trabajar.

Sin embargo, a diferencia de lo vaticinado, la frialdad con que Carla solía enfrentar la vida se acrecentó con los años, pero aprendió a disimularlo por su propio bien. Por ello, ingresó sin dificultad al área de criminalística. ¡Pasó todas las pruebas!

Su mentalidad concreta le abrió las puertas y su falta de asombro ante los más tormentosos crímenes la hicieron parecer muy profesional.

Por primera vez había encajado. O, al menos, eso creyó ella.

–¡Jefe! –Carla irrumpe en el despacho de Godínez y deposita una carpeta roja sobre el escritorio–. La madre mintió en la primera declaración. Si, en efecto, Pedro hubiese estado encerrado por treinta y siete días, como dice el reporte de los forenses, entonces este debe de haber desaparecido al menos una semana antes del día de la denuncia, ¿cierto?

–Ajá… Sí, eso es obvio.

–¡Pero ella lo denunció una semana después! ¿Por qué?

–Tal vez, pensó que el chico volvería solo. ¿Qué sé yo? Los adolescentes son extraños. O tú, con esos aires de diva que te salen por los poros, ¿nunca huiste de tu casa?

–Capitán, Rosa Ferrada no quiso correr riesgos– continuó Carla, sin inmutarse por el sarcasmo de Godínez– ella no sabía cuánto demoraría la policía en encontrarlo, pero prefirió denunciar lo más tarde posible. Una semana es un tiempo prudente para que un chico falte a clases sin soltar alarmas, pero más de aquello ya hubiese sido sospechoso. La mujer no quería que lo encontrasen vivo. Se aseguró de eso.

–¡Joder, Martínez! Tienes toda la razón –exclama ojeando el informe que esta le ha dejado hace unos minutos–. Como he dicho desde un principio, ¡ella lo mató!

–No sé si ella lo mató. Pero ella sabía que él iba a morir.

Carla Martínez se aleja. Encumbra los pasos hacia la pequeña ventana con vistas al edificio del lado. Una vista inmediata, sin espacio entre ambas edificaciones. ¡Cuánto le gustaría estar en esos momentos en la casa de vacaciones de sus padres! Se imagina frente al ventanal de piso a muro. Veinte metros de puro y

transparente cristal. Admirando la infinidad de árboles que rodean aquel refugio de montaña.

–¡Me retracto! –la desconcentra Godínez–. La defensa no fue tan buena, acá la fiscalía fue la inepta.

Y los sentimientos de culpa se le agolpan en el pecho: angustia mezclada con falta de tino y precisión. Pero los coge como si fuesen un papel viejo. Empuña la mano y los mete al bolsillo, no puede permitir que salgan.

Carla se vuelve hacia su jefe.

–Hay algo más… –Se aclara la garganta.

–¿Qué?

–Había un padre.

–No lo recuerdo… Rosa Ferrada vivía sola con sus dos hijos –asegura el hombre al tiempo que cruza sus gruesos brazos.

–Ingresé a su cuenta bancaria. Tiene depósitos de dinero desde hace varios años por parte de Juan Smith Smith. Según las actas de nacimiento, es el padre de ambos menores. Tiene antecedentes penales. Ha sido arrestado en cinco oportunidades: por robo a almacenes y tráfico menor de drogas. Él sí tenía un móvil. Tras fallecer el primer muchacho, Pedro, el hombre disminuyó el aporte monetario a Rosa Ferrada.

Ambos se miran un buen rato. Nadie quiere romper el silencio con la evidente pregunta que circula por la sala como si fuese un mini torbellino de aire recién formándose. Al final, es Godínez quien la formula:

–¿Crees que mató a su hijo para bajar su pensión de alimentos? –El capitán frunce el ceño.

Ella asiente con la cabeza y con los labios apretados.

–Es una idea estúpida, pero algunas veces la gente es estúpida… De acuerdo, Martínez, lo concedo: ¡tenemos un nuevo sospechoso!

8
Un almuerzo

A Gabriel nunca le han gustado las multitudes, pero en esta etapa universitaria ha debido acostumbrarse. El ruido que genera el roce de un cuchillo sobre un plato, las veintisiete conversaciones simultáneas con tonos de voz, desde graves a agudas y chillonas, o las burbujas de aire junto al líquido que traspasa las gargantas de los demás comensales lo irritan hasta la médula.

Sin embargo, se aguanta. Solo lo hace porque es miércoles, y ese es el día preferido de Gabriel en el casino de la universidad. Es el día en que preparan carne mechada.

–¿Con ensalada, arroz o puré? –le pregunta sin alzar la vista una mujer de unos cincuenta años, con el rostro surcado de arrugas y expresión de desear estar en cualquier lugar menos en ese. Los otros chicos le dicen la Ciega, para burlarse. Gabriel ha escuchado cómo se ríen de ella a sus espaldas todo el tiempo. Es que ella nunca mira a nadie. «Tal vez sea cierto», piensa Gabriel.

–Ensalada –contesta con la voz casi apagada.

Aunque lo intente, Gabriel no puede evitar oír las conversaciones ajenas.

Le encantaría no hacerlo, pero lo hace. Así es como se entera de lo que opinan los demás.

Coge la bandeja y de inmediato recuerda la escena cuando su madre y él estaban solos en casa. Pasaba algunas veces.

Aquellos eran los días de suerte.

Porque había temporadas en que el engendro de su padre se

quedaba quién sabe dónde, borracho, seguro, y no volvía. Entonces Gabriel y su madre juntaban algo de dinero y compraban carne. La mujer la apaleaba con un mortero y luego la cocinaba en una olla sobre la cocinilla a leña. Cogía las especias de su huerto y la casa, acostumbrada al ruido de la violencia, se inundaba del aroma a tomillo.

–¡Es nuestro día de fiesta! –le decía a su hijo.

Gabriel, bandeja en mano, respira y avanza por entre los demás chicos, que almuerzan absortos en sus propias preocupaciones.

Eleva la mirada y elige la última mesa, la más aislada, la que más le gusta, justo al lado de la ventana. Hoy tuvo suerte, porque está desocupada.

Gabriel se siente más tranquilo. Alberga la esperanza de que este será un buen día.

Saca los apuntes de la mochila y se dispone a estudiar mientras remoja el pan en la salsa de carne.

–¿Me puedo sentar? –le interrumpe una joven de unos veinte años, de contextura media, con los dientes con el tinte amarillento propio del tabaco y con el cabello oscuro bastante desaliñado; tiene un moño a medio hacer.

Se sienta al frente de él. Sonríe rápido y vuelve a poner el rostro serio. Tiene lógica la pregunta de la chica, porque el casino está absolutamente repleto. Es el horario *peak* del almuerzo. Sin embargo, Gabriel desea estar solo. Baja la vista, como si nadie hubiese hablado, y continúa con la lectura.

–¿Qué lees? –le pregunta la chica en un intento de sociabilizar y captar su atención. Impulsa el cuerpo por sobre el tablero helado y acerca el rostro al libro de Gabriel. Este la siente tan cerca que puede oler su aliento a tabaco barato y a chicle de menta.

Le genera repulsión.

–Intento estudiar –contesta, gélido. Lo hace con más seriedad de lo que respondería cualquiera y sin despegar la vista del papel.

–¿Qué estudias? –insiste ella, como si su curiosidad pudiese abrir una puerta.

La frustración brota en Gabriel, quien cierra el puño derecho y golpea la mesa con fuerza, haciendo temblar platos y bandejas.

Habituado a ver las reacciones de los demás ante su descontrol, puede notar el titileo del miedo en el rostro de la chica. Es como ver a un animal pequeño al ser encandilado por un automóvil, próximo a ser arrollado. La ve vulnerable, indefensa, paralizada ante él.

«Calma, Gabriel», se dice a sí mismo.

Debe controlarse, lo sabe.

En aquel momento comienza a sentir dentro de su cabeza el golpe de miles de petardos liberados por una ametralladora fuera de control, y afloran los recuerdos de las consecuencias de su ira. Una vez lo suspendieron por dos semanas. El rector lo dejó en claro:

–Un problema más con relación a su carácter y la junta evaluará si su comportamiento es apto para ejercer la medicina.

No puede arruinar sus sueños por la secuela temperamental que le dejaron las golpizas de su padre, eso Gabriel lo sabe. Debe controlarse, y debe hacerlo rápido. Su capacidad intelectual le ha permitido comprenderlo hace bastante tiempo, pero lo que aún no logra hacer es manejarlo.

Necesita calmarse.

Su mente comienza rápidamente a recordar los huesos de la mano: trapecio, trapezoide, semilunar… Para su fortuna, hace ya un buen tiempo que descubrió que la anatomía lograba desconectar su cerebro y, con ello, disminuir la ansiedad.

Gabriel tose para disimular el golpe de la mesa. Luego, eleva un brazo y, con el otro, se palmea el pecho. Lo hace fuerte y se mueve en su silla con desesperación, llamando la atención de los demás.

–¡¿Estás bien, amigo?! –Se acerca otro estudiante, un chico colorín que Gabriel ha visto un par de veces y que más bien parece uno de esos alumnos voluntarios para ayudar durante la jornada de colación.

Porta una credencial que no alcanza a leer y le siente posar la mano sobre su espalda. Gabriel detesta el contacto físico con desconocidos. Pero ya no está en posición de exigir que no le invadan el espacio. En esta, debe ser más astuto.

–Sí, amigo, gracias –se apresura a responder–. Me atoré con un pedazo de carne. Ya estoy bien.

–Menos mal –le dice el otro sin dejar de palmotear su espalda–.

Esas cosas son de cuidado.

Gabriel lo observa mientras retorna a su mesa a un par de la de él. Luego, coge con delicadeza, como si fuesen de cristal, los apuntes y los cuadernos y los introduce en la mochila. Respira profundamente un par de veces, con cara de «aquí no ha pasado nada», mientras se asegura de que las veintialgo conversaciones vuelvan a sus tonos habituales. Entonces, se pone de pie.

La joven frente a él aún lo mira con desconcierto. Ella sabe que lo que ha ocurrido no ha sido un atoro.

–Hasta luego –le dice Gabriel con los ojos muy abiertos y una sonrisa que espantaría a cualquiera–. La mesa es tuya.

Ella no contesta.

Él camina hacia la salida del casino sin mirar atrás, mientras escucha la voz de su padre como si le hubiesen dado *play* a un casete antiguo: «Nunca serás nada en la vida. Eres una escoria. Si alguien puede echar las cosas a perder, ese eres tú».

Y Gabriel piensa que es probable que su padre tuviera razón.

9
Una profecía

La oscuridad no le ha permitido a Mauricio calcular el espacio. Solo sabe que tiene el ancho suficiente como para poder estirar ambos brazos.

Sus ojos ya se han adaptado a la falta de luz. Creyó que sería peor, pero no es consuelo en ningún caso.

Está desnudo y el frío le ha hecho dejar de sentir, como si los dedos de los pies hubiesen desaparecido.

Las paredes están húmedas. Lo sabe porque puede acariciar como llora el agua por ellas de una manera sutil a través del frío cemento, y el vapor helado que la atraviesa le ha reblandecido la piel.

No ha ingerido alimento en horas.

Tiene la lengua seca, tanto que le duele al contacto con los pliegues del paladar. Todo se pega.

Debiese haber agua, al menos eso espera.

En cuclillas, palpa el áspero suelo de cemento con cautela y sus manos se han detenido al contacto con una botella plástica. La destapa con desesperación, se derrama un poco, y bebe a grandes bocanadas el líquido de su interior.

Es agua de la llave, lo sabe por la estela de cloro que ha quedado impregnada en su garganta.

A tientas, el joven explora el lugar. Le calcula a lo sumo un metro de ancho. También estima unos tres metros de largo por las cinco zancadas que abarcan sus delgadas piernas.

La altura se le escapa, no logra alcanzar el techo.

Sus pies desnudos tropiezan con un tacho metálico y, a su lado, con una maltrecha colchoneta y dos mantas gruesas. Se envuelve en ellas en posición fetal. Su desvestido cuerpo tiembla de frío. «Ya pasará», se dice.

El silencio se siente pesado.

A lo lejos, y tras aguzar el oído, se puede identificar el sonido del agua en un golpecillo rítmico y constante que no hace más que adormecerle.

Le han preparado para esto hace años, sin embargo, tiene miedo. Tanto, que el temblor del frío y el del pánico se han vuelto uno solo.

No hay salida.

Ahora solo resta esperar, tal y como le ha dicho su madre desde que tiene memoria. Porque, tal como le ha ocurrido a su hermano Pedro, él también está destinado a morir.

10
Un logro

–¡Aprobé cirugía! –grita Gabriel con euforia, como si la fuerza de la voz que emanaba de sus pulmones estrujados pudiera atravesar las paredes de la universidad.

El corazón le late a carretilla.

–¡¿Quién dijo que no lo lograría?! –vuelve a gritar desatando una ola de miradas, algunas de admiración y otras, sin duda, de recelo.

La publicación en el librero es su mejor testigo. Nadie puede negar que, cuando Gabriel desea algo, trabaja hasta conseguirlo. Así es, esa es la gran carta de su vida, es la única manera de tener alguna *chance* con las pocas fichas que le otorgaron y de, por fin, ser algo en la vida.

–Me lo merezco –se repite en cada logro–. ¡Ya le tomé el gustito al éxito!

Aún de pie, frente a la reciente publicación de las calificaciones, saca el celular del bolsillo con desesperación
y marca el número de su madre; lo tiene en favoritos.

A su lado aún quedan dos alumnos. Murmuran entre ellos y los distingue moviendo los dedos. «Seguro deben estar sacando cálculos a ver si les da para aprobar», piensa Gabriel mientras nota cómo estos lo observan con recelo. ¿Cómo no hacerlo? ¡Si ha sido el mejor de la clase!

–¡Mamá! –dice al notar que la pantalla muestra 0:01–, obtuve un sobresaliente. ¡Fui la mejor nota del examen de cirugía! –Así, lo grita a todo pulmón, de nuevo.

Uno de los muchachos le lanza una sonrisa. Como esas que dicen entre líneas: «¡Superbién por ti! Pero igual pienso que solo ha sido suerte», o: «¡Muy bien, amigo! Pero, para la próxima, espero ser mejor que tú». Y aquí es donde su historia lo pone de bruces con los insultos de su infancia, como si estuviesen grabados con fuego. Y llega la otra verdad, esa que le dice que la sonrisa de los demás chicos solo puede querer decir: «¡Esto es imposible! ¿Gabriel? Un pobre tipo, un desadaptado incapaz de controlar sus palabras, ese mismo, ¡hoy es el mejor promedio de cirugía!». Y, por eso, Gabriel les devuelve la sonrisa: amplia, irónica, ganadora. Porque así decidió que debía ser su vida. Toma aire e infla el pecho. Su sonrisa es amable ahora, porque no desea que lo vean desesperado. Él llegará a la cima, lo hará. Sí o sí, lo hará. Pero debe ser cuidadoso, inmiscuirse, parecer uno más de ellos. No debe verse desesperado por frotarles en la cara que es mejor. Ellos ya lo saben.

Escucha a su madre sollozar al otro lado del teléfono.

«Pobre mi vieja. Ella se merece esto tanto como yo», resuena ahora en la mente de Gabriel.

–Dígame algo, mamita –le pide–. No se me ponga tristona.

–Te felicito, hijo. Estoy orgullosa. Mi pequeño, mi niño, qué difícil ha sido. –Y la voz se le entrecorta. Pronuncia con dificultad. La emoción la embarga.

Gabriel piensa igual que su madre: que esto no ha sido para nada sencillo. No obstante, quiere que ella entienda que ahí, en esa prestigiosa universidad, está su hijo, triunfante. Pese a toda la calamidad de vida que tuvieron. Pese a la escoria de padre que les partió el cráneo un par de veces.

Pese a todo.

–Te amo, mamá. Ya vamos a estar juntitos. –Es lo único que puede decir. ¡Qué mejor!

Corta la llamada y toma rumbo hacia la pensión.

Al llegar, Gabriel sube corriendo las escaleras frías y nacaradas. Es que la pensión es de esos edificios antiguos de cemento. Un lugar en el que jamás creyó que viviría. Incluso inhóspito, le impresiona algunas veces, porque casi no tiene luz en los pasillos. Aquello, sin duda, fue obra de un arquitecto poco hábil, porque las ventanas no

formaron parte de su inspiración aquellos días. En fin, da igual, la calidez con la que lo recibe la tía Rosario a diario compensa lo que sea. Es lo que conversó con su madre el día que llegó a este lugar:

–Estarás bien –aseguró.

Y cómo no iba a estarlo, si la tía Rosario abrazó a mamá, como si de grandes amigas de la vida se tratasen, y mientras esta tenía el corazón apretado por tener que dejar a su hijo, ella la calmó diciendo:

–Lo cuidaré todos los días.

Y así ha sido.

Está en ello, finalizando de recorrer el sombrío pasillo, cuando desde la puerta de la habitación visualiza a un joven de pelo castaño y un chaleco de lana amarillo. Pese a sus ojos desorbitados, por la droga tal vez, Gabriel sabe que lo mira desde la distancia. Su rostro le es conocido, pero no logra recordar dónde lo ha visto. En la pensión suelen cambiar con bastante frecuencia los estudiantes. Es lo que más admira de la tía Rosario: esa capacidad benéfica de su memoria para recordar a todo el mundo. Siempre atenta y empática. En eso, la distingue acercarse por el corredor.

Gabriel le hace un gesto con la mano para que se acerque a él.

Introduce la llave en la cerradura del cuarto y empuja la puerta.

–¿Qué pasa, mijo? –le pregunta, ingresando a la habitación.

–¡Es que no se lo va a creer, tía!

Y, de nuevo, la euforia retorna. Imposible dejarla de lado, nadie lo entendería.

–Cuenta, cuenta –le pide interesada, moviendo las manos como quien se las está secando al aire con rapidez, al tiempo que toma asiento sobre la cama.

Gabriel permanece de pie frente a ella. Está tan asombrado que aún no logra calmarse. Suda a mares.

–Publicaron las notas de cirugía…

–¿Y?

–¡Aprobé!

–¡Mi muchacho! –exclama ella, y se pone de pie para rodearlo en un abrazo–. No podía ser de otra manera. Has estudiado tanto… Te felicito, mijo.

–Gracias, tía –le responde con los ojos húmedos.

Sí, al borde de las lágrimas. Así han estado sus ojos desde que vio las notas. Así estarán sus ojos todo el día.

–¿Qué vas a querer para cenar? –agrega con esa sonrisa que le encanta a Gabriel. Aquella que marca los hoyuelos en las mejillas de su colorado rostro–. Esto… ¡hay que celebrarlo!

Salta jocosa. Ella es testigo. Ingresa a diario a la habitación de Gabriel. Lo ha visto estudiar hasta en los días festivos. Lo ha visto dejar de lado a su madre, casi no verla, y todo por sacar adelante este sueño. ¡¿Cómo no va a alegrarse con él?!

–Carne mechada, tía, por favor. Hoy tuve una mañana difícil y no pude comer en la universidad –relata omitiendo el episodio con la chica del casino. Omite que era una estudiante desadaptada que invadía su espacio. Omite que aún no puede controlarse–. Es mi plato favorito.

–Lo sé, mijo. ¡Que sea mechada, entonces! ¿Te la traigo a la habitación?

–Usted es un sol, tía. Es como mi madre mientras estoy en la universidad. Siempre le voy a estar agradecido –le dice. Porque necesita que ella lo tenga claro–. Seguro que se llevarían muy bien. Cuando ya vengan las vacaciones, podríamos ir los tres a pasear por ahí, o al cine, tal vez.

–¡Me encantaría! Y no hay nada que agradecer, cariño. Solo recuerda atenderme gratis cuando seas médico –ríe–. ¿Cuáles son los planes ahora?

–Ahora… –titubea un momento. Porque, aunque tiene muy claro las pasadas, se le suelen olvidar. O tal vez sea su mente, que no desea cambiar de rotación. Sí, eso debe ser. Su cerebro quiere seguir en cirugía, es lo único que le interesa. Traga saliva para anunciar lo inevitable–: Psiquiatría.

–Y ¿cómo vas con eso? –le pregunta sentándose nuevamente en la estela que había quedado marcada en el cubrecama, producto de su abultado cuerpo sobre ella.

–Lo tengo asumido. Ingreso mañana. Nada que hacer. Espero que el tiempo pase rápido. Estudiaré, aprobaré y, luego, seré cirujano. Me desagrada la psiquiatría, pero, cuanto antes lo pase, mejor –

suelta, igual que si fuesen las balas aprisionadas en la carne tras una herida de guerra.

11
Una visita

A siete kilómetros de Mérida

Juan Smith reside en una especie de asentamiento ilegal, un lugar esperable para un traficante como él. Las mediaguas sin numeración adornan la ladera del cerro, pintadas en un abanico de colores pasteles que contrastan la dureza del entorno. Al ver a los inspectores, el gentío se comienza a aglomerar en una mezcla de temor disimulado y curiosidad.

–Son polis –se escucha el grito de uno de los chiquillos, y su voz de alerta se propaga como un eco entre las casas.

–¡Sí, somos polis! –exclama el capitán Gómez, levantando su placa con autoridad en mitad de la calle. Algo muy propio de él. Jamás permite que le olfateen el miedo–. No vamos a detener a nadie. Solo traemos una información para Juan Smith y nos marcharemos.

–Acá no vive ningún Juan Smith –resopla una mujer desdentada que porta un vestido roído que se bambolea al compás de la brisa. Pese a que los huesos del rostro se le marcan bajo la delgada capa de piel, esta le otorga un rictus desafiante que la hacen parecer más fuerte de lo que es.

Carla se siente intimidada. Pero bien que lo disimula.

–¿Me buscan a mí? –interroga una voz emergiendo de entre la multitud. Es un tipo de edad avanzada que trae el rostro escondido tras las gafas.

–¿Usted es Juan Smith? –interviene Godínez.

–Él mismo. Smith de padre y de madre, para servirle –refiere al tiempo que se retira los lentes y muestra algunos dientes de oro tras una falsa sonrisa que marca las profundas arrugas de los ojos, como agrietando el blanquecino rostro.

–No se haga el chistosito, amigo –lo increpa Godínez exacerbado–. A los choritos como tú, me los como con limón.

–¿Conoce usted a Rosa Ferrada? –interviene Carla, al fin. Como si fuese un muñeco al que recién han dado cuerda.

–Sí, es la mamá de mi hijo –responde Juan, con un tono más serio. Sabe que esto no pinta bien.

–¿Cómo se llama su hijo? –continúa esta, sacando de su bolso una libreta de apuntes y una lapicera.

–Mauricio Smith Ferrada.

–¿Tiene más hijos?

–Tengo como diez –ríe. Pero su intento de humor no logra disipar la tensión en el aire.

–¿Qué pasó con Pedro? –pregunta Carla, directa.

La mirada de Juan se oscurece.

–El chiquillo murió hace años. La madre lo mató al pobre crío.

–¿Cómo sabe que fue la madre? –insiste Carla. Cada vez su voz se va tornando más segura.

–Todo el mundo lo sabe. La mujer está loca. Ella misma reconoció que lo había matado.

–¿Usted la ha visto últimamente?

–Negativo. No doy luces desde el juicio. Le deposito la pensión del chico, y eso es todo –responde elevando las cejas con desdén.

–El niño está desaparecido. ¿Tiene alguna información sobre su paradero? –la tensión en la voz de Carla ahora es prácticamente palpable.

–¿Quién está desaparecido? ¡¿Mauricio?! –Juan se gira sobre sí mismo y da la espalda a Carla mientras se cubre el rostro con sus ajeadas manos y baja la mirada, como quien busca respuestas en el suelo. Pareciera que la incredulidad lo consume–. No lo sabía.

–Si algo refresca su memoria, estaremos esperando una declaración suya en la Unidad de Criminalística –interviene el capitán haciendo un gesto con la ceja a Juan Smith en señal de despedida.

Da la vuelta y camina hacia la Citroneta seguido de cerca por Carla. Cuando están a pocos pasos de la puerta, esta le susurra al oído:

–Está mintiendo.

–Vaya que sí –comparte Gómez con un leve asentimiento.

12
Un internado

El primer día siempre le ha generado ansiedad a Gabriel. Recuerda con claridad, como si hubiese ocurrido ayer, las noches previas al ingreso a la escuela de cada año.

Las manos sudorosas en las sábanas, imaginando que al otro día haría todos los amigos que no tenía y que nadie lo dejaría solo en los recreos. Y, cuando al fin lograba conciliar el sueño, despertaba con alguna patada de su padre contra la puerta. Un recordatorio brutal de su realidad.

Ahora no hay ruido, pero los fantasmas siguen.

La claridad del amanecer se filtra por las ventanas y el sueño se le ha espantado. Se siente rígido bajo las mantas. Necesita despertar de una vez, total ya no puede dormir más. Se enfunda lento en una camiseta oscura y unos jeans que huelen un poco a humedad. Mientras se viste, repasa uno a uno los tipos de psicosis. Necesita reforzar los conocimientos, convencido de que es lo único que disminuirá la ansiedad: el cosquilleo en las manos, el dolor opresivo en el pecho y la maldita falta de aire, como si respirara corto, a pausas.

Hoy no se duchará. Debería hacerlo, pero no quiere. Cierra la puerta de su habitación, silencioso, como si flotara. Desde niño se ha convertido en un experto en no hacer ruido.

Desciende los escalones para dirigirse al comedor y tomar el desayuno. La claridad del amanecer le recuerda que pronto se levantará la tía Rosario.

Ella suele madrugar. No siempre lo acompaña al desayuno, pero suele estar temprano trabajando.

Es muy pronto, porque, en efecto, es el único estudiante de la pensión que está despierto. Ni siquiera la tía Rosario está en pie. La cocinera lo ve llegar, una mujer rolliza y bonachona, con la piel alba y el cabello de un rubio intenso. Ella espera que se siente en una de las mesitas y deposita una bandeja con pan caliente, leche y mantequilla.

–¿Qué planes tienes para hoy, Gabriel? –le dice y ella misma abre el pan que humea entre sus dedos.

El joven se queda como hipnotizado mientras corre la mantequilla derretida.

–Psiquiatría –contesta–. Hoy comienzo mi internado de psiquiatría.

–Te irá bien, Gabriel. Ya lo sabes. No ha sido ningún secreto lo de las notas de cirugía de ayer. La tía Rosario ya me ha puesto al día –comenta la cocinera con un tono de aliento.

Es una mujer de unos cuarenta y tantos, bajita y bastante entrada en carnes. Siempre con el cabello amarrado en un moño. Gabriel la ha visto en varias oportunidades, pero nunca le ha preguntado el nombre. Así es él. Suele presentar falta de interés en lo que a la vida del resto respecta.

–¿Estás nervioso? –continúa, examinando su expresión.

–Para nada –responde, disimulando su mentira– ¿Su nombre es?

–Susana –afirma la mujer con una sonrisa.

Gabriel bebe la leche y coge el pan aún caliente. Se lo comerá camino al hospital. Prefiere marchar que entablar una conversación muy profunda. Se levanta de la mesa con prisa y eleva la mano para despedirse. Acto seguido, toma marcha sin mirar para atrás.

Si Gabriel tuviese una lámpara de Aladino, la frotaría y pediría que ese día pasara rápido.

13
Un silencio

Unidad de Criminalística de Mérida

La unidad de criminalística está sumida en un bullicio sordo. Pareciera que aquella mañana todos los inspectores hubiesen intoxicado sus cuerpos con café expreso antes de llegar al trabajo. El capitán Gómez y Carla Martínez se mantienen encerrados en la burbuja de vidrio que usan como oficina de mando.

–Ajá, ajá… Ajá.

La monotonía en las respuestas por parte de Godínez desespera a Carla. No puede evitar fijar la vista en el hombre, al punto que se le hace casi doloroso.

–Comprendo… Vamos para allá.

–¿Qué ha ocurrido? –pregunta ella mientras se hace una cola en el pelo.

–Rosa Ferrada intentó suicidarse.

–¡¿Qué? ¡¿Cómo?!

–En su celda. Un inepto no le quitó los cordones a los zapatos. Trató de ahorcarse, pero resbaló y solo logró una herida abierta en la cabeza.

–¿Dónde está?

–Va rumbo al hospital. Luego de suturarle la frente, planean internarla en el ala de psiquiatría. Al parecer, ahora es un riesgo para sí misma. ¡Qué conveniente!, ¿no crees?

–¿Dice algo?

–Nada.

–¿Nada? –la incredulidad en la voz de Carla es palpable.

–Después de la denuncia, nunca más habló. En algo tenía razón Juan Smith: la mujer está chalada –agrega Godínez, cogiendo el sombrero del perchero–. Vamos a hacerle una visita a su antigua terapeuta. Ponte un abrigo, Barbie. Afuera está escarchando.

Carla suspira, esta vez sin disimulo. Total, lleva varios días redactando la carta que hundirá a Godínez en su actual jefatura. Levanta los ojos. Sabe que todo el rollo de llamarla Barbie es un sarcasmo, y ella, pese a la estructura de su personalidad, ha aprendido a lidiar con los sarcasmos. Godínez generalmente la altera, pero en esta ocasión, y si ponemos en una balanza todas las palabras que han emergido de la boca de Godínez, este apodo en particular le desagrada, claro, porque su padre también solía llamarla Barbie.

Había hecho todo lo posible por esconder sus orígenes, aunque los aires de diva a ratos no se los tapa con nada. Es que su padre, Gustavo Martínez, es uno de los grandes, de aquellos hombres que pesan en la industria. Considerado, según el *New York Times,* como uno de los empresarios más exitosos e influyentes de la década. Un magnate hotelero que a los treinta años ya había amasado una fortuna que cualquiera envidiaría. Carla trata a su padre con respeto y distancia; sabe que jamás estará a la altura de sus expectativas.

El frío de la calle no hace más que adormecer las manos de la chica. Se apresura en sacar del bolsillo del abrigo un par de guantes de cuero negro. Está segura de que la Citroneta de Godínez no tiene calefacción.

–¿Le parece si vamos en mi auto? –propone, restregándose las manos con energía para darles calor.

–¿Está cerca?

–Justo aquí.

–¡¿Este es tu auto?! –exclama Godínez con incredulidad al percatarse de que se trata de un Ferrari rojo.

–Así es, ¡suba!

–¿Qué traficas? –refiere con ironía el inspector mientras intenta buscar la manilla de la puerta de aquel magno auto.

Es uno de esos autos que suelen estar en las vitrinas de las exposiciones. Inalcanzable para cualquier mortal.

–No trafico. Me dedico a delatar inspectores –ríe mientras la puerta se abre sin contacto. ¡Pura magia!

Y, para sorpresa de Carla, Godínez responde con otra sonrisa. Ambos suben. No hay latas de refresco o envases de comida rápida. Acá todo es impecable. Hasta aroma a nuevo se percibe al ingresar.

–¡Joder, Martínez! Jamás he estado siquiera cerca de un auto como este. ¿Qué modelo es?

–Es un Pininfarina.

–Nunca lo había escuchado –asegura el inspector, rozando la barbilla con la mano. Dudoso. Como intentando recordar si al menos lo había oído en alguna revista de las que suele acumularse en su escritorio.

–Tan solo existen seis unidades.

–Ufff… Y ¿a cuánto corre? –consulta al percatarse de que ya está en marcha, sin identificar el momento exacto en que se hubiese iniciado el movimiento.

–No corre, vuela… –agrega Carla mientras se ajusta los anteojos oscuros–. Sugiero usar cinturón, inspector.

Carla sonríe por segunda vez en un mismo día al observar con disimulo la cara de perplejidad del capitán Gómez. La adrenalina de la mañana y la inusual situación en la que se encuentra le hacen sentir un destello de satisfacción, aunque, en el fondo, la preocupación por identificar el paradero de Mauricio aún la persiga.

14
Un hospital

Hospital de Mérida, Unidad de Psiquiatría.

La recepción del ala de psiquiatría tiene un dejo de abandono y oscuridad. Está inmerso en un gran hospital, pero, sin lugar a dudas, es la parte olvidada de aquel centro, porque las baldosas de un rojo desteñido y los cuadros que adornan las paredes con fotografías antiguas de hombres y mujeres con bata blanca transmiten historias de tiempos pasados con lúgubres finales. Una luz titila, pidiendo a gritos que se le ajuste la polvorienta ampolleta. La secretaria, una mujer joven con aire distraído, se pone de pie para cerrar la ventana junto a su escritorio y evitar que siga ingresando el molesto olor a desinfectante proveniente de los pasillos colindantes.

–Buen día. Busco al doctor Jones –dice Gabriel a la secretaria en cuanto esta vuelve a sentarse tras el escritorio de la recepción. La pulcritud de su vestuario llama la atención de Gabriel. La mujer porta un traje impecable de dos piezas, compuesto de una falda y una chaqueta café. Bajo este, una blusa blanca. Lentes y cabello oscuro recogido. Sin duda, luce mejor que él en su primer día.

–El doctor está ocupado. Tome asiento. Ya lo va a atender –le ordena con tono seco, señalando con la cabeza las bancas a su lado, al tiempo que comienza a apilar fichas médicas sobre el escritorio.

Gabriel no es capaz de contestar. Está muy nervioso para hacerlo. Necesita ingresar rápido y ver de qué se trata todo aquello. Le cuesta psiquiatría, no encaja. Es demasiado abstracto para su

personalidad.

–Voy a comenzar la visita, Paty –dice la voz, desgastada por el tabaco, de un hombre canoso.

Este se asoma desde una oficina que se encuentra detrás de la secretaria.

–El joven lo espera, doctor –refiere esta apuntando en dirección a Gabriel con la nariz, sin dejar de contar las fichas.

–Gabriel Cisternas, interno de medicina –se presenta, poniéndose de pie y estirando la mano un poco temblorosa.

Él lo observa un tanto desconcertado y entrecierra los ojos como intentando recordar por qué está ahí en este momento.

–Hoy inicio la rotación de psiquiatría.

–Ah, sí, claro –expresa poniendo la mano en su frente. Como a quien acaba de iluminársele la ampolleta–. Disculpa, Gabriel, por mi fragilidad mental. A mis años es habitual.

En efecto, es un hombre que debe estar en las puertas de la jubilación. Pese a ser un individuo bajo en estatura y que habla con un lenguaje pausado, sus canas logran imponer respeto. Gabriel posa la vista en la credencial que cuelga de su cuello:

Dr. Mario Jones

Jefe de Psiquiatría

–Gracias por recibirme, doctor

–De nada, muchacho. Acompáñame.

Y, acto seguido, le indica con la mano en dirección hacia la puerta de madera por donde él mismo ha ingresado hace solo un par de minutos. Caminan por un largo pasillo que no se acaba nunca. A los lados tiene puertas que conducen a habitaciones que parecen verdaderas celdas. Gabriel observa con disimulo la seguridad del lugar: candados, camisas de fuerza, carros con medicamentos que harían dormir a un elefante si se quisiese… El doctor Jones se percata de aquello.

–En este piso se encuentran los enfermos que aún no están compensados. Aquellos que son un peligro para ellos o para el personal. Recuerda que este es un hospital de internación forense de larga estadía. ¡Mira esto! –le dice mientras le indica con la cabeza para que se acerque a observar tras la pequeña ventanilla de una de

las puertas.

Hay dentro un joven de no más de veinte años que golpea una y otra vez su rizada y desordenada cabellera oscura contra las blancas paredes acolchadas.

Gabriel siente que una corriente eléctrica de miedo le recorre la espalda. Pero lo disimula bien, o al menos eso piensa.

–¿Qué es eso de forense de larga estadía? –interroga Gabriel sin dejar de mirar al joven que, ensimismado, continúa golpeando su cabeza como si su intención fuese algo tan burdo como acallar sus ideas.

–Es donde se mantienen pacientes que han cometido delitos graves. Matar a alguien, o violar, por ejemplo. Pero tranquilo, muchacho. No te preocupes –enfatiza al ver el rostro momificado de Gabriel–, tú trabajarás con los pacientes que están estables y que pueden colaborar. Estarás en el pabellón 57.

–¿El pabellón 57?

–Sí –afirma el facultativo–. Son pacientes que se encuentran en terapia psicológica intensa. Ellos están con la mínima medicación posible. Algo para dormir y nada más. Es un programa piloto, somos un hospital pionero en este sistema. Lo que buscamos es que, sin tanto fármaco, la psicosis de estos pacientes fluya, que la liberen, para que los terapeutas puedan intervenir y, tal vez, de esta manera poder sanar las heridas que los llevaron a cometer los crímenes.

–Interesante –comenta sin tener claro aún qué significa aquello. Pero está a punto de averiguarlo.

El pasillo finaliza en dos grandes y relucientes puertas blancas. Al empujarlas, se abre paso hacia un patio de luz, donde se encuentran los pacientes. Hay unos veinte.

Cada uno desconectado del otro.

Algunos caminan en círculos, otros cuentan los dedos de las manos, uno habla con la pared y se ríe a carcajadas, otro canta…

Gabriel, por instinto de supervivencia, retrocede un paso.

–No muerden –lo tranquiliza el médico, empujándole la espalda con su mano derecha y, con ello, obligándole a avanzar–. Están desconectados de la realidad, pero ninguno es agresivo.

–¿Qué debo hacer? –pregunta Gabriel, ingenuo.

Y se lo pregunta a sí mismo, además: «¿Qué haré en este lugar?».

–Tan solo ingresa. Obsérvalos y háblales. Inmiscúyete.

–¿Debo decirles que lo que ven o lo que escuchan no es real?

–¡No! Sígueles la corriente. Ellos mismos deben darse cuenta. Ellos solos deben encontrar la sutil línea que separa la realidad de lo imaginario.

–¿Crees que puedes con esto, Gabriel?

Hay risas en la mente de Gabriel. ¡Obvio que puede! ¡Claro que puede! Si pudo lidiar con el monstruo de su padre, puede con esto. No hay duda en ello. El médico sonríe, da media vuelta y deja a Gabriel ahí.

Gabriel se queda algunos minutos sin moverse; está paralizado. Escucha su corazón a punto de atravesar la camisa y no se atreve a despegar la espalda de la puerta cerrada detrás de él. Mete la mano en el bolsillo del delantal blanco que tan bien le ha planchado la tía Rosario para asegurarse de que aún porta su celular por si necesita pedir auxilio.

Los observa a todos con atención, cada cual más loco que el anterior. Y, en efecto, Gabriel no les interesa. Ninguno cruza su vista con la de él.

Al cabo de un rato, y tras analizar ese patio de luz con un par de guardias armados en el segundo piso, el primero que llama su atención es un joven como de su edad. Está sentado en el suelo, cruzado de piernas en posición de loto. Tiene una imagen religiosa en la mano y al parecer está orando. Gabriel camina hacia él, intentando no hacer ruido. Desea mantenerse desapercibido, como hasta ahora. Cuando llega donde el muchacho, se sienta en el suelo, a su lado.

–Hola, soy Gabriel –le dice en un hilo de voz.

–¿Como el ángel?

–Supongo… –La pregunta lo toma por sorpresa.

–¿Eres el ángel Gabriel? –insiste abriendo sus bellos pero perdidos ojos verdes. Tiene el cabello opaco y mal lavado y una barba hasta el cuello, cubierta por una maraña de pelos enredados.

–No lo sé. Estoy intentando descubrirlo –le responde, tratando de seguirle la corriente.

–Entonces tú me puedes entender.

–¿En qué? –suelta intrigado.

–Yo veo ángeles –afirma–. Sé que nadie más los puede ver, y ¿sabes por qué?

–No, no lo sé –responde, ahora, comenzando a ponerse inquieto.

–Porque yo soy especial. Tengo un don divino.

–Así veo…

–i¿Y qué debería hacer la humanidad?! –le grita a tal punto que Gabriel se sobresalta y cierra los ojos, pero él prosigue–: Creerme, porque yo soy un mensajero de luz. Y ¿qué hacen?… Me ingresan a un manicomio.

–¿Sabes que esto es un hospital? –le pregunta asombrado. Creía que no tenían noción del espacio en donde se encontraban.

–Por supuesto que lo sé. ¿Tú no lo sabías? –le dice, acercando su rostro al de él.

Están tan cerca que Gabriel percibe el aliento rancio que emana de su boca. Cuando sus miradas se cruzan, comienza a bambolear sus pupilas con un dejo de locura en aquel acto.

–Claro que lo sé –responde Gabriel al tiempo que baja la mirada para aumentar la distancia de su rostro respecto al suyo.

–¿Crees en Dios? –continúa.

–Sí, creo –afirma con seguridad.

–¿Y lo has visto?

–No. No que yo recuerde –responde dubitativo.

–Y… ¿por qué este lugar no está repleto de creyentes religiosos? Ellos hablan y veneran a un ser que nunca han visto.

Gabriel no tiene argumentos para refutar eso. Por un momento, ya no le parece tan loco.

–Oremos por ella –le pide mientras baja la cabeza con los ojos cerrados y junta sus resecas manos.

–¿Por quién?

–Por ella –le dice levantando nuevamente la vista y señalando con el dedo a una mujer sentada en una esquina–. Su nombre es Rosa. Ella mató a su hijo y ahora quiere matar al otro y eso… Eso sí que es algo que no se hace.

15
Una cicatriz

Centro terapéutico familiar Psiquis

El lugar emana nostalgia. El flujo de aire del ventilador difunde un aroma a rosas con desodorante ambiental de lavanda. La secretaria, una mujer de mediana edad con varias arrugas escondidas tras los lentes para leer que amenazan con resbalar desde la torcida nariz, los mira con amabilidad mientras ingresan por la puerta principal.

–Inspector Gómez. Pase, tome asiento. Los estábamos esperando.

Godínez dibuja una sonrisa y asiente con la cabeza y, de manera obediente, se acomoda junto a Carla cerca de la puerta.

–Estos lugares me dan escalofríos –le susurra. Luego se fija en una joven sentada frente a ellos que, de manera compulsiva, se come las uñas mientras mantiene la vista concentrada en el celular.

–¿Nunca has visto a un terapeuta?

–No… ¿Tú sí?

–Uf –sonríe Carla con ironía. Hace una pausa antes de proseguir el relato–: Cuando mi madre nos abandonó y se fue a vivir a un *penthouse* a Central Park, comencé a vomitar. Bajé dieciocho kilos, pero nadie lo notó. Fue entonces cuando decidí suicidarme. Dejé una carta de despedida en mi velador y me tomé todas las pastillas para dormir que había dejado mi madre en su habitación. María me encontró tirada en un baño de la casa. Ella era el ama de llaves. Terminé internada en una clínica. Mi madre no llegó y mi padre me llamó por Skype; estaba fuera del país y sus compromisos eran

ineludibles. El psiquiatra me derivó con una terapeuta y ahí comenzó la historia. Fueron dos años de terapia.

Godínez no dice nada. Mantiene la vista fija en sus manchados zapatos color café. Su rostro se vuelve inexpresivo. Se abre la puerta de una de las oficinas y sale de ella un muchacho esquelético, con los ojos inyectados de tanto llorar.

–Su turno, inspectores –interviene la amable mujer tras el mostrador–. La doctora Luisa los espera.

Ambos ingresan en silencio.

Es una oficina pequeña. No tiene escritorio. Un sillón de tres cuerpos, un asiento de cuero y una mesa baja para niños a un costado de la habitación.

–Luisa Flores –se presenta extendiendo la mano–. Tomen asiento, inspectores. ¿En qué los puedo ayudar?

–Según nuestros registros –comienza Godínez, apoyando la espalda a sus anchas en el cómodo sillón–, usted atendió hace unos años a Rosa Ferrada, acusada de parricidio por la muerte de su primer hijo. ¿La recuerda?

–Mmm, veo muchos pacientes… ¿La madre del chico desaparecido?

–Así es –asiente Carla.

–¡La recuerdo! –dice la mujer con seguridad. Se amarra con una cola su rizado y canoso cabello y se dirige a un *closet* cerrado. Abre las puertas de par en par y comienza a seleccionar archivos. Tras unos breves minutos, continúa:

–Debe ser una de estas… ¡Ajá, aquí está!

–¿Por cuánto tiempo la trató? –interviene Carla.

–Unos dos meses. Mientras duró la investigación –contesta y toma asiento en la silla de cuero al tiempo que hojea el archivo que tiene entre las manos.

–¿Nos puede relatar cuál fue su apreciación clínica? –pide Carla y se desabotona el abrigo gris que ya, a esas alturas de la mañana, está comenzando a asfixiarla.

–Claro –contesta. Cruza las piernas mientras sigue revisando el documento–. Rosa Ferrada era una mujer con un pasado oscuro. Creció en la miseria y el abandono. Estuvo doce años en un

internado de mala reputación. Y, por motivos que aún no logro esclarecer, queda embarazada a los dieciséis. Tengo fuertes sospechas para creer que fue una violación.

–¿Juan Smith? –irrumpe Godínez.

–El mismo –asegura–. Él es treinta años mayor que ella. En aquella época trabajaba como jardinero del orfanato. Luego de embarazarla, la llevó a vivir con él. Al poco tiempo, la abandonó con el niño.

–¿Sabes si aportaba algún tipo de manutención?

–Ella dijo que no lo veía. No mencionó nada sobre dinero. Lo que sí me dijo fue que el segundo niño, que en aquella época tenía dos años, era del mismo padre.

–Por tanto…, sí lo veía –refiere Godínez.

–Ella declaró que en ese tiempo él la había visitado un par de veces. Que le llevaba mercadería y que intimaban. Cuando supo de su segundo embarazo, él desapareció de nuevo.

–¿Qué le dijo en relación al muchacho? –consulta Carla.

–No mucho. Acá fue bastante hermética. Solo era reiterativa en que el niño tenía que morir.

Ambos dan las gracias y se retiran del lugar. Afuera, en la calle, el sol comienza a asomarse y a palear las bajas temperaturas.

–No sé si obtuvimos algo… –irrumpe Godínez, deteniendo el paso antes de subir al automóvil.

–Claro que sí –discrepa ella, abotonando por segunda vez en el día el abrigo. Luego lo mira a los ojos y continúa–: Rosa Ferrada tuvo una infancia colmada de desgracias y privada de amor. La maternidad le afloró la necesidad de proteger a los suyos, sin embargo, sus recursos eran limitados. Necesitaba evitarles el dolor, y la muerte era, a su juicio, la mejor alternativa.

–Macabro… pero lógico. ¿Y por qué no los mataba de bebés?

–Porque ella no los mata directamente. Una madre no puede hacer eso. Los convence, de que deben morir por voluntad propia y, cuando tienen edad suficiente, permite que ocurra.

–¿Y Juan Smith?

–Es cómplice. Necesitamos alguna prueba para inculparlo. Ya sabemos que Rosa Ferrada mintió en su primera declaración. No mencionó los depósitos de dinero y por eso Juan Smith no fue

llamado a declarar.

–Brillante deducción, mi querida Watson –agrega Godínez complacido.

–Con todo respeto, inspector, si yo fuese Watson, usted sería Sherlock; y, créame, esa no es la realidad de nuestra relación –ríe mostrando el brillo de su impoluta dentadura blanca.

–¿Qué hacemos ahora? –pregunta Godínez ignorando el sarcasmo de su compañera mientras palpa la puerta del auto, intentando abrirla.

–Entrevistar a los vecinos –comenta mientras rodea el Ferrari hacia la puerta del piloto–. No tiene manilla, inspector. ¡Hasta Watson lo habría deducido!

16
Una paciente

Hospital de Mérida

Gabriel observa por varios días y con atención a Rosa Ferrada, y llega a la conclusión de que es una mujer triste. En extremo delgada, a su parecer. Se traslucen sus clavículas por sobre la polera oscura que lleva puesta y la prominencia de sus pómulos la hacen ver aún mayor. Esconde la mirada tras los mechones grises que caen desordenados por sus mejillas y, a diferencia de los demás, evade cualquier contacto humano.

Al momento de sonar la campanilla para ingresar al comedor o para descansar en las habitaciones, ella no asiste. Se comporta como si no escuchase. Es la única que queda en el pabellón. Siempre debe acercársele alguno de los funcionarios, la toma del brazo y la conduce a comer. No opone resistencia ni articula palabra. A Gabriel le inquieta esa mujer.

–No te va a hablar –le advierte el doctor Jones–. Debes presentar el informe de algún paciente para tu fin de rotación. Te sugiero no perder el tiempo con ella. Sería un gran desafío.

Y, aunque aún resuenan sus palabras en la mente de Gabriel, hace caso omiso y camina con rumbo fijo hasta quedar frente a ella. Él, de pie; ella, sentada. Él es alto y, así, ella se ve aún más pequeña.

–Hola, Rosa. ¿Cómo estás? Mi nombre es Gabriel. ¿Puedo sentarme? –le dice, presentándose frente a ella.

No obtiene respuesta. Se acomoda en el espacio que deja la banca

a su lado. Están algunos minutos en silencio.

–¿Es verdad, acaso, que usted mató a su hijo? –inicia su interrogatorio a la mujer con un hilo de voz.

No desea dejar de manifiesto su timidez en ese momento, pero seguro que se le nota en el ritmo de la respiración entrecortada. Coge aire con fuerza y puede sentir la presión de este al aprisionar las costillas contra la delgada capa de piel. Luego prosigue:

–No hay pruebas que lo confirmen, Rosa, pero los expertos piensan que está involucrada en la desaparición del chico. Si hablara, tal vez podría alertar sobre el lugar donde se encuentra. Y si este tiene suerte, podrían llegar a tiempo por él y salvarle. No creo que usted, como su madre, en el fondo le desee lo peor. ¿O me equivoco?

Desde aquel momento, Gabriel, como si de una misión se tratase, se propone hacerla hablar. El hecho de saber que, tras el silencio de su voz, se esconde la única esperanza de rescatar a ese niño es como una inyección de adrenalina directa al músculo cardíaco. Y cuando Gabriel se propone un objetivo, lo consigue. Por fin, su mente ha encontrado algo interesante que hacer.

Quiere darle tiempo a ver si ocurre alguna cosa, pero la hora avanza y ella sigue con la vista fija en los ventanales superiores tras los cuales los vigilan.

–Es intimidante, ¿verdad? Que te observen así, todo el tiempo –le comenta, pero ella se mantiene inexpresiva. Es como si no le hubiese escuchado.

–Supe que su hijo está perdido. Lo lamento –continúa mirándola con detenimiento a ver si observa alguna reacción que la delate, pero nada sucede.

Ella está petrificada. Nada de lo que diga Gabriel la sacará de su trance.

El chico, como es habitual, comienza a perder la paciencia.

No sirve para esto.

Es más, no sirve para nada. Tiene el impulso de golpearse la cabeza contra el muro y, como sabe que no puede hacerlo, comienza a darse cortos y reiterados golpes en la frente con el puño cerrado. Hasta que una mano coge con fuerza su muñeca y lo detiene en

seco. ¡Es ella! Es Rosa Ferrada. Lo mira fijamente. Solo dura unos instantes. Luego, suelta su mano con delicadeza y vuelve a su trance de siempre.

17
Una amiga

–¿Tiene hijos, Martínez? –pregunta el capitán Gómez mientras caminan por las cercanías de la casa de Rosa Ferrada.

–No, inspector. Solo tengo un perro que ahora no vive conmigo, espero poder escaparme a la casa de montaña donde lo están resguardando –responde la mujer con sinceridad, intentando esquivar el barro.

Los tacones de las botas de cuero negro quedan atrapados en el camino sin pavimentar.

–Y si no tiene hijos –continúa Godínez–, ¿cómo está tan segura de que Rosa Ferrada no es una mala madre?

–Solo lo sé… Se interesa por ellos.

–¿Y eso la convierte en buena madre?

–No dije que fuese buena. Dije… que no era mala.

En aquel barrio no es necesario tocar puertas: la curiosidad de los vecinos saca ventaja. A los pocos minutos de llegar, estos están aglomerados, observando a los visitantes.

–La Rosa está en el psiquiátrico –les comenta una mujer voluptuosa y de cachetes colorados. Esconde su abdomen prominente tras un floreado delantal de cocina–. La casa está vacía.

–Inspector Gómez –se presenta este, revelando la placa que porta bajo la chaqueta y que brilla más que si fuese de oro real. Y, con la mirada que le permite la autoridad, acompañada de una voz ronca y firme, agrega–: Necesito hacerle unas preguntas. Dígame su nombre.

–Victoria Escudero –responde nerviosa, arrepentida de su torpeza por haber salido de su casa.

«Quién me manda a meterme en esto», piensa la mujer.

–¿En cuál vivienda reside usted?

–En aquella –refiere apuntando con el dedo a la pequeña propiedad del frente.

–¿Conocía usted a Rosa Ferrada y a su hijo Mauricio?

–Eeeh…, sí, claro –asegura.

–¿Cómo eran? Como vecinos, me refiero.

–Ella era una buena mujer. Nunca se metía en problemas. Nos saludábamos todos los días.

–¿Conversaban?

–Poco. Era muy reservada.

–¿Y el chico? ¿Cómo era él? –interviene Carla.

–Como todos los adolescentes. Que caminan con la cabeza gacha o están pegados a sus teléfonos. Mi hija lo conocía mejor; creo que eran amigos.

–¿Su hija está en casa? ¿Podemos hablar con ella?

–Sí, acompáñenme –responde con tono amable mientras se da la vuelta para cruzar la calle.

Tras ingresar a la vivienda y cerrar la puerta, queda atrás el cotilleo de los vecinos. El lugar tiene una pequeña mesa de comedor cubierto de un mantel plástico diseñado con flores que de seguro alguna vez fueron de vivos colores, pero que ahora estaban más desgastadas que el día mismo en que se encontraban. Carla y Godínez se mantienen de pie. La mujer se dirige a una de las habitaciones, donde tiene una evidente discusión por el tono de su voz; sin embargo, no es posible identificar la tonalidad de esta. Luego de unos minutos ingresa a la sala, acompañada de una chiquilla delgada y con el cabello trigueño a medio peinar. Se cubre el cuerpo con un polerón de lana gruesa, como si se estuviese preparando para salir a la intemperie en un día de menos diez grados. El rostro pecoso es un rostro dulce. Serio y rígido en ese instante, pero, dulce a la vez.

–Aquí está mi hija –relata Victoria–. Pido disculpas por su aspecto. Estos adolescentes hacen lo que ellos quieren.

–Tomemos asiento –solicita Carla.

Y los cuatro proceden, ocupando todas las sillas del pequeño juego de comedor.

–¿Cuál es tu nombre? –continúa esta.

–Laura Harris –responde con la mirada fija hacia la ventana que daba a la calle.

–¿Cuántos años tienes, Laura?

–Quince.

–¿Conoces a Mauricio Smith Ferrada?

–Obvio… –relata, arqueando la boca y manteniendo la vista en el ventanal.

–Mira, cabra chica –interviene Godínez–, con tu madre podrás ser una malcriada, pero con nosotros mide las palabras. Puedo conseguir una orden y llevarte a declarar a la Unidad de Criminalística, ¿entiendes?

Laura niega con la cabeza y fija la vista en ellos. Tiene los ojos llorosos.

–Ni siquiera era mi amigo… Solo me da lástima que desapareciera.

–Lo sé –dice Carla, empatizando con ella–. Por eso, para ayudarlo, queremos que nos digas todo lo que recuerdes: amigos, polola, enemigos, amenazas, conductas extrañas… Lo que sea.

–No era de juntarse con nadie. Era un solitario –comienza la chica mientras se arregla el cabello tras la oreja derecha–. Creo que no tenía amigos. Además, su madre era muy rara…

–¿Por qué rara? –irrumpe Carla.

–¡Porque no lo dejaba juntarse con nadie!

Laura se detiene.

Siente en cada fibra de sus cuerdas vocales el freno de que ya no debe seguir. Traga saliva.

Debe pensar rápido.

–Necesito ir al baño. Acabo de despertar, usted sabe…

Godínez le hace un gesto con la mano extendida, como si del dueño de la casa se tratase. La chica se eleva con bastante más rapidez de la que ha llegado y desaparece de la vista de los inspectores.

–¿Podemos ver la habitación de su hija? –marca Godínez a la

madre que, a esas alturas, ya le tirita el mentón.

–¿No se requiere una orden para eso?

–Si así lo prefiere… En diez minutos tendremos una orden y cinco patrullas afuera de su casa, si no le importa el qué dirán de sus vecinos –ironiza el inspector elevando los dedos para simular las comillas y comienza a teclear.

–Bueno…, si es solo una mirada… Adelante –acepta, seguido de un sutil resoplido de resignación.

Al final del corredor está la habitación de Laura. Un lugar mucho más ordenado que la pieza de Mauricio. Acá no hay pósters de *rock* y, pese a que recién se había levantado y la cama aún está deshecha, la habitación se encuentra perfectamente ordenada. Cuadernos apilados a los lados. Un libro de ciencias abierto en el escritorio, bueno, cualquiera diría que es una chica aplicada.

–¿Cómo le va en los estudios? –inicia Carla, al tiempo que procede con sutileza a hurguetear en los cajones del velador blanco de la muchacha. Lo hace de tal manera, que parece una gacela en su propio ambiente.

–Es la mejor –asegura la madre–. Buenas notas.

En ese instante ingresa Laura a la habitación. Está con el rostro escandalizado, como si un par de extraños la hubiesen visto desnuda.

–¡Son mis cosas! –grita mientras se abalanza hacia Carla para quitarle la media foto que esta tiene entre manos.

Carla la mira con lástima. La foto es la mitad que le faltaba a la que encontraron en la habitación de Mauricio.

Es ella: Laura.

Arreglada y con el cabello anaranjado, lacio y brillante. Con un maquillaje de buen gusto que resalta en rosa una amplia sonrisa en los labios. Los chicos se conocían, es innegable.

La Laura perfecta de su madre acaba de meterse en problemas.

18
Un recuerdo

Es imposible determinar con certeza cuánto tiempo lleva Mauricio encerrado. Mucho menos cuántas de esas horas son días y cuántas son noches.

Ha dormido bastante.

El tacho de desechos está en su límite y el hedor se ha tornado insoportable, pero no le importa.

Hace rato que ya no puede orinar, siente la resequedad de todas sus mucosas. Respira cada vez más lento y las piernas le tiritan si intenta ponerse en pie.

Un ruido ensordecedor sobre la nuca le alerta. Agudiza los sentidos y la luz que ingresa le enceguece. Mueve la cabeza hacia arriba, y a varios metros sobre él, divisa la silueta de un hombre. No cruzan palabra.

Observa cómo desciende una botella colgando de un hilo. Esta queda a sus pies. Acto seguido, el hombre logra coger el tacho metálico con un gancho de pescar y comienza a elevarlo. El vaivén de este salpica algunas gotas de orina sobre el rostro de Mauricio.

No se inmuta.

Luego, el tacho vacío vuelve a descender desde el haz de luz.

Tras unos minutos, sus pupilas ya se han acomodado. Está en casa, no hay duda, tal y como le habían prometido. Y ese hombre, que lo mira a varios metros sobre su nuca, procede a cerrar la tapa y vuelve a dejarle en completa oscuridad.

Siente miedo, pero no tiene opción. Sabe que está destinado a

morir, tal y como le ha dicho su madre, pero el silencio, la oscuridad y el hambre se están volviendo tormentosos. Es en este instante que por la mente de Mauricio se cruza una duda y, lo invade el deseo fugaz de revertir el destino. Extrañará a Max –su perro– y jamás podrá volver a besar a Laura, la vecina de enfrente, a quien espiaba todas las noches a través de la mirilla de la ventana. Lo ha hecho desde que descubrió que la anatomía de los niños y de las niñas no era la misma. ¡Aún le falta, aún quiere vivir…!

–¡Padre! –grita Mauricio con desesperación y con el sollozo de sus últimas fuerzas–. ¡Ven a buscarme! ¡Te necesito! Aún no estoy listo.

19
Una propuesta

En la tranquilidad de la tarde, a las afueras de la habitación, en la pensión de Gabriel se ha montado un pequeño barullo. Una discusión… y, al final, risas. Gabriel se asoma al pasillo. Ingresa una leve ventisca porque es domingo y esos días se hace aseo hasta que las paredes brillan. Distingue a la tía Rosario, arrastrando las piernas mientras supervisa la obra.

–¡Mijo!, ¿tiene hambre? –le pregunta a no más de dos habitaciones.

–Nada, tía –suelta con sinceridad, porque durante la tarde ha comido un pan con jamón serrano que había guardado de su última visita al pabellón 57.

De aquello han pasado más de dos días.

Puede sentir la acidez del jamón a medio descomponer subir y bajar por la garganta.

–¿Y conversar un poco? Siempre es bueno hablar –insiste en tono amistoso, ya plantada frente a la puerta de la habitación.

–Hablar, claro, tía. Adelante, no faltaba más, bienvenida a mi humilde morada –ríe mientras estira la mano en dirección al interior.

–Ponme al día –inicia ella, acomodando su voluptuosa anatomía, como siempre, sobre la cama de Gabriel.

Este acerca una silla y se sienta frente a ella.

–Es que no me lo creería…

–Si no me lo cuentas, pues claro que no. ¡Vamos, suelta, suelta! Que ya me ha entrado la intriga.

–El pabellón 57 tiene locos normales, ja, ja, ja.

La tía Rosario estalla también en una carcajada contagiosa.

–¿Cómo es eso? ¿Dónde se ha visto que la locura sea normal?

–Claro, normal del todo, no. Pero inofensivos. Eso es un poco. Porque hay gente que patina que ni te lo imaginas, tía. ¡Qué fuerte la mente!

Ella asiente con la cabeza.

–Bueno, el punto es que debo hacer un trabajo final sobre alguno de ellos. Entrevista, diagnóstico, conexión con su realidad, pronóstico evolutivo y esas cosas. Como una tesis. ¿Me entiende, tía?

–Sí, claro, interesante –opina ella.

–Sí, la verdad es que debo reconocer que sí. Lo cierto es que podría haber sido un internado muy sencillo, pero se me metió entre ceja y ceja elegir a la más loca de todas… A una que no habla casi nada, ja, ja, ja.

–¡Pero Gabriel! ¿Por qué? –comparte ella, sumándose al toque de camaradería que ya se ha montado.

–No sé, medio un pálpito, medio un desafío, medio una estupidez. Una mezcla. Espero no arrepentirme. Lo que pasa es que ella no hace nada con nadie, y a mí el otro día me tocó la mano.

–¿Conectaron?

–Algo así, creo que sí. Y hay mucha historia detrás. Porque esta mujer, que se llama Rosa Ferrada, tiene un hijo desaparecido y, al parecer, ella sabe el paradero del chico. Pero como no habla, no ayuda.

–¿La mujer del diario? ¿La que ya tiene un hijo muerto? –interroga con los ojos abiertos como platos.

–La misma.

–Vamos, Gabriel… Piensa, piensa en el pobre crío. ¿Qué fue lo que hizo que dirigiera su atención hacia ti? ¿Por qué se conectó?

La mujer endereza el cuerpo en la cama y fija la vista en Gabriel, esta vez, seria.

–Me lo he preguntado una y mil veces. No…, no lo sé. Psiquiatría no es lo mío.

–Gabriel, escucha y observa las señales. Todo puede ser útil.

Informa a tus profesores si menciona algo –dice ella y luego menea la cabeza–. Pobre muchacho, abandonado a su suerte en quién sabe qué parte, a pocos días de morir, y la loca de su madre, nada que hable.

–Sí, pero es una loca normal.

Ambos sonríen, pero sin poder dejar de imaginar en cómo estará ese joven.

La tía Rosario se levanta de la cama, da un sonoro beso a la cabellera de Gabriel y encumbra los pasos hacia la puerta de la habitación.

–Seguiré con lo mío. Que descanses, cariño –dice ella ya con medio cuerpo fuera de la habitación.

Tan solo abandonar la pieza, y como si nunca hubiese volado ni media mosca, la pensión ya está de nuevo en completo silencio. La cabeza de Gabriel comienza a dar vueltas.

Imagina a Mauricio solo y asustado, y recuerda aquella vez, cuando aún era un niño y se refugiaba en la casa de su infancia bajo una cama de fierro.

Recuerda cómo aquel miedo se iba transformando en terror.

Cómo su madre ahogaba los gritos para evitar que él se asustase.

Solo escuchaba los golpes.

En una ocasión, se tapó los oídos con sus pequeñas manos y la situación lo paralizó. Pensó que la iba a matar. Porque, pese a su corta edad, ya tenía perfecta conciencia sobre la muerte.

Esa noche, hubo silencio.

Solo escuchaba su acelerado latido cardíaco y sintió el sabor salado de las lágrimas ingresando por la boca. Esperó paciente. No oía nada. Necesitaba ver a su madre entrando a su habitación, que le sonriera como siempre lo hacía. Que lo sacara de debajo de la cama y lo abrazara fuerte. Pero aquello nunca ocurrió. Finalmente, el cansancio lo venció. A la mañana siguiente, a Gabriel le dolía su pequeño cuerpo. Había dormido sobre el empolvado piso de madera. Arrastrándose bajo la cama, se puso de pie y se levantó quejumbroso y, aunque la instrucción de su madre era que nunca debía salir de debajo de la cama hasta que ella ingresase, la necesidad de orinar lo armó de valor para abandonar el lugar.

Caminó lento por el pasillo de la estancia, intentando no hacer crujir el desgastado suelo.

Todo seguía en silencio.

Al final del corredor, divisó el cuerpo ensangrentado de su madre, tendido boca abajo. El niño comenzó a temblar al notar que ella no se movía. Se acercó y comprobó al mirar el tórax que aún respiraba.

Estaba semidesnuda. Sus glúteos y piernas amoratados y descubiertos eran el reflejo de la batalla que había vivido la noche anterior.

Gabriel tomó su mano con fuerza y solo lloró. Ella abrió los ojos.

–¿Cómo estás, cariño? –le dijo con dificultad, evidenciando a través de la boca que al menos le faltaba un diente.

–Tengo miedo, mamá…

–Tranquilo, pequeño. Todo estará bien –aseguró, intentando incorporarse.

Gabriel posicionó su pequeño cuerpo bajo el hombro de su madre para ayudarla a ponerse de pie. Ella, a duras penas, se apoyó en una silla ubicada a su derecha y estiró la mano para coger la falda que colgaba de esta. Acto seguido, se tocó la cabeza para recoger su cabellera y notó la dureza que deja la sangre seca. Sus ojos se humedecieron. Gabriel solo atinó a abrazarla y ella le respondió el abrazo. Se mantuvieron así unos minutos, en silencio.

No lloraron.

Ella besó a su hijo en la mejilla y agregó con dificultad:

–Vamos, cariño. Te prepararé el desayuno.

«Maldito hombre… Cómo lo odiaba, cómo lo odio aún. Cómo espero que de verdad esté muerto», se formó dentro de la cabeza de Gabriel ante tanta avalancha de recuerdos.

20
Una pista

Unidad de Criminalística de Mérida

Laura no es más que una chica asustada. Al menos eso piensa Carla.

Es más, le recuerda a ella misma en su etapa escolar. Bella, delgada, graciosa… Atrayente como un imán. Pero con la mirada perdida, como si nada le importase.

–Hablaremos de tus amigos, ¿vale? –empieza Carla con voz suave mientras Laura y su madre se mantienen rígidas frente a ella en las frías e incómodas sillas de la sala de interrogación.

La chica asiente con un movimiento de cabeza.

Tampoco es que tenga tantas opciones.

–Veamos… ¿Con quién te juntas en la escuela, Laura?

–Con los de siempre.

–¿Qué grupo es ese?

–Los deportistas, las chicas de gimnasia, los guapos…

–¿Los guapos? ¿Qué es eso? ¿Los populares?

–Bueno, sí, algo así.

–¿Te consideras popular, Laura?

–¿Qué tiene que ver eso? –irrumpe la madre, arqueando las cejas.

–Déjela contestar, por favor. Estoy intentando conocer a Laura, solo eso. ¿Puedo continuar?

La madre asiente de mala gana. Ya está harta de este trámite que no los está llevando a ninguna parte.

–¿Te consideras amiga de Mauricio Ferrada?

–Nooo, para nada. Ya lo he dicho. Él más bien era un solitario.

–Mmm… Acá tengo un informe de la escuela que dice que es un alumno brillante, al igual que tú. Dice que ambos participaron de unas olimpiadas de matemáticas, ¿es así?

–Sí, solo eso.

–¿Y la foto, Laura?

–¿Qué pasa con la foto?

–La foto… –repite la teniente Martínez, y saca de una bolsa plástica que está dentro de un sobre la otra mitad.

El calce es perfecto.

–¡¡Es un raro!! –chilla mientras el rojo le adorna las mejillas para luego ponerse de pie y darle con la puntera del zapato a la silla de metal, que se bambolea igual que un bailarín por tratar de mantenerse en pie.

–No querías que te viesen con él, ¿verdad? ¿Es eso? Sin embargo, eran amigos, ¿me equivoco?

–Amigos, no. Él estaba enamorado de mí. Y algunas veces yo veía cómo me espiaba desde su ventana por las noches. Yo lo dejaba. Total…

–¡Laura! –Esta vez monta en cólera la madre.

–Mamá, no veía más que cuando voy a la playa… Pero era un raro inteligente. Me ayudaba con los deberes de la escuela. Eso es todo.

–¿Y cómo te ayudaba exactamente? –vuelve al ataque Carla Martínez–. Si dices que no deseabas que los vieran juntos…

–Mauricio escapaba por las noches a través de la ventana de su habitación y nos juntábamos en el techo de mi casa. Conversábamos y en algunas ocasiones incluso nos quedábamos dormidos abrazados con una manta. Hacíamos los deberes.

–¿Y por qué no ibas a la casa de él?

–Porque su madre era aún más extraña. No dejaba que Mauricio se juntara con nadie.

La madre de Laura mueve la cabeza con desagrado por la confesión de su hija y agrega:

–La vecina Rosa estaba traumada porque ya había perdido un hijo. No quería que al segundo le pasara lo mismo. Debe haber sido eso.

–Dejémosla que prosiga –interviene Carla, dirigiendo una mirada de empatía a la chica–. ¿De qué hablaban?

–De libros, de los maestros de la escuela, de algún programa de la tele…

–¿Alguna novia? –pregunta Carla.

–No tenía novia. Ni amigos. Los últimos días había dejado de ir a la escuela. Eso me extrañó, porque le gustaba la escuela. No avisó nada, solo la dejó.

–¿Segura que no había novia?

–¡Claro que no! Era un *nerd*. La única que lo besaba algunas veces era yo…

–¡Laura! –irrumpe la madre.

–¡Señora! Ya se lo advertí. Retírese de esta habitación –instruye con la mano extendida en dirección hacia la puerta.

La mujer obedece sin decir nada; no está en posición de negociar.

–Explícame lo de los besos –continúa Carla tan solo desaparecer la madre.

–Eso… Que nos besábamos algunas noches, pero es muy pavo Mauricio; nunca pasó de ahí.

–Comprendo –arguyó–. ¿Le temía a algo?

–A la oscuridad… Temía a las tormentas. Pero, más que al ruido, le temía a la soledad.

–¿A qué te refieres?

–A no poder correr a cobijarse en la cama de su madre. Ella nunca fue una madre cariñosa.

Silencio.

–¿En qué quería trabajar cuando fuese adulto? ¿Cuáles eran los planes para el futuro? –continúa Carla.

–En nada –dice la chica pensativa–. Mauricio no tenía planes. Era un joven tranquilo…

–Cuando Rosa Ferrada hizo la denuncia por su desaparición, ¿cuántos días habían pasado desde la última vez que lo habías visto?

–Tres días.

–Y si se juntaban todos los días, ¿no te llamó la atención no verlo? –siguió Carla.

–No –y la chica rompió en llanto–, porque dijo que se iría de viaje.

–¿Con quién?
–Con su padre.

21
Un sospechoso

Unidad de Criminalística de Mérida

Si había algo que no estaba en los planes de Juan Smith aquella mañana era pasar las horas en una unidad de criminalística. Sin embargo, sabía que irían por él. Al notar el auto policial estacionado a los pies de su mediagua, procede a colocarse lentamente la chaqueta azul que tiene colgada tras la puerta de entrada. Acto seguido desciende caminando a paso firme, hasta toparse de frente con el enviado policial. Escucha la petición y sube al automóvil en silencio y con la cabeza gacha.

A la llegada a la comisaría de Mérida, lo llevan a un mostrador, donde un hombre de rostro parco le toma los datos y le lee sus derechos, que Smith ya conoce a la perfección; esta no es su primera vez. Luego, lo llevan a una pequeña sala con una mesa central y dos sillas. Toma asiento y unos minutos más tarde ingresan Godínez y Carla Martínez. El primero se mantiene de pie y la chica es quien toma asiento frente a él.

–¿Está en conocimiento de sus derechos, señor Smith? –inicia Carla mientras abre la carpeta ubicada frente a ella.

–Así es, inspector… –responde mirando a Godínez e ignorando a la mujer que tiene frente a él.

–¿Desea un abogado? –continúa Carla.

–¿Me acusan de algo, inspector? –infiere con ironía. Mientras, apoya ambas manos sobre la mesa de madera.

–¡Mírame a los ojos! ¡Acá la que hace las preguntas soy yo! –explota Martínez, poniéndose de pie y golpeando la mesa con el puño.

Godínez hace un gesto con la cabeza al oficial que se asoma a ver qué está pasando, transmitiéndole que todo está bajo control.

–Es un interrogatorio de rutina. Limítese a contestar a quien lo interroga –suelta Godínez con firmeza.

–Entonces no lo necesito –afirma con la sonrisa que saca de quicio al capitán Gómez.

–Perfecto… Comencemos –dice impacientándose–. Continúe, inspectora.

–¿Cuándo fue la última vez que vio a su hijo, Mauricio Smith Ferrada? –lanza Carla más seria y fría que una estatua de hielo.

–Uf, no lo recuerdo. Hace más de un año. Ya le dije que yo no tengo mucho contacto con Rosa.

–Una vecina, amiga de su hijo, asegura que este planeaba juntarse con usted. Dice algo de un viaje. ¿Qué puede aportar al respecto? –continúa Carla, como disfrutando de la información ventajosa que posee.

–Yo no sé nada. La niña debe de estar equivocada. O el parásito de mi hijo tal vez esté loco, igual que su madre, y ande por ahí imaginando cosas.

–¿Qué siente usted por su hijo, señor Smith? –Carla no le da tregua. Pregunta y respuesta rápida, tal como ha aprendido de su padre.

–¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Qué tiene que ver? –lanza, esta vez fulminando a Carla con la mirada. Si hubiese podido, le hubiese atravesado la cabeza.

–Amigo, limítese a contestar lo que le están preguntando –suelta Godínez con la mirada fija en Smith.

–No siento nada. Lo crio su madre, y yo le aporto dinero. Y eso es todo. ¿Alguna otra pregunta estúpida?

–Mira, imbécil –dice Godínez, agarrando el cuello de la camisa de este con los puños. El hombre palidece–. Sé que estás metido en esto, y es cosa de tiempo que encuentre cómo inculparte.

–Suficiente, inspector –le susurra Carla mientras le toca el hombro

derecho.

Godínez relaja lentamente las manos. Mantiene los dientes apretados y apunta con el dedo índice a la cara de Smith, sin verbalizar.

–Puede retirarse, señor Smith –dice Carla, abriendo la puerta y haciéndole un gesto con la mano para que salga por ella–. Mantenga su móvil encendido. Debe permanecer ubicable mientras dure la investigación.

Juan Smith sale a paso rápido, sin emitir comentario. Luego Carla cierra la puerta, quedando a solas con Godínez.

–¡Capitán! ¿Cómo se le ocurre actuar de ese modo? ¿En qué estaba pensando? –lo increpa.

–Es que ese imbécil me hace hervir los cojones… El chico va a morir, y él sabe dónde está –asegura Godínez poniéndose de pie y apretando los puños.

–Estoy de acuerdo… Pero liberar la testosterona de esa forma únicamente nos meterá en problemas.

–Es que se me acabaron las ideas, Martínez. Y estoy comenzando a perder la esperanza de que encontremos al muchacho con vida.

–Nos falta ella…

–¿Quién? ¿Rosa? Pero si esa mujer no habla.

–Hay que hacerla hablar…

–Eso sí que es una pésima idea, Martínez. Lleva doce días encerrada sin decir ni pío.

–Es nuestra última carta.

–Es tarde. Debe ser que nos falta energía. Vamos a comer algo, dale, acompáñame –refiere serio mientras se dirige a la salida de la sala de interrogaciones.

–¿Me está invitando a cenar, inspector? –responde ella, burlona.

–No, Martínez. Cada uno paga su cuenta.

22
Una loca

Hospital de Mérida. Pabellón 57

Son casi las ocho de la mañana del lunes cuando Gabriel pone un pie dentro del pabellón 57. Llega más temprano de lo habitual. Ni la pulcra secretaria está en su puesto de trabajo. Hay un par de pacientes ya deambulando por el patio encementado, que más que un lugar de desconexión parece una cárcel amurallada. Para su fortuna, Rosa Ferrada se encuentra en su banca habitual.

–Me gusta Metallica –comienza Gabriel tan solo sentarse a su lado–. Aún no sé por qué, pero espero algún día asistir a un concierto en vivo.

Lo hace sin siquiera mirarla a los ojos. Pero nada, ella no se interesa. Luego le habla por casi una hora sobre la universidad, sus pocos amigos, la carne mechada, su ilusión por ser médico, etcétera… Y no obtiene ninguna señal de vida por parte de la mujer. Es como hablar a la pared.

–Mi padre… bebía alcohol desde antes que yo naciera –dice al fin agachando la vista y con un suspiro de resignación, como quien ha iniciado una confesión.

Rosa deja de observar los ventanales del pabellón y posa sus avejentados ojos en los de Gabriel.

No emite palabra.

Gabriel le sostiene la mirada con la certeza de que desea que continúe.

«Maldita morbosa», piensa al notar su interés en la tragedia.

La ira aparece en Gabriel como un invitado que a esas horas no se esperaba, y nota cómo se acelera su latido cardiaco.

«Cálmate, Gabriel», se refuerza en silencio, y comienza a enumerar en la mente los huesos de la cara: maxilar, esfenoides, hioides…

–Era una escoria –puede al fin continuar, tras unos minutos, al advertir que ella aún se mantiene atenta–. Mi madre sufrió sus golpes e insultos desde que tengo memoria. Y después de ella, comenzó a golpearme a mí. Tanto ella como yo lo odiamos… Estuvo varias veces a punto de matar a mi madre. –Su voz se entrecorta y detiene el relato.

Es ahí que ocurre lo impensado.

–¿Qué pasó con él? –verbaliza Rosa, con la vista fija en el rostro del chico.

Gabriel se descoloca. Al fin y al cabo, no es ni médico aún, mucho menos un especialista en psiquiatría. Por su mente flota la idea de gritar y avisar que la mujer ha hablado y, por otra, la parálisis y el sentido común le indican que no se mueva. Siente una descarga eléctrica que le recorre desde el cabello hasta el espinazo, y sus manos se perlan de sudor al instante. Las frota contra la tela del delantal blanco que cubre sus muslos. Eleva la vista para comprobar si alguien se ha percatado del movimiento de labios efectuado por Rosa Ferrada, pero, nada; los dos enfermeros del turno están absortos, con la vista fija en sus teléfonos móviles. Sabe que es una oportunidad para descubrir algo sobre el paradero del hijo, pero, pese a que desea con ímpetu que hable, le invade el terror, y las palabras de su padre le hacen eco en la cabeza. Sin saber cómo, es eso lo que emana de su garganta:

–¡Eres un bueno para nada, Gabriel! Si alguien puede echar a perder las cosas, ese eres tú. Nadie te quiere en esta familia… –dice finalmente Gabriel, y lo hace con una voz ronca, muy distinta a su timbre habitual.

–Así te hablaba, ¿verdad?

Gabriel se traga el nudo doloroso que se ha formado en su garganta, gira la vista hacia los enfermeros del segundo piso. Luego, inhala fuerte para continuar:

–Rosa… –balbucea con palabras atarantadas–, su hijo Mauricio corre peligro. Lo sabe, ¿verdad? Necesito que nos ayude. Dígame, ¿dónde está?

Ella aleja su vista y la posa nuevamente sobre los ventanales. Gabriel nota su torpeza. La ha perdido.

–Está bien, está bien –continúa, intentando recobrar el hilo–. Si no quiere hablar de Mauricio, lo haremos más tarde…

Son segundos, como si una gacela se hubiese abalanzado a su presa. Segundos en los que el pensamiento y el actuar no alcanzan el nivel de coordinación. Gabriel recién puede reaccionar cuando siente el peso del cuerpo de la mujer sobre el de él. Lo hace con tal rapidez que ambos caen al suelo del frío cemento, y, pese a que Gabriel es mucho más alto y fuerte que ella, su actuar repentino bloquea la defensa. El chico cierra los ojos mientras los huesudos dedos de Rosa aprisionan su cuello y comienza a elevar la cabeza del asustado joven dejándola caer una y otra vez contra el suelo.

Los enfermeros, ubicados tras los ventanales, tras unos dolorosos segundos, que para Gabriel fueron largos minutos, acuden en su auxilio.

La cogen bajo los brazos.

Gabriel queda perplejo, algo aturdido incluso, mientras ve cómo la alejan. Ella golpea las piernas contra el suelo intentando zafarse. Parece un animal salvaje. Luego le inyectan un sedante en el brazo.

Se mantiene así un rato, tumbado en el suelo, bocarriba. Los demás internos del pabellón forman un círculo a su alrededor. Algunos aplauden, otros lloran, hay quienes se golpean con la mano en el rostro o se tapan los oídos y balbucean incoherencias. Uno de ellos, un hombre mayor, se dedica a empujar con los hombros a los demás… Gabriel es presa del pánico. Quiere llorar.

–Tranquilo, chico –se escucha la voz firme, pero a la vez amable de uno de los enfermeros.

Es un hombre grande y de contextura fornida que le toma el pulso de su mano derecha, presionando el pulgar contra la muñeca. Después llega el otro y entre ambos le suben a una silla de ruedas. Mientras recorren la sala con Gabriel en la silla para sacarlo del lugar, Rosa Ferrada aún yace en el suelo, inconsciente a causa del sedante.

Uno de ellos espanta a los demás internos con la mano como si fuesen moscas, y con autoridad les dice:

–¡Vamos, vamos, fuera de aquí! Vayan a jugar a otro lado.

Estos se alejan y retornan a sus trances habituales. El sanitario empuja de nuevo la silla y se dirige a la enfermería.

–¿Estás bien, Gabriel? –le pregunta una voz conocida cuando atraviesa la puerta. Es el doctor Jones.

–No, doctor. No estoy bien –responde y comienza a sollozar.

–Tranquilo, hijo –le susurra mientras le acariciaba la cabellera.

Gabriel siente un consuelo paternal, como aquel que nunca ha tenido. Y, con más fuerzas, libera el torrente de lágrimas que brotan de sus ojos.

El doctor respeta su momento de flaqueza. Coge un pañuelo de la mesita aledaña y lo acerca a su rostro. Poco a poco, retorna la calma. Enjuga sus lágrimas y, después, él interviene:

–¿Qué pasó? –continúa mientras toma asiento junto a la camilla donde reposa Gabriel en la pequeña enfermería.

–No lo sé, doctor –comenta meneando la cabeza e intentando repasar todos los movimientos previos al incidente.

–Algo debe haberla impulsado a hacer aquello. Piensa, hijo…

–Fue justo después de decirle –relató con lentitud– que si no quería hablar de su hijo Mauricio estaría todo bien.

–¿Solo eso?

–No… Rosa Ferrada me habló.

–¡¿Cómo que habló?! ¡¿Qué dijo?! –lo interroga el doctor, asomando sus desgastados globos oculares hacia fuera de la órbita.

–Me preguntó por mi padre.

–¿Por tu padre?… ¿Seguro? Mmm, interesante.

–¿Por qué interesante?

–Cuéntame, Gabriel. ¿Tuviste un buen padre? ¿O un mal padre?

–Definitivamente, un mal padre –aseguró.

El doctor Jones eleva la vista, pensativo. Está así un buen rato. Parece que está emitiendo una plegaria al cielo. Suspira suave un par de veces, y luego agrega:

–Sabes que la vida de un chico corre peligro, ¿verdad?

–Claro que lo sé –dice Gabriel.

No puede creer la pregunta sin sentido que le hace su profesor. Todo el pueblo lo sabe. Pero decide no interrumpirle y esperar paciente a que continúe.

–No me agrada la idea –eleva su dedo índice hacia el torso del muchacho–, pero tú puedes ayudar a esclarecer esto. Tendríamos que reforzar la seguridad por si desea atacarte.

–Doctor… No comprendo. ¿Cómo puedo ayudar? Además, ¿qué tiene que ver la escoria de mi padre en todo esto?

–Eso mismo –asegura con una mueca en el rostro que Gabriel juraría que es una sonrisa–. Cuando hablas de tu padre, lo haces con ira. Rosa Ferrada sabe que no fuiste un niño feliz. Le recuerdas su propia infancia. O la de sus hijos, tal vez. Por eso lograste conectar con ella. Recuerda: la mujer está trastornada. El actuar de un adulto está forjado por lo que ha vivido en su infancia.

–¿Usted quiere decir que esta mujer desea que sus propios hijos mueran para ayudarles? ¿Y que yo le genero alguna especie de lástima? Disculpe, doctor, pero prefiero mantenerme al margen de la mente retorcida de enfermos como estos…

–Lo entiendo, Gabriel. Pero piensa que tal vez tu intervención pueda ser la única alternativa para recabar la información. Necesitamos averiguar dónde está Mauricio. El chico aún puede estar con vida. Piénsalo así: si a ti te tocó un mal padre, incapaz de defenderte, a Mauricio le tocó una mala madre. Ambos son víctimas. Tú puedes ayudar a ese chico.

–Déjeme pensarlo, doctor –le pidió–. Hoy estoy cansado.

–Sí, claro, Gabriel. Mañana veremos qué pasa.

Luego se levanta, roza con la yema de sus gruesos dedos su cabellera desordenada y le otorga una sonrisa. Acto seguido, se dirige rumbo a la puerta mientras ladea la cabeza, fija la vista y disca el aparatoso teléfono móvil con una de sus manos.

23
Cafetería El Paso

A dos kilómetros de Mérida

La Citroneta de Godínez parece un lunar gris al lado de los gigantescos camiones alineados uno al lado del otro en el estacionamiento de la cafetería. Esta es un sucucho de carretera en medio de la nada con un letrero de neón luminoso en el cual titila escrito: El Paso.

Ambos inspectores caminan sobre la gravilla en dirección hacia la desvencijada puerta de madera.

–¡Qué elegancia de lugar! –ironiza Carla.

–Es un lugar estratégico, aislado…

–Polvoriento –continúa esta mientras chirría la campanilla de la puerta al abrirse.

–Por eso no vinimos en tu auto, Barbie, ja, ja, ja.

No hay mucho donde elegir para sentarse, porque el lugar, más que una cafetería, a esa hora parece una feria y todos hablan al unísono. Es el horario de colación.

Godínez hace una seña a Carla para mostrarle una pequeña mesa junto a la ventana donde dos hombres comienzan a ponerse de pie.

Una mujer les sigue los pasos con un trapo humedecido, con el cual limpia el mantel que recubre la mesa mientras Carla y Godínez, al fin, se sientan.

–Un café de grano… con un poco de agua fría y leche batida –pide el capitán Godínez mientras deposita el estropeado menú envuelto

en plástico sobre la mesa de la cafetería. Luego posa la vista oculta tras sus anteojos oscuros en el ventanal ubicado a su lado.

–¿Algo más? –le interrumpe la mesera.

Esta es una mujer menuda que bordea la cuarentena. Un poco menos, tal vez. Su aspecto, pese a ser algo desaliñado, deja en evidencia sus finas facciones. Ella deposita el lápiz tras la oreja derecha y espera paciente la respuesta de Godínez.

–Solo eso, gracias –refiere este. Serio.

–¿Y usted? –continúa la mujer, dirigiéndose ahora a la oficial Martínez a la vez que eleva sus delineadas cejas oscuras, que impresionan recién tatuadas–. ¿Qué desea ordenar?

–Lo mismo –responde y luego sonríe.

La mujer se aleja con rostro de pocos amigos.

–¿Y las ganas de almorzar? Ja, ja, ja –ríe Carla–. Parece que el olor a fritura no es lo suyo, capitán. ¿Quién lo diría? Bajo ese traje de la antigüedad y mal combinado, se esconde un sujeto con aires de realeza.

–No sabes nada, Martínez. Este caso me mantiene el estómago apretujado. Hay cosas que aún no hemos pensado.

Hacen una pausa mientras la mujer deposita los dos cafés sobre la mesa y se retira tan rauda como ha llegado.

–¿Qué se le ocurre? –interroga Carla mientras comienza a revolver el líquido de la taza.

–No hemos barajado la opción de que el chico se fugara de su casa –propicia el capitán mientras estira la espalda en el respaldo.

Las últimas noches no ha estado durmiendo muy bien. Necesita cambiar la posición del colchón de su cama. «Probablemente sea eso», piensa.

–No creo. ¿Por qué querría huir? El lugar era una pocilga, pero la chica de enfrente decía que lo pasaban bien juntos.

–Todos desean salir de estos lares. –Eleva la vista y bambolea los ojos por la inmensidad del área, como si a él mismo también le hostigase estar ahí–. Bueno, todos menos tú. Porque debes ser la única forastera que se ha venido a vivir desde el mismísimo Manhattan a este poblado.

–¿Cómo asegura eso, capitán? Me sorprende su osadía. ¡Eso no es

cierto!

–Vamos…, no te alteres. No es para tanto. Guardaré el secreto si tanto te afecta.

–No me afecta. Solo que no es verdad –insiste.

–Pfff –resopla–. Por favor, Carla. Es tu acento, ¿sabes? En simples palabras: no es perfecto.

Carla cierra los ojos y niega con la cabeza.

–Hablo perfecto español. Nadie jamás se ha quejado de ello.

La mujer del local se acerca de nuevo para depositar un poco de pan sobre la mesa.

–Gentileza de la casa –anuncia y se mantiene rígida frente a ellos.

–Es el timbre… No lo sé. Te mimetizas, pero posee una pausa en las frases largas que me hace creer que tu cerebro necesita, por fracción de segundos, encajar las palabras. Y lo hace porque su idioma nativo debe ser otro. No sé. Es lo que pienso –aclara mientras le da un mordisco al pan puesto hace unos minutos sobre la mesa.

–Muchas gracias y, por casualidad, ¿conocía usted a Rosa Ferrada? –interroga Carla, dirigiendo la vista a la camarera, que espera de pie a su lado.

La mujer frunce el ceño.

–¿A Rosa? ¿A qué viene la pregunta? No daré información. El morbo de estos últimos días ha sido agobiante –sentencia.

–Mi nombre es Carla Martínez y él es el capitán Gómez. Trabajamos en Homicidios. Me gustaría hacerle unas preguntas –refiere mientras busca una libreta del interior del bolso que ha depositado sobre la mesa.

–¿Cómo? ¿Así nada más? ¿No necesitan una orden o algo por el estilo?

–Parece que ha visto demasiadas películas, señorita… –interviene Godínez.

–Sepúlveda… Pilar Sepúlveda.

–Esto es una simple conversación, pero si usted desea hacerlo más complejo, podemos llevarla a declarar a la Unidad de Criminalística –continúa el teniente mientras señala con la mano la silla ubicada a su lado, invitándola a tomar asiento.

–Es que Rosa es muy buena persona, ¿sabe usted? Me da tristeza ver cómo todos la han condenado. Ella amaba a sus hijos, de eso estoy segura –relata con voz trémula mientras lentamente toma asiento a un costado de la teniente Martínez.

–¿Hace cuánto tiempo conoce usted a Rosa Ferrada? –prosigue Carla.

–Uf, hace más de diez años, creo. Es que los que vivimos en este pueblo, nos conocemos casi todos. Hay una sola escuela, una sola iglesia, un solo cementerio, una sola cafetería de carretera… –agrega elevando la vista y bamboleando los ojos por el espacio del lugar.

–¿Qué tipo de amistad tiene con Rosa Ferrada? –continúa Carla.

–Somos hermanas en la iglesia. Tenemos una relación de cordialidad. Hemos trabajado un par de veces en eventos benéficos, vendiendo pasteles y esas cosas. No hemos hablado mucho… –Luego hace una pausa, como queriendo recordar un dato importante, y agrega–: Pero ella no mató a los chicos.

–¿Cómo puede asegurar eso? –Esta vez interviene el capitán Godínez, quien, mirándola fijamente, apoya el codo en la mesa y descansa la barbilla mal rasurada en la palma de su mano.

–Cuando los niños eran pequeños ella siempre los cuidó, como cualquier madre. La vi llevarlos al hospital por la fiebre, asistir a las reuniones escolares y zurcir disfraces. No tienen sentido las acusaciones. Debe estar sufriendo…

–¿Conocía usted al padre de los chicos? –interviene Carla.

–Para nada… Rosa era una mujer solitaria. Tímida, callada en exceso, reservada diría yo.

–¿Algún vicio? –continúa la inspectora, apartando la vista de la libreta de apuntes que tiene entre las manos.

–Mmm… No lo creo. El cigarrillo.

«Eso no es un vicio», piensa Carla, que ya en su vida ha hecho de todo lo que pudiese considerarse vicioso. Un par de cigarrillos, uf, en efecto, eso no es nada.

24
Un llamado

Luchar contra el insomnio para Carla es una tarea titánica. Por fortuna, los nuevos somníferos que le han recetado hacen que sea un poco más llevadero. Sin embargo, lo que no puede controlar es el despertar de medianoche. Y ahí queda, pegada, mirando un techo que, tras el manto de la oscuridad de la noche, al final logra ver igual.

La mente ya no le para.

Cómo le gustaría sacar todas las interrogantes de la cabeza. Los amores fallidos, por ejemplo. ¿Cómo fue que le dijo su terapeuta en la última sesión? Ah, sí, apego ansioso. Pues claro, porque no es que Carla necesite estar con alguien, lo que necesita es dejar de buscar. No es tanto lo que pide: un hombre inteligente, guapo, por supuesto, que no la joda para nada, que no la limite… En fin, tal vez es mucho pedir, suele pensar ella, y por eso sigue sola. Al final, duerme un par de horas; nada que una buena ducha y un buen tuco de maquillaje de alta gama no puedan disimular. Sin embargo, el sueño la vence igual.

–Hey, Barbie –la remece Godínez por el brazo. Lo hace con delicadeza–. Llegamos.

Carla abre los ojos y mueve el cuello en círculos. Nada puede ser más incómodo que la Citroneta de Godínez.

La vista es impresionante, desde luego. Porque la finca aledaña a la casa de Facundo Rodríguez, donde se encontró al primer hijo de Rosa Ferrada hace más de una década, está ubicada a la altura

perfecta para observar a todo el pueblo de Mérida.

En el lugar, el portón envejecido de madera se encuentra abierto. El cuidador había sido alertado de la visita de los inspectores, motivo por el cual había dejado el acceso despejado. Ingresan en auto hasta las inmediaciones del galpón que, pese al correr de los años, y por la historia macabra que albergaba su subterráneo, no había vuelto a ser utilizado.

–¿Quién es el propietario de este lugar? –menciona Godínez mientras se acomoda los anteojos al tabique nasal para hacer frente a los inesperados rayos de sol que los acompañan esa tarde.

–Manuel Clark –responde la teniente Martínez–, un pastor de la iglesia local, quien lo adquirió en un remate hace quince años.

–¿Tiene cónyuge?, ¿hijos?

–Esa información no la tengo –refiere Carla mientras otorga una mirada cuidadosa a las hojas del archivo con la documentación del caso–. Debe estar en la oficina.

Ambos descienden de la Citroneta y, luego de sortear los tablones sueltos que obstaculizan el paso hacia la estancia, el olor a moho y a polvo lo abarcan todo.

Carla abanica la mano frente a su rostro para esparcir las partículas que amenazan con detener su suspensión, justo sobre sus narices.

–Este lugar no ha logrado ser habitado tras encontrarse el cuerpo del primer hijo de Rosa Ferrada. Los pobladores lo relacionan con la mala fortuna. Está a la venta hace más de diez años –explica la chica mientras levanta la portezuela que les abriría paso al húmedo subterráneo.

Ambos detectives descienden las escaleras de cemento. Carla, ubicada tras el inspector Godínez, apoya la delicada mano en las frías paredes. Al tocar el suelo, pueden apreciar las dimensiones del lugar. Este no supera los tres metros cuadrados.

–Debe haber sido bastante angustiante perecer en este encierro –concluye la detective, mientras bambolea el verde de sus ojos por el sector.

–Seguro –afirma Godínez–. Hay algo en este caso que no termina de cuadrarme.

–¿Qué piensa, inspector? –lo interroga ella mientras enfoca con la

mirada fija e ilumina con la pequeña linterna todos los centímetros de esa gris muralla de cemento.

–Que una madre no puede dejar a un hijo en un lugar como este…

–Una madre, inspector, puede hacer cosas inexplicables. ¿Y si el hijo es abandonado en una mansión, con personal de servicio y piscina temperada? ¿El delito es menor? ¿Qué le incomoda? ¿El espacio?

–¿Me está relatando su propia historia, Martínez? Le recuerdo que es poco profesional expresarla en esta situación –enfatiza, serio.

Carla había olvidado cuánto detestaba al capitán Gómez, porque los últimos días se había comportado a pocos metros de llegar a ser un *gentleman*.

El capitán Gómez es un hombre que aún no pasaba de los cincuenta años. Sin embargo, el dejo de amargura que en varias ocasiones merodeaba sus frases le quitaba el poco atractivo que pudiese portar.

–Con todo respeto, capitán… Es usted la persona más maleducada y desagradable que he conocido. –Aprieta la linterna con fuerza con la mano empuñada y se gira para ascender de nuevo por las escaleras.

–¡Martínez, mira esto! –exclama Godínez, omitiendo por completo el reciente comentario de su subordinada–. Acá hay unos garabatos.

Carla da la vuelta y se dirige a visualizar lo que está iluminando el capitán. Las frases dicen: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Mateo 5:8».

–Parecen versículos bíblicos –puntualiza Carla, volviendo a descender las escaleras–: ¿Lo habrá escrito Pedro? El hijo mayor de Rosa.

–Mmm… También pudo haber sido el pastor antes o después del asesinato del chico para limpiar el lugar o qué sé yo –refiere Godínez mientras retira de su chaqueta una pequeña cámara para fotografiar las paredes.

Justo en ese momento, el vibrar del celular de Carla los desconcierta. Esta introduce la mano en el bolsillo trasero de los desgastados jeans y extrae el teléfono, que presenta un repiqueteo inconstante.

–Tengo poca señal –asegura mientras eleva el aparato y asciende definitivamente las escaleras.

El capitán la sigue de cerca. Observa cómo abandona la vieja estancia y contesta el llamado en las inmediaciones. Luego se fija en cómo los rayos de sol le iluminan el rostro y permiten distinguir a la perfección cómo logra escapársele una sonrisa nerviosa. A los pocos minutos, tras finalizar la llamada, el capitán también sale a la intemperie.

–Parece ser que recibió usted una llamada interesante… –enfatiza Godínez mientras limpia con el ribete de la polera los lentes oscuros que portaba.

–Era Manuel Carrillo.

–¡¿El títere ese?! ¡¿El de la policía?!

–Ajá –refiere ella.

–¿Y qué quería? ¿Alguna novedad en relación con el caso?

–Mmm, no.

–¿Y se puede saber para qué llamaba entonces? –interroga frunciendo el ceño.

–No, capitán, no se puede… Si le contara, sería un actuar muy poco profesional y, como usted bien dice, mi vida privada no puedo dejarla de manifiesto –expresa con ironía ante los ojos coléricos del capitán Gómez.

25
Un diario

Gabriel detesta la sensación de la lengua áspera y cuando esta se adhiere al paladar. Detesta también el paso doloroso y lento de la saliva por la garganta. Detesta el golpeteo cardíaco acelerado y la respiración ruidosa; esa respiración profunda, casi palpable y que emana de sus fosas nasales tal y como si fuera vapor espeso cuando está encolerizado, pero, sin duda, lo que más detesta es que le impongan algo.

El doctor Jones le ha encomendado, como parte del trabajo de investigación de fin de internado, presentar el caso de Rosa Ferrada. Es verdad que el chico lo había insinuado antes, pero era idea de él. Una idea pésima, claro está, porque la mujer no hablaba, pero ahora es una idea aún peor, porque la loca Ferrada podría incluso matarlo.

–¿Existe algún diagnóstico psiquiátrico? –le pregunta el doctor Jones mientras remarca sobremanera el hoyuelo facial derecho. Al tiempo, estampaba en su rostro una mueca amistosa, que, por algún motivo, logra incomodar a Gabriel.

–La verdad, creo que lo de Rosa Ferrada solo tiene de trasfondo un trastorno de personalidad. La mujer está loca, y punto. Como sea, no pretendo ser parte –suelta, pero luego piensa en el chico, en Mauricio. Porque ahora, sumado al hecho de que este internado no era para nada de su agrado, hay que adicionarle que siente sobre sus hombros la responsabilidad de tener que hacer hablar a Rosa Ferrada.

El trabajo de investigación académica que le han encomendado es

solo una excusa y Gabriel lo sabe. La vida de ese chico se ha convertido en su responsabilidad y, aunque nadie se lo ha mencionado así, literal, él lo sabe, porque es el único al que Rosa Ferrada le ha hablado.

La angustia lo está matando.

Amaneció hace bastante y Gabriel aún está bajo las mantas. Se ha pasado la noche en vela, rebanándose los sesos, intentando explicar el motivo por el cual una mujer puede querer ver muertos a sus hijos.

¡Necesita un diario!

¡Lo necesita, ya!

Cuando era solo un crío, en cuanto aprendió a escribir, dejaba todo el odio en un viejo cuaderno. Hace años que ya no lo hacía, pero este momento lo ameritaba. Giró una libreta que estaba en el escritorio, donde había anotado un par de apuntes de cirugía. Buscó una hoja en blanco y dio rienda al lápiz de su mano derecha.

> ¡Rosa Ferrada es una malparida! Es como la bestia que me engendró. Son tan parecidos… Creo que la única razón por la cual logré captar su atención durante mi relato es porque se vio reflejada en la escoria de mi padre. Solo fue capaz de preguntar por él. No preguntó por mí o por mi madre. Nosotros éramos las víctimas, los golpeados, los que portamos el trauma. Pero ella… Ella se enfocó en el victimario. ¡Vaya la mujer loca!…

Y la ansiedad retorna.

Gabriel se incorpora en la cama y apoya con cuidado los pies desnudos sobre el suelo. Luego, comienza a jalar pequeños mechones de su cabello con movimientos firmes y logra retirar de cuajo varios de ellos. Observa los filamentos dispersos entre sus dedos; castaños, delgados, opacos… Los aprieta con la mano empuñada e inicia la letanía habitual, esta vez recordando los huesos de los pies: calcáneo, cuboides, cuneiforme…

–¡No recuerdo más, maldita sea! –grita.

En ese instante suena el ring de su teléfono móvil. Es su madre.

–Hola, mamita –responde de inmediato–. ¡Qué alegría que me llame!

–¿Cómo estás, hijo? –le otorga ella, siempre con ese deje de tristeza que ya se ha vuelto tan habitual.

–¡Por Dios, mamá! –grita Gabriel y lanza el teléfono contra la puerta de la habitación. Este se hace añicos, esparciéndose por el suelo de madera. Gabriel se pone de pie y, con la mano empuñada, comienza a golpearse el rostro al tiempo que verbaliza–: ¡¿Hasta cuándo, mamá?! ¡Estamos mejor sin él! ¿Por qué no lo comprende? ¿Por qué no es feliz?…

¡Necesita recordar más huesos!: hioides, esfenoides, semilunar…

Se escucha un golpe seco y la puerta de la habitación de Gabriel se abre con brusquedad. Ingresa la tía Rosario con el rostro desfigurado. El chico la ve, como en cámara lenta, correr en dirección hacia él. Gabriel se arrodilla en el suelo sin poder parar de llorar, cual si fuera un chiquillo de primaria. Le arde el rostro y lo cubre con sus huesudas y alargadas manos.

No es capaz de hablar.

Ella, por su parte, la tía Rosario, lo envuelve en una manta y lo aprisiona con sus brazos poderosos hasta hacerle sentir calor. Gabriel quiere desvanecerse, hacerse un ovillo y desaparecer. Quiere salir de ahí.

Al tiempo, ya no sabe cuánto rato ha pasado. Cuánto rato esta bonachona mujer le ha contenido, pero ya se puede distinguir la luz de la mañana colarse por la ventana y solo se oye el sutil murmullo de la tía Rosario:

–Calma, mijo, calma.

Y Gabriel se acomoda en su hombro. Por un instante siente paz. Cierra los ojos, y ya, se entrega; no hay más luz.

26
Un recuerdo

El repiqueteo constante de la gotera junto al oído no hace más que recordarle a Mauricio que está entrando el invierno y que cada día que pasa, aumentará aún más el frío. Puede notar cómo se le eriza la piel bajo el delgado cobertor junto con el sonido rítmico y constante del agua.

¡Odia el agua!

La odia desde hace ya mucho tiempo.

La odia desde aquella vez que se cayó en el lago. Una vez que su padre intentaba enseñarle a pescar con un gusano atado al gancho artesanal que había montado.

Él no lo miraba. Estaba absorto jalando la lienza que traía consigo un pez que, por la fuerza que ejercía, parecía ser de gran tamaño. Justo en ese instante, la carnada del pequeño Mauricio se zafó de su aprisionada amarra y, luego, se posó en la débil e impalpable superficie tensionada del agua. El niño estiró la mano y dobló el abdomen contra el borde del bote. Al instante en que su extremidad tocó el agua, el pequeño cuerpo descendió tras ella, como si hubiese pensado que debía seguirla. Mauricio recuerda haber sentido que el ropaje se volvía pesado y que comenzaba a descender muy lentamente hacia las profundidades. Recuerda también cómo el color del agua fue cambiando. Al principio era de un celeste claro. Luego, la luz fue disipándose y el agua se volvió de un color azul oscuro, casi negro. En aquel momento, el latido cardíaco acelerado en un inicio se tornó más lento. Al principio lo sentía galopar en la

garganta y, después, nada. Perdió la movilidad y el peso de las extremidades y, acto seguido, estas flotaron junto a su rostro.

En aquel instante, le invadió el pánico.

El poco oxígeno que aún circulaba por el cerebro le permitió asumir que aquello era el final; ya no valía la pena luchar. Fue entonces cuando le invadió la paz, una sensación de tranquilidad absoluta.

El resto ocurrió muy rápido.

Le aprisionaron el brazo y Mauricio pudo ver cómo el fondo se alejaba de él, al punto que, en un momento, la luz de la superficie le cegó. Y después, entre agua salada y tos, vino la voz de su padre:

–¡Estás enfermo, Mauricio! Debes tener cuidado. Vas a morir, lo sabes, pero aún no es el tiempo.

27
Un descubrimiento

Unidad de Criminalística de Mérida

–¡Capitán! –exclama la teniente Martínez, ingresando al despacho a paso rápido–, me he desayunado con esta noticia.

La rubicundez en el rostro de Carla Martínez anticipa la magnitud de la información. Esa mañana la mujer luce un moño levantado a medio armar, y sus grandes ojos verdes están acompañados de las oscuras ojeras que confirman que ha trabajado durante toda la noche, o se ha desvelado, y los somníferos ya no hacen tanto efecto, podría ser cualquiera de las anteriores.

–Joder, ¡te ves fatal, Martínez! –anticipa el capitán.

–¡Por el amor de Dios, no me interrumpa! Esa maldita manía que tiene, con todo respeto, capitán –le escupe, aumentando el carmín de sus mejillas. Sin duda, Godínez, hace aflorar el mal humor de Carla.

–*Okay, okay*… Cuéntame qué tienes ahí.

Carla despeja, arrastrando con la mano los papeles sobre el taburete y deposita sobre él una voluminosa carpeta gris.

–¿Qué es todo esto? –interroga Godínez, comenzando a inspeccionar.

–Es la prole de Juan Smith, el padre de los hijos de Rosa Ferrada.

–¿Cuántos hijos tiene?

–Querrá decir tenía, capitán.

–¿A qué te refieres?

–Tuvo siete hijos con tres mujeres diferentes, incluida Rosa Ferrada… Y aún no le revelo la mejor parte.

–Carla eleva los hombros mientras coge aire con fuerza y continúa–: Hay tres de ellos fallecidos, contando a Pedro Smith.

–¡Maldición! –El capitán traga saliva y se pasa su gruesa mano por la barbilla. Roza con cautela la barba de tres días que porta esta mañana–. ¡Es un asesino en serie! Qué digo… ¡Es un parricida en serie!

–Ese es el problema, capitán. Que no mata a los chicos. O al menos no directamente.

–¿Los induce? –interroga Godínez con los ojos fijos en el documento, al tiempo que examina la información recién recibida y que describe en detalle cada una de las muertes. Luego concluye–: uf, eran todos adolescentes.

–Y todos hombres… –puntualiza Martínez, elevando las delineadas cejas en un intento de hacer notar la sagacidad de sus observaciones.

–Tengo un mal presentimiento, Martínez.

–Yo también, capitán. Yo también.

28
Una duda

Es difícil precisar cuántas horas ha dormido. Sin embargo, la contractura de su espalda le hacen vaticinar que han sido bastantes.

Es de día, pero ¿cuál día? No está seguro.

Recorre la habitación bamboleando los ojos con detenimiento. Todo luce igual que siempre. El escritorio está en perfecto estado: con los cuatro libros de anatomía apilados sobre él y los apuntes de psiquiatría centrados frente a la silla negra. Las cajas de los lápices están separadas por colores, y los bocetos de los dibujos del cuerpo humano se encuentran enrollados y atados con una cinta roja, justo como a Gabriel le gusta. El contenedor bajo el escritorio está limpio y desprovisto de papeles en su interior. Todo está tranquilo. Ni un indicio de la reciente crisis. Y justo cuando Gabriel comienza a pensar que lo ha soñado, distingue un celular sobre el velador con una nota que dice:

Querido, hijo:

Todo estará bien. Habrá días buenos y días malos. Las heridas, algunas veces tardan en sanar. Yo estaré aquí para que podamos sanar juntos. Eres mi orgullo, no lo olvides.

Con amor,
Mamá
PD: Te dejo un nuevo celular.

Se levanta raudo. Coge libreta y lápiz:

Solo deseo hacerla feliz. Por eso me desespera oírla triste. Me molesta que aún le afecte la desaparición de la escoria de mi

padre. ¿Por qué no lo olvida y punto?, me he preguntado muchas veces. ¡Estamos mejor sin él! Cualquiera lo entendería. Luego pienso que debe tener un trauma también. El síndrome de Estocolmo, como diría el doctor Jones. El otro día lo discutimos en relación a Rosa Ferrada. La mente humana es capaz de justificar el actuar aberrante de algunos. Puede llegar a comprenderlo e incluso aceptarlo. ¡Por eso no me gusta la psiquiatría! Tan ambigua, tan inexacta.

La puerta emite un chirrido tenue, seguido de un golpeteo rítmico; típico de la tía Rosario. De inmediato, se asoma su desordenada cabellera por entre la madera.

–¿Cómo estás, mijo? Dormiste bastante –se escucha mientras le otorga una cándida sonrisa. Gabriel siente deseos de levantarse del escritorio y de correr y abrazarla. De pedirle perdón por sus arrebatos. Quiere explicarle, de nuevo, que está trabajando en ello, que ya se le pasará.

Pero se contiene porque sabe que ella lo justifica en que tuvo un despojo de padre. Solo se limita a asentir con la cabeza.

–Mijo –continúa ella–, tu mamá estuvo aquí ayer por la tarde. Dormías tan bien que no quiso despertarte. Te ha dejado un nuevo móvil, ¿lo has visto?

–Sí, tía. Es que mi mamita es una santa, ¿no lo cree? –le pregunta con el rostro jactancioso por la madre que le ha tocado.

–¡Vaya que sí!

–Igual que usted –agrega, y le devuelve aquella cándida sonrisa que pareciera que la tía Rosario tuviese tatuada en el rostro. Esa sonrisa contagiosa que le alegra los días a Gabriel.

–Eres mi orgullo, mijo. Te traeré el desayuno a la habitación, ¿te parece? Para que puedas arreglarte para ir al hospital.

–Uf, sí, tía. Gracias. Estoy muy atrasado. Además, hay una loca que ahora es mi responsabilidad. ¿Cómo lo ve? –le comenta mientras se incorpora para comenzar a buscar su ropa. Coge una camiseta gris y, con la mano entreabierta, desliza sus delgados dedos por su cabeza, en un intento infructuoso por arreglarse la cabellera.

–¿Cómo así? –interroga con la vista fija en Gabriel. Se sienta en el camastro, atenta, como quien acaba de entrar al cine, con palomitas y todo. El chico esboza una sonrisa disimulada al notar cómo el peso de su cuerpo es capaz de hacer crujir el catre.

–Así nomás –responde elevando los hombros mientras coge el móvil nuevo y enciende la pantalla–. Se trata de Rosa Ferrada, la mujer que salió en el periódico hace unos días… La del hijo muerto y que ahora tiene otro desaparecido. De la que ya habíamos hablado.

–La recuerdo –afirma meneando la cabeza–. Y ¿qué tiene que ver ella contigo?

–Resulta que la mujer está loca de patio, de verdad le patina y mucho. Intentó quitarse la vida y, como no le resultó, terminó en el pabellón 57. Una parte de la unidad de psiquiatría donde a los locos

no se les medica para que entrecrucen su vida imaginaria con la realidad. No sé qué es más estúpido, si el programa del pabellón 57 o al que se le ocurrió algo así. ¡Son locos y punto! En fin, ¿en qué estaba? Ah, sí, que la loca de Rosa Ferrada se volvió muda –sonríe con ironía y vuelve a depositar el teléfono en el velador– y al parecer sabe dónde está encerrado el menor de sus hijos, Mauricio se llama, pero como no habla no sirve de nada. Y resulta que, para mi desgracia, se le ha ocurrido hablarme a mí. ¿Cómo lo ve, tía? Lo único que me estaba faltando. Y ahora el doctor Jones quiere que le intente sacar información, que me convierta en su paño de lágrimas o lo que sea.

–¿Y qué va a hacer, mijo? Suena peligroso eso.

–No lo sé, tía. El otro día me atacó al cuello…

–¡¿Cómo así?! –exclama abriendo sus ojos como platos–. No me gusta la idea de que corras ningún riesgo.

–No lo creo. No lo sé, la verdad. Con la gente loca, se puede esperar cualquier cosa. Ella es una mujer marcada por los traumas, y eso hace que tenga un actuar incierto.

La tía sonríe. Sabe que siempre lo dice, pero esta vez Gabriel parece reconocerlo en el brillo de su rostro: está impresionada por sus palabras.

–Estás pensando como médico, mijo…

–Gracias, tía –expresa mientras le da la espalda para hurguetear entre los papeles del escritorio. Todo esto con el único propósito de que no note la rubicundez de su rostro.

Está seguro de que la tía está orgullosa de él. Gabriel no recuerda la última vez que se sintió tan feliz.

29
Una propuesta

Hospital de Mérida. Pabellón 57

–Adelante, inspectores –es la bienvenida que otorgó el doctor Jones–. Pasen ustedes, tomen asiento. Los estaba esperando.

Y en efecto, tras el reciente actuar de Rosa Ferrada, era evidente que la policía vendría para intentar de nuevo interrogar a la sospechosa.

–Buenas tardes, doctor. Somos el capitán Gómez y la teniente Martínez –anuncia Godínez mientras le da un robusto apretón de manos al facultativo.

–Ustedes dirán: ¿en qué podemos ayudarles?

–¿Cuál es su impresión, como especialista, sobre el estado mental de Rosa Ferrada? –inicia Carla, tomando asiento frente al médico y depositando sobre el escritorio una libreta de apuntes. Luego alza la vista hacia él y comienza a ejercer periódicos toques con el pulgar a su lapicera, que provocan que la punta de este se asome en reiteradas ocasiones.

–Pff, parece una pregunta capciosa –ironiza el doctor Jones. Flexiona los brazos en cruz y presiona su pequeño y rechoncho cuerpo contra el respaldo del cómodo sillón, ubicado tras el escritorio. Acto seguido, ablanda el rostro, como quien se prepara para soltar una clase magistral, y puntualiza–: es difícil de determinar. El mutismo puede estar dado porque ya ha realizado lo que debía hacer y, por ende, no hay nada más de qué hablar. O

porque sabe lo culpable que es y no le conviene soltar palabra. O porque ha visto algo que su cerebro desea borrar…

–O… –interrumpe Godínez, quien aún permanece de pie frente al escritorio– porque desea encubrir a alguien. Mire, doctor, tal vez podríamos estar toda la mañana escrudiñando la locura de Rosa Ferrada. La mujer no es normal, lo sabemos. La pregunta es: ¿cómo podemos hacerla hablar? Es un hecho que ella conoce el paradero de Mauricio.

–Mmm, con la psicóloga intentamos que escriba o que dibuje. Le entregamos papeles y lápices, y la hoja se mantuvo en blanco. No se inmuta. Si no la llevamos al comedor, no ingiere alimento, ni siquiera agua. Qué más puedo decir… Que tampoco se baña. La hemos tenido que poner bajo el chorro de agua y ni siquiera se cubre el rostro. Después hay que vestirla. Durante las noches, permanece en la cama con los ojos abiertos. Solo observa, pero no verbaliza, ni con gestos, que sería lo esperable.

–Disculpe, doctor, ¿usted insinúa que la mujer no duerme? Y… ¿no le dan alguna pastilla o algo? –interviene Godínez, de nuevo.

–No, no, no –confirma el médico, meneando la cabeza de lado a lado–. Este pabellón no utiliza casi ningún fármaco. Son pacientes estables, que no son un peligro. Ellos están en una fase de meseta, por decirlo de alguna manera. En general, no son un riesgo. Aunque, claro, pueden ser impredecibles algunas veces.

–Mmm, ya. ¿Y cómo hacemos hablar a Rosa Ferrada? –insiste el capitán con la vista fija entre las cejas del médico y el tono sarcástico habitual.

–No tengo todas las respuestas, capitán. Sin embargo, usted, que puedo asegurar que ha tenido una infancia difícil y desprovista de afectos, y que, por ello, mantiene esa actitud distante –agrega con seriedad– puede intentar hacer hablar a Rosa Ferrada.

–¡No se haga el gracioso conmigo, doctor! No soy un paciente a quien deba analizar –enfatiza con el rostro comenzando a hervir–. Solo quiero hacer bien mi trabajo y encontrar a este chico rápido.

–En eso estamos de acuerdo, capitán. Todos queremos encontrar al chico. Entonces, déjenme ayudar.

–Prosiga –solicita Godínez, al tiempo que ejerce un ademán con la

mano extendida.

–Rosa Ferrada hablará cuando crea que alguien tiene una vida indigna. De hecho, eso fue juto lo que ha ocurrido con una persona. Su nombre es Gabriel. Este le comentó sobre el maltrato que había ejercido su padre sobre él y ella, en un acto inesperado, le habló.

–¿Sabe de qué conversaron? –interroga Carla, volviendo a activar el movimiento del lápiz.

–No mucho. Ella preguntó por el padre de este.

–¿Podríamos hacer que Rosa Ferrada vuelva a conversar con esta persona? –insiste ella–. Tal vez, él podría hacerla hablar de nuevo.

–El problema es… –el facultativo se inclina hacia los policías, como quien desea contar un suculento secreto– que Rosa Ferrada lo agredió. Le aprisionó el cuello con ambas manos. Si no intervienen los enfermeros del área de recreo, quizás qué hubiese ocurrido.

–Yo, podría preparar al testigo para defenderse… Instalaría micrófonos. Y podemos poner guardias de la brigada tras el vidrio –refiere la teniente mientras dirige la mirada hacia el capitán Gómez a la espera de una aprobación a su oferta.

–No veo alternativa. Es la única esperanza que se vislumbra para obtener información –puntualiza el capitán, asintiendo con la cabeza–. Lo protegeremos, doctor. Déjelo en nuestras manos.

30
Un ritual

Mauricio ha vuelto a tener pesadillas.

Hace tiempo que no venían. Lo más probable es que sean a causa del encierro.

Es el mismo sueño de siempre, que se repite como si fuese un disco rayado.

Comienza con la luz que, de forma tenue, intenta traspasar la tela que cubre sus ojos. Está rodeado, los oye murmurar, asienten con la voz, casi puede imaginar como menean con la cabeza, convencidos de que están en lo correcto. Está sudando frío y su cuerpo desnudo resbala al contacto con la silla donde se depositan los escuálidos glúteos. Tiene las manos atadas a la espalda, aprisionadas contra los barrotes de la silla, el dolor se siente real. Hay movimiento, dirigen sus pasos en dirección a Mauricio y lo observan en silencio.

Se acercan uno a uno, a tan corta distancia que se puede percibir el calor procedente de la respiración agitada que impacta en el cuello del chico. Y, finalmente, dos manos grandes cubiertas de aceite y que emanan un olor impregnado a incienso se posan sobre su torso, descienden por la planicie del abdomen y le recorren los muslos, apretujando los dedos sobre ellos, para finalizar en los entumidos pies. El murmullo se acrecienta, las alabanzas son un unísono. Ha llegado la maestra.

Todo es silencio.

Ella está de pie frente a Mauricio. Posa sus manos sobre la cabellera del chico y susurra el inicio del ritual:

–Estás listo. Estás en casa.

Y Mauricio lo asume: está destinado a morir.

Incluso en ese instante, lo desea. Porque es un elegido, un encomendado… Lo enviarán al calabozo de su muerte, al lugar que le permitirá cruzar el umbral.

Luego, despierta.

No desea volver a esta realidad. No sabe qué es peor. Porque si de algo está seguro, es de que aquel disco rayado de sus pesadillas, dista mucho de ser solo producto de su imaginación.

Abre los ojos y vuelve a oír el golpeteo del agua en el exterior. No tiene noción del tiempo.

Ya no hay vuelta atrás.

Su estómago ha dejado de rugir. Ya no siente hambre, ni mucho menos dolor. Teme que el corazón se le pueda congelar en cualquier momento, porque el frío es perturbador y, además, cada latido genera un remezón a su aletargada conciencia.

«Quiero que ocurra pronto, quiero cruzar el umbral, pero la soledad me invade, y tengo un último sentimiento de humanidad antes de abandonar el cuerpo. Me dijeron que sentiría paz, pero lo único que siento ahora es miedo», resuena en la mente de Mauricio.

31
Un acuerdo

–Permiso, mijo. –Se oye el repiqueteo de los gruesos dedos de la tía Rosario contra la puerta de la habitación.

–Pase, pase, tía –la insta cuando ya se asoma su voluptuosa anatomía por el umbral.

–Traigo compañía, mijo. Estos señores son de la policía y desean conversar contigo –le explica señalando a la pareja que aparece tras ella. Él es un hombre alto, fornido, con una barba de varios días que le hace ver envejecido. Ella ingresa distraída y mueve sus ojos verdes por la habitación, inspeccionando cada detalle. Luego, los posa en Gabriel, que ni siquiera ha atinado a incorporarse. Se mantiene en la silla junto al escritorio donde estaba repasando las materias antes de ir al pabellón 57. Parece petrificado. Entonces mira a Carla y ella le sonríe.

–Soy el capitán Gómez y ella es la teniente Martínez –interviene el hombre con seriedad y voz desafiante.

La sonrisa se le desdibuja a Gabriel. Se pone de pie y eleva las cejas. Su mente comienza a enloquecer.

–Esta es mi habitación, ¡no permitiré que me hablen fuerte!

La ansiedad es inmediata. Necesita nombrar huesos: hioides, esfenoides…

–Mira… –quiere intervenir Godínez, pero Carla, que es astuta, lo interrumpe.

–Hola, Gabriel. Mi nombre es Carla

Se escucha la voz más armónica que Gabriel jamás ha oído en su

vida. Las pulsaciones descienden y el sudor de las manos desaparece lentamente.

«¡Por Dios, me he calmado! Si mi madre la viera, la adoraría. Los músculos de mi rostro se han relajado y hasta creo que he dibujado una mueca amistosa, porque ella me ha dirigido una mirada de complicidad. ¡Hemos conectado!», dispara el cerebro de Gabriel en una lluvia de pensamientos.

–Dicen que no es nada grave, mijo. Que necesitan de tu ayuda. ¿Está bien si te dejo con ellos? –pregunta la tía. Tan buena que es con él… Jamás lo dejaría con alguien que pudiese hacerle daño.

Godínez es hosco por naturaleza y no puede evitar esa mirada desafiante. Lleva puestos unos anteojos negros que se apoyan en su puente nasal y observa a Gabriel de reojo.

–Estaré bien –asegura.

La tía sonríe, marcando ese hoyuelo que la caracteriza, da la vuelta y se retira de la habitación. Godínez hace una seña con la mano a Gabriel para que tome asiento mientras coge otra silla ubicada junto a la pared para quedar frente a él.

A Gabriel le hierve la sien. Si no fuera porque está ella, aprovecharía que aún se encuentra de pie para patearle el rostro, pero se contiene. Aprieta los puños y toma asiento, como le han indicado.

–Ustedes dirán para qué soy bueno.

–Estamos tras la pista de Rosa Ferrada –inicia Carla, quien comienza a deambular por la habitación.

Gabriel no puede dejar de mirarla.

La blusa azul de seda que porta se ajusta a la perfección a su torso. La mujer detiene el tranco junto a la cama de Gabriel y la respiración del chico se paraliza. Deja de oír lo que hablan los inspectores y su mente comienza a divagar. Porque, en otros tiempos, Gabriel era un hombre muy atractivo. Las mujeres solían voltear a mirarlo, pero desde la desaparición del engendro de su padre ha descuidado su presentación, lo reconoce. Hay días que ni siquiera se baña, y a veces varios días que no se afeita. La tía Rosario, entre carcajadas, le suele cortar el cabello cuando este ya le cubre los ojos.

–¡Hey! –interrumpe el capitán chasqueando los dedos frente a su rostro al notar que él le ha dejado de prestar atención.

Gabriel puede sentir cómo ha comenzado a palpitarle la vena de la frente. Ese hombre lo sacará de sus casillas, y ya no podrá responder de sus actos y, claro, lo suspenderán de la carrera, ya se lo han advertido varias veces. De hecho, ese es el motivo por el cual se ha convertido en una persona solitaria. Evita el conflicto.

–Queremos hablar contigo de Rosa Ferrada –continúa el capitán Gómez.

–¿Qué quieren que les diga? No sé nada de ella. Solo que intentó estrangularme.

–Cuéntenos esa parte –puntualiza Carla, tomando asiento en la cama. Luego saca una libreta de apuntes de su bolsa y desenfunda una lapicera plateada. Lo mira y se acomoda el cabello tras la oreja derecha. Gabriel lo percibe como un coqueteo. Está fuera de práctica, pero aún puede reconocer cuando una mujer le lanza ese tipo de mirada. Y, casi en un acto reflejo, se acomoda en la silla, endereza la espalda y esboza una sutil y apenas perceptible sonrisa.

–Estábamos hablando de mi padre –relata con tono calmado, como si de un momento a otro Gabriel hubiese decidido tomar el control de la situación.

Ella le hace un ademán elegante con la cabeza para que prosiga.

–No tuve un buen padre, ¿sabe usted? Era un hombre violento y alcohólico que nos golpeaba a mi madre y a mí. Algo así le estaba relatando a Rosa Ferrada y ella, sin previo aviso, se abalanzó directo hacia mi cuello. Quería matarme. Intervino el personal de vigilancia y los enfermeros y gracias a eso estoy acá relatando la historia.

–¿Qué ocurrió con su padre? –osó a preguntar Godínez con su mirada parca.

–¡¿Y a usted qué le importa?! ¿Acaso cree que la mierda de vida que tuve es digna de un espectáculo de circo? –relata en guardia, poniéndose de pie.

Ellos también lo hacen y Carla se posiciona entre ambos.

El ambiente es tenso.

La mujer estira un brazo para alejar a Godínez y el otro lo pone en el pecho de Gabriel.

«Creo que el corazón se me saldrá. Está tan cerca de mí que puedo oler el aroma a miel y jazmín que emana de su cabello», inicia la mente de Gabriel.

–No te angusties, Gabriel –le dice–. Hay heridas que duelen siempre. Necesitamos saber un poco de tu historia para comprender por qué Rosa Ferrada decidió hablarte a ti.

Lo mira fijamente, Gabriel respira y de nuevo vuelve a tomar asiento. El capitán Gómez se aleja hasta la pared de la habitación y observa a distancia. Sabe que no tiene el tacto necesario para manejar la situación. Carla toma su lugar en la silla frente a Gabriel y agrega:

–¿Puede confiar en mí?

Gabriel asiente con la cabeza y prosigue el relato:

–Mi padre desapareció hace un par de años. Salió a trabajar y nunca volvió. La policía cree que cayó a algún río de tan borracho que debe haber andado.

–¿En qué trabajaba en aquel tiempo?

–Creo que en una constructora. Transportaba escombros. La verdad, no estoy tan seguro porque lo echaban de todos lados.

–¿Sabes, Gabriel? Creemos que esta mujer, en su mente perturbada, piensa que no eres digno de continuar en esta vida, que solo te trae sufrimiento. Tal vez pensaba lo mismo de sus hijos, y tú le recordaste eso.

–Pero yo sí soy feliz ahora. Tengo una madre que amo y por quien estudio esta carrera, para algún día ser su mayor orgullo y sacarla del hoyo en que vive. Quiero darle a ella la vida que se merece.

–De acuerdo, Gabriel, pero Rosa Ferrada no sabe eso. Ella solo tiene la información de la primera parte de tu vida.

–Entonces se lo quiero aclarar…

–No queremos que lo hagas. Queremos que le cuentes cuánto has sufrido.

–¿Y para qué? No creo que sea una buena idea. No, para nada… Estoy en período de exámenes. Tengo que estudiar y concentrarme en esto.

–El doctor Jones está al tanto y te dará flexibilidad para rendir los exámenes. Es más, seguro esto influirá de manera positiva en tu

calificación.

–Aún no comprendo, ¿qué ganamos con esto?

–Creemos que si Rosa Ferrada te considera indigno para vivir puede que te convenza de que tienes que morir y te diga cómo hacerlo, de esa manera puede que nos de indicios sobre dónde está su hijo, Mauricio.

–¿Y si no quiero colaborar?

–El chico morirá… Eso es seguro –irrumpe Godínez desde el fondo, con el rostro congelado, lanzándole cual bomba la mayor responsabilidad de su vida, emanada con cara de «tendrás que hacerlo igual, y tu opinión me importa un carajo». Y, en eso, la dulce y melódica voz de Carla irrumpe como un bálsamo en los oídos de Gabriel a salvar la situación:

–Si quieres, podemos volver a conversar, tú y yo. Podríamos prepararnos juntos. ¿Qué opinas? Yo he hecho esto muchas veces. Será seguro para ti.

–Mmm, podría ser –responde nervioso mientras se pasa la mano por la barbilla mal rasurada.

«Sus ojos verdes no dejan de mirarme. Puedo notar cómo se acelera mi respiración. Quiero tenerla cerca, quiero estar a solas con ella. Es mi oportunidad», piensa Gabriel.

Carla esboza una sonrisa, arqueando la boca con gracia, y Gabriel le responde asintiendo con la cabeza.

–Está bien, inspectora. Juntos haremos hablar a Rosa Ferrada –asegura, y Godínez sonríe al fin.

32
Un equipo

Unidad de Criminalística de Mérida

En la fría sala de reuniones del segundo piso de aquel antiguo edificio con paredes a medio pintar, como quien pide remodelación hace ya varios años, claro, eso ya lo hemos dicho, no vuela ni una sola mosca.

El ambiente se corta con cuchillo.

A la cabeza, el capitán Gómez apoya la espalda a presión contra el respaldo de la incómoda silla de tres ruedas, que amenaza con perder estabilidad en cada medio giro que impulsan los pies del hombre. A su derecha, Carla Martínez, obsesionada con el cliquear del lápiz y con la vista fija en los apuntes depositados frente a ella sobre la mesa de reuniones. Se muerde el labio, como quien hace un esfuerzo para retener la lluvia de ideas que brotan de su cabeza, impulsadas a emerger. A su izquierda, el doctor Juan
Rodríguez, médico forense, quien en un intento infructuoso trata de arreglar la gran pila de documentos frente a él, y que, como si fuese un edificio mal construido, amenaza con desmoronarse. El doctor Rodríguez posa los dedos por su cuello y suelta un botón de la camisa. Su gruesa anatomía, sumada al ambiente álgido que emana de esa sala, le están dificultando respirar.

–Buen día –comienza Godínez, irguiendo el tronco y flexionando ambos antebrazos sobre la mesa con las manos empuñadas–. Los he citado el día de hoy porque el caso de la desaparición de Mauricio

Smith, tras obtener nuevos antecedentes, ha dado un vuelco en la investigación. Es por ello que incluiremos en el equipo a Tania Calderón, jefa del Departamento de Policía. Necesitaremos su apoyo.

En ese instante hace un gesto elevando las cejas e indica con el rostro hacia el extremo opuesto de la mesa, donde, en efecto, se encuentra sentada la mujer. Ella asiente con una escueta sonrisa, dejando en evidencia los prominentes surcos que adornan las comisuras de sus labios.

–La Sheriff Callie, como suelo llamarla, es una mujer de mi absoluta confianza. No duden en compartir opiniones o sugerencias con ella. Sin embargo, no puedo decir lo mismo del hombre ubicado a su lado…

–¡Por Dios, Godínez! –interviene la jefa de la policía, elevando los ojos al techo–. Ya te he dicho que Manuel Carrillo es mi segundo al mando. Si yo estoy aquí, él también.

–*Okay, okay* –refiere el capitán con un suspiro de resignación–. No estamos en condiciones de perder el tiempo. ¡Acá hay mucho trabajo que hacer! Teniente Martínez, ponga al equipo en contexto.

–Sí, capitán –inicia Carla–. Tenemos argumentos suficientes para creer que estamos frente a un grupo de suicidios u homicidios inducidos… en serie.

–¡Imposible! –salta Callie, meneando la cabeza y acomodándose en la silla con un movimiento nervioso–. Nosotros comandamos todos los eventos de este pueblo y sus alrededores, y créanme que si algo así merodeara por estos lares yo lo sabría.

–Pues bien, esa es la cosa. Llevan años en el anonimato… –intenta continuar Carla.

–Pero… es imposible mantener una serie de homicidios en el anonimato. –Se escucha la voz de Manuel Carrillo, en un intento de realizar un comentario que sonara algo inteligente.

Este es un hombre que bordea los cuarenta años y cuyas escasas canas, bien distribuidas sobre el cabello castaño que porta, le otorgan un toque de atractiva madurez. Es de contextura delgada, desprovisto de un cuerpo atlético propiamente dicho, pero, pese a ello, en la más temprana adolescencia descubrió que poseía un efecto perturbador sobre el sexo opuesto, que había aprendido a

utilizar a su favor, al punto de vanagloriarse de poder engatusar a la mujer que se le plantase por delante. Sin duda, el efecto radicaba en la seguridad de sus palabras, como así también en la simetría de su sonrisa. Fue por ello que tras verbalizar el comentario ajusta los puños del chaleco de lanilla clara, que le ciñen el torso sobre la ajustada camiseta, y eleva la vista para cruzarla a los verdes ojos de Carla Martínez mientras planta una mueca que evidencia su alba dentadura. Sin embargo, y contra todo pronóstico, la mujer tiene su rostro rígido y menea la cabeza junto a un suspiro irónico antes de verbalizar:

–Nadie los mata… Las víctimas fallecen en condiciones poco esclarecidas. Algunas productos de accidentes y otras por suicidios.

–No hemos tenido tantos suicidios –asegura Tania Calderón, evitando con su comentario que se prolongue el incómodo cuestionamiento hacia sus funciones como jefa del Departamento de Policía.

–¡Ese es un punto interesante! –puntualiza el capitán Gómez mientras otorga una mirada al médico experto en criminalística, indicando con ello que ya es su momento de intervenir.

–En los últimos veinte años –comienza el facultativo, despejando los archivos frente a él para dejarse ver– se han reportado diecisiete fallecimientos de adolescentes en un radio de cien kilómetros. Entre ellos, está el secuestro de Pedro Smith, hijo de Rosa Ferrada y Juan Smith. Este último tiene además otros dos hijos fallecidos. Uno se ahogó en el lago en un paseo con unos amigos y el otro perdió el equilibrio desde el balcón de su apartamento en un séptimo piso, donde vivía junto a la madre. Ambos sucesos fueron reportados como muertes accidentales.

–Aun así, no hay argumentos para referirnos a eventos en serie –insiste la jefa de policía con un nuevo meneo de cabeza, evidenciando sus pocas ganas de asumir que, ante sus narices, hubiese estado ocurriendo un suceso criminal organizado.

–Hace dos años y fracción, cuando falleció el chico del balcón, la madre refiere en una entrevista en el diario que la muerte de su hijo era inevitable –participa Carla, desenfundando de entre los archivos un periódico desgastado, y extiende la mano con el papel, en

dirección a Tania Calderón. Esta última, con rostro parco, recibe la evidencia–. En su momento, a nadie llamó la atención el comentario. Se asumió que, al tratarse de una caída de altura, la muerte era inevitable. Sin embargo, al asociar la frase junto a los dichos de Rosa Ferrada de que los chicos «están destinados a morir», al menos para nosotros, ya cobra otro sentido.

–Está leyendo bajo el agua, inspectora… Son muertes accidentales. No veo el porqué de investigar algo que nos desviará de nuestro objetivo principal, que es descubrir el paradero de Mauricio Smith. Les recuerdo que el tiempo corre y, cuanto más tardemos en encontrar a ese chico, más probable es que lo encontremos muerto.

–¡Me estás agarrando las pelotas, Callie! –irrumpe Godínez con voz potente mientras golpea la mesa con la mano empuñada. Su rostro se torna del carmín rubicundo de la ira. El hombre se pone de pie. Hay un silencio incómodo de algunos segundos, y Godínez prosigue–: ¡¿Cuántos hombres con tres hijos fallecidos y uno además tal vez secuestrado conocen ustedes?! ¡Esto lo vamos a investigar y, si la reputación de la policía se pone en juego por no haber escudriñado en la básica investigativa del atar de cabos, no es problema nuestro!

Se dirige a la ventana entreabierta para inhalar un poco de aire fresco. Luego añade:

–Como mínimo, necesitamos urgente una orden para allanar la casa de Juan Smith, que, además les recuerdo, fue interrogado y el muy canalla en ningún momento mencionó que tiene dos hijos más fallecidos. Para mí, es el principal sospechoso. Dividiremos las acciones para no pisarnos la cola. Armaremos nuevos equipos. Doctor
Rodríguez, usted analizará las diecisiete muertes de esos chicos. Vea las fotografías de los cuerpos con lupa y busque puntos de conexión entre ellos.

–Entendido –asegura el facultativo, quien se pone de pie y junta sus archivos para abandonar la sala. Misión frustrada, claro, porque por más grande que fuese el doctor Rodríguez, el material superaba con creces la anatomía de sus brazos.

–Martínez… –la llama el capitán Gómez–, tú tienes la difícil misión

de hacer hablar a Rosa Ferrada. Trabaja con el joven que se ha comunicado con ella. Creo que ahí hay una luz de esperanza en averiguar un poco el paradero de Mauricio.

–Entendido, capitán –responde ella, asintiendo con la cabeza en una señal respetuosa que logra estampar una mueca de orgullo en el rostro de Godínez. La mujer se pone de pie, y agrega–: prepararé a Gabriel para que Rosa Ferrada se apiade de él y lo crea «digno de morir» –dice enfatizando con los dedos la señal de comillas– y espero que con ello le dé información de cómo hacerlo.

–¡Perfecto! Callie y yo visitaremos la casa de Juan Smith.

La jefa de policía se pone de pie sin emitir palabra. Junto a ella, se posiciona Manuel Carrillo. Este traga saliva con dificultad y, en un incómodo silencio, espera instrucciones, las cuales no llegan.

–¿Quién solicitará al juez la orden de registro de la propiedad? –interroga Carla Martínez, en un evidente intento de actuar con solidaridad para salvar la dignidad de Carrillo.

–Manuel puede hacer eso –asegura Tania Calderón, otorgando una mirada de autoridad a su segundo al mando.

–Entendido, jefa. Y… ¿luego? –pronuncia Carrillo–. Esa orden la obtengo con una simple llamada telefónica.

–Puedo sugerir… –interviene Carla con timidez y dirigiendo la vista hacia Godínez– que el subprefecto Carrillo podría volver a interrogar a la camarera del café de El Paso. Ella nos mencionó que conocía a Rosa Ferrada de la iglesia. Tal vez ahí pueda haber una algún punto a conectar.

–Es una buena idea –puntualiza Gómez–. Si Tania está de acuerdo, Manuel podría visitar a la mujer.

–Estoy de acuerdo –asegura ella, estirando su chaqueta azul institucional.

El rostro de la mujer ya está un tanto más relajado. En el fondo, sabe que Godínez tiene razón. La cosa no huele bien, y ella y los suyos han pecado de inocencia al no asociar las muertes con un patrón común.

Es su culpa y, más tarde que temprano, tendrá que asumirla.

Van abandonando la sala de reuniones de uno en uno y, ya afuera, Manuel Carrillo se acerca con disimulo a la detective Martínez, quien

se encuentra a la espera del automóvil que la llevará al pabellón 57. La mujer tiene la vista fija en el horizonte. No pronuncia palabra alguna al tenerlo a su lado. Es por ello que él rompe el silencio:

–¿Por qué no aceptaste mi invitación a cenar el otro día cuando te llamé por teléfono? En algún momento hay que comer –enfatiza con un tinte de nerviosismo en la voz, algo poco característico en él.

–Porque no me gusta que me inviten.

–¿Cómo es eso? –ríe.

–Yo pago lo mío.

–Pero, Carla, es de caballeros invitar a cenar a una mujer. No puedes juzgarme por ello.

–No te juzgo, está en la naturaleza del hombre. A mí no me gusta estar en deuda con nadie. –Se arregla el cabello con la mano y se hace un moño–. Es solo eso.

–*Okay, okay.* Entonces, ¿podemos cenar juntos? No es una invitación –aclara–. Es solo una cita para quedar a comer. Cada uno paga lo que consume.

–Perfecto, hoy entonces –dice ella mientras camina hacia su transporte que en ese instante se ha estacionado frente a sus narices.

Abre la puerta, sube y toma asiento. No vuelve a mirar hacia atrás. Manuel Carrillo queda de pie, junto a la acera. Lo recién ocurrido dista mucho de sus habituales conquistas. Carla Martínez no será una mujer fácil de convencer.

33
Un pálpito

Cafetería El Paso

–¿Pilar Sepúlveda? –interroga el subprefecto Manuel Carrillo tras ingresar al lugar.

Se posa frente a un individuo que porta delantal y que, por ende, le hace asumir que trabaja en el local. Luego, eleva la placa con la mano derecha mientras aún se oye el replicar agónico de la campanilla que cuelga sobre la puerta de acceso. Los escasos comensales, que toman una merienda de media mañana, se giran a observar al recién llegado.

El joven interrogado titubea.

Este es un muchacho pálido, alto y delgado que, con suerte, atraviesa la mayoría de edad.

–No sé –comenta nervioso–. Creo que está atrás. Su turno acaba a mediodía. Puede que esté sacando las botellas.

–Gracias –es toda respuesta que emite el policía mientras se da la vuelta para salir y bordear el lugar.

–Disculpe, señor –lo interrumpe el joven y, casi murmurando, agrega–: ¿se puede saber en qué anda metida?

Y es en ese instante cuando la cordura forjada tras la experiencia le hace a Manuel Carrillo pausar un segundo para poder fraguar la mejor de las respuestas. Ese joven le acaba de anunciar que la desconocida, Pilar
Sepúlveda, tal vez tiene antecedentes por haber estado metida en

problemas.

–Estamos en conocimiento de la relación de amistad que mantiene Pilar Sepúlveda con Rosa Ferrada, la madre del chico desaparecido. –Y al percibir la sutil rigidez en el rostro del muchacho, continúa–: ¿La conoces?

–Mmm, la ubico, como todos por acá. No somos muchos –puntualiza elevando los huesudos hombros.

–¿Y conoces a Mauricio, el hijo? Deben ser casi de la misma edad. ¿Qué edad tienes tú?

–Dieciséis, y sí, lo ubicaba de la escuela. Pero no nos frecuentábamos. Nuestros grupos eran diferentes.

–¿Compartían curso? –continúa Manuel Carrillo, dirigiendo todo su interés hacia aquel joven. Lo observa con detenimiento.

El chiquillo comienza a ponerse nervioso. Le tiembla la barbilla y sus ojos negros se humedecen, ante lo cual se intenta tapar el rostro con los mechones sueltos de su cabello.

–Vale, vale, chico. No te emociones… Solo contesta las preguntas.

–Eso hago… –responde con la voz ya entrecortada.

El policía extiende su brazo sobre el hombro del joven y le palmotea la espalda mientras le indica con la extremidad desocupada que tome asiento en una de las mesas ubicadas frente a ellos. El muchacho avanza con la cabeza gacha. Luego se sienta y despeja el mechón de pelo liso de la cara con la mano. Acto seguido fija la vista en la carretera tras el ventanal. Manuel Carrillo hace lo suyo y se posiciona frente a él. Después de acomodarse, se saca los anteojos oscuros, apoya los brazos en la mesa y también dirige la vista hacia la carretera.

–Acá deben tener bastante tiempo libre –inicia Manuel Carrillo, acercando su rostro al chico, con tono de complicidad–. ¿Qué hacen para pasar el rato?

–Yo trabajo –es toda respuesta otorgada. Con una voz seca y el rostro inexpresivo, sin desviar la vista tras los ventanales.

–¿Cuál es tu nombre, muchacho?

–Felipe.

–¿Apellido?

–Brown Sepúlveda.

–¿Algún parentesco con Pilar Sepúlveda?

–Es mi madre… –responde para el asombro del policía.

–Mmm, bien. ¿Y tu madre es amiga de Rosa Ferrada?

Y el chico, de nuevo, titubea. Su rostro pálido y acongojado refleja una avalancha de pensamientos que atraviesan en aquel instante por su mente. Y los ojos, aquella mirada perdida que lo acompaña, no puede ocultar el temor.

–¡Vamos, hijo! Tú, tranquilo –refiere Manuel Carrillo cogiendo la mano temblorosa del muchacho entre las suyas–. Yo soy un hombre que puede ayudar… Sé que tienes información. Me la puedes decir.

–¿Necesita algo, señor? –se escucha una voz a la espalda del policía. Proviene de una mujer con cara de no haber dormido bien en los últimos días. El chico, por su parte, retira sus manos con cautela y vuelve a dirigir la vista tras los ventanales.

–Manuel Carrillo –se presenta, al tiempo que se pone de pie y estira la mano, a la espera de ser correspondido en el saludo.

–Pilar Sepúlveda –es la respuesta seca. La mujer no se digna a apretar la mano del policía. Cruza los brazos y eleva el mentón–. Me parece que ya nos interrogaron por el asunto de Rosa Ferrada… No hay mucho más que decir. Este muchacho que usted ve aquí es mi hijo. No sabe más de lo que ya le he contado a sus compañeros.

–Me gustaría hacerle un par de preguntas…

–¡Ya le dije que no, inspector! Si desea volver a preguntar lo mismo, acá lo espero con una orden. –Luego, estira el brazo indicando al muchacho que se dirija hacia la salida. Este se pone en pie y, con la cabeza gacha, se encauza hacia la puerta trasera. Ella otorga una última mirada al inspector y se aleja tras su hijo.

Manuel Carrillo se mantiene sentado por unos segundos antes de abandonar el lugar. Su pálpito le ha prendido todas las luces.

34
Un plan

Diario de Gabriel

No puedo evitar morderme las uñas. Es más, jamás he visto mis cutículas sin ese tinte al rojo herido que suelen tener. Pese a que es un acto inconsciente, me relaja. Disfruto el desprendimiento lento bajo el arrastre de los dientes de esta primera, delgada e inútil capa de piel, tal y como si pudiese arrancar con ello los problemas que me aprisionan.
En eso estoy, absorto, cuando la teniente Martínez ingresa a mi habitación con aire de autoridad. Me mantengo sentado en la silla y la espero tras el escritorio mientras escondo mis triturados dedos. Ella, con el cuello erguido cual gacela, me busca con la mirada. ¡Es hermosa!, Y cuán distinta es a las otras mujeres que conozco. En este instante, me doy permiso para pensar en el engendro de mi padre.«Búscate una mina con un culo bueno», me decía, haciendo énfasis con la mirada en los defectos físicos de mi madre. «Esta no tiene carne ni para hacer un caldo», replicaba mientras le cogía una nalga con la mano como garra sobre el floreado vestido. La aprisionaba con fuerza mientras ella se mantenía impávida, con las toallas almidonadas entre sus brazos. Luego, mi madre elevaba la vista para implorar paciencia, perdón o clemencia. O tal vez solo para rezar para que la humillación acabase pronto. Él, con la palma, otorgaba una sonora nalgada final,

sacaba un pañuelo de género escondido en el único bolsillo de su camisa, se secaba la frente y, después, frotaba la sudorosa mano por el evidente bulto que emergía de la delgada y casi transparente tela del pantalón. Mi madre se mantenía inmóvil, esperando instrucciones y, en efecto, mi padre se ponía en pie con la mano posicionada en su entrepierna. Realizaba movimientos circulares y enérgicos sobre esta mientras le indicaba a mi madre con un gesto de cabeza, señalando en dirección a la puerta del cuarto, para que lo siguiera. Ella me otorgaba una mirada piadosa mientras depositaba las toallas sobre alguna silla. Después, bamboleaba su mano en el aire con dirección al patio: «Vaya, hijito, afuera, a jugar con las canicas». Luego, se desamarraba el delantal que aprisionaba su raquítica cintura y caminaba tras mi padre con la cabeza erguida. Recuerdo a mi madre digna, tal y como ingresa a mi habitación la teniente Martínez, menos glamurosa y distinguida tal vez, pero siempre con la mirada altiva. Yo, en efecto, me iba al patio. Estaba en aquella edad incapaz de cuestionar. Me limitaba a obedecer y jugar con las canicas en la tierra, porque sabía que mi desobediencia sería pagada con marcas en los muslos de mi madre.

–¿En qué piensa, Gabriel? –lo interrumpe la teniente Martínez, aquella mañana. Lo nota concentrado en su escritorio. Se posiciona frente a él.

Gabriel se pone de pie y puede notar que su nariz queda a la altura del origen del verde de sus ojos.

–Extraño a la familia –asegura, sin afán de contar las penurias frente a ella. No es el momento.

–Me imagino –agrega, para su desconcierto, con una sonrisa parca.

«Me ha mirado como si no me creyese. ¡¿Qué se habrá pensado?! Con esos aires de diva, venir a juzgar mi dedicación profesional por sobre el tiempo que otorgo a los míos y que, en mi caso, es a mi madre», piensa Gabriel. Sin embargo, decide ignorar el comentario y no estallar ante sus pensamientos.

Ella le atrae.

Hace mucho que no le entusiasma una mujer. Ha estado tan

sumido en el estudio que hace bastante tiempo que no recorre los bares en busca de alguna adolescente que se deslumbre con un futuro médico, pero ella, aunque no es una mujer fácil, podría interesarse en Gabriel.

–Usted dirá, teniente. ¿Para qué soy bueno?

–Como bien sabes, Gabriel –comienza mientras arrastra una silla para posicionarse junto al escritorio, dando tiempo a que Gabriel también vuelva a tomar asiento–, Rosa Ferrada ha generado contacto contigo. Eres la única esperanza que tiene Mauricio para ser rescatado con vida. Ya van catorce días de su desaparición y, si se repite el *modus operandi* del secuestro del hermano, tiene las horas contadas.

–¿Qué quieren de mí?

–¿Estás dispuesto a colaborar?

«Me lo pregunta como si yo fuese un idiota insensible. La rabia se me viene al rostro, pero debo contenerla. Me pierdo en el verde de sus ojos por un instante y mi cuerpo recupera la calma. El sudor remite y el latido cardíaco desacelera. Esta mujer me hace bien», vuelve a la carga la mente de Gabriel.

–Claro que sí, teniente –afirma con la cabeza y, con ello, ha confirmado lo que ella necesitaba escuchar.

–El plan es que le hables de tu padre…

Gabriel traga saliva y ella lo nota.

–Estaré contigo –refiere mientras su delgada y tersa mano se posa sobre el hombro del chico–. Tendrás un micrófono y los guardias estarán tras el vidrio espejo, donde ella no los pueda ver. Tenemos que lograr que te encuentre digno de morir, como a su hijo, Mauricio. Y, cuando eso ocurra, tienes que averiguar dónde, o en qué lugar, se puede ir a morir. ¿Me entiendes?

–Entiendo –contesta algo dubitativo. Pasa la mano por la barba y los vellos de esta se enredan en los pulpejos. Sonríe avergonzado, no se afeita hace días.

–¿Todo bien?

–Necesito afeitarme –se excusa. Luego, aprieta el abdomen. Porque el solo hecho de tener que hablar de su padre, le hace retorcer el estómago de una manera dolorosa, como si estuviesen

exprimiendo un limón dentro de él, justo al lado de una herida abierta.

–No es necesario que te afeites… Ella debe verte con el mismo rostro con que lo hizo la última vez.

«Su mano aún aprisiona mi hombro con firmeza. Está a pocos centímetros de distancia y casi puedo oler su delicado aliento. Hace una mueca y me sonríe. Ahora sí… estoy seguro de que ella siente algo por mí», son las conclusiones en la mente de Gabriel.

35
Un recuerdo

Callie se mantiene en un incómodo silencio por varias horas mientras el automóvil recorre la ruta hacia la casa de Smith.

Le pesa la falta de prolijidad de su equipo.

Porque la verdad, aunque dolorosa de asumir, se resume en que fueron numerosos suicidios y muertes accidentales sin investigar. Es su culpa, eso seguro, porque ella no fue capaz de transmitir la chispa que todo miembro del cuerpo de policía debe tener, esa capacidad de dudar ante toda evidencia, de ver bajo el agua, de dilucidar… Ese resplandor que ella alguna vez tuvo, pero que ahora está tan extinguida como su propia vida. Gira la manilla para descender el vidrio de la ventana. Luego, pone un cigarrillo en su boca. Arquea las cejas al notar como el tabaco molido se adhiere a sus labios secos. Acto seguido, desliza sus ágiles dedos por el interior de su bolso hasta topar con el encendedor. Lo retira y activa la llama para después aspirar con ansias el humo del tabaco que comienza a consumirse. En ese instante, el silencio es interrumpido.

–¡Suficiente, Callie…! ¡Debemos hablar! –masculla Godínez con las manos rígidas sobre el volante.

–No hay nada de qué hablar, capitán –manifiesta ella, reteniendo la respiración, para después, exhalar una bocanada de humo.

–Hemos sido amigos por años, no me vengas con estupideces. Te conozco, Callie. Estás haciendo el mismo berrinche que en la universidad, cuando dije aquella vez, y frente a toda la clase, que buscabas al asesino incorrecto. ¡Ya es hora de que madures, mujer,

por el amor de Dios! Hay que aprender a trabajar en equipo.

Callie se toma un momento para otorgar respuesta. Expulsa el cigarrillo hacia el exterior y, con los ojos emanando fuego, dirige la mirada hacia el capitán.

–¡Tú no tienes amigos, Godínez! Solo piensas en ti mismo –gruñe–. ¿Jamás pensaste que tus comentarios me pondrían en ridículo? No, claro que no. No, señor. ¡Porque eres incapaz de ponerte en el lugar del otro!

–¿Qué querías? ¿Que te informara antes de la reunión que tienes una tropa de ineptos? Déjame reír, por favor, Callie. Esto no es una fraternidad de autoayuda. ¡Es un trabajo! Y un trabajo serio.

Callie se traga las lágrimas que amenazan con desbordar sus ojos. Nunca ha llorado frente a los demás, y no lo hará en esta oportunidad. Coge aire para lanzar un último dardo.

–Te quedarás solo, Godínez. A estas alturas, nadie te soporta. Yo he sido tu amiga todos estos años, pero mi paciencia se agota. A nadie le importas, porque estás haciendo las cosas mal. Ni a tu hija. Samantha estaría tan avergonzada de ti…

–¡No te metas con ellas! Eso no lo voy a permitir –responde con tal ímpetu que la estabilidad del automóvil se pierde por unos instantes.

Callie se aferra con las manos al asiento y cierra los ojos. El capitán Godínez orilla el auto en la carretera y se detiene. Posa los dedos en el volante y baja la cabeza. Para asombro de la Sheriff, de los ojos de su compañero ruedan lágrimas silenciosas. Ella se mantiene callada unos segundos.

–Lo siento… –dice mirando hacia el infinito de la carretera–. Me he sobrepasado.

–Lo merezco…

–Ya, vamos, sin hacerse la víctima tampoco, que ese papel sí que no te queda –lanza ella para quitar hierro.

–No soy una víctima, pero sí, tienes razón. Me estoy quedando solo. Y, además, ¿a quién engaño? Me he convertido en un viejo patético, fingiendo, como si nada hubiese ocurrido.

–No seas tan duro contigo… Las cosas no se dieron fáciles.

–¿Qué dices, Callie? Lo sabes, eres la única que lo sabe. Sabes cuán pendejo y arrastrado me he vuelto. Viviendo una vida que no

tengo, y ¿para qué? Para no dañar la hombría que he llegado a poner en duda si tengo o no.

–Todo lo has hecho por tu hija… Por Melisa.

–Te equivocas… Por Melisa, por Melisa no he hecho nada –agrega con la voz cortada.

36
Una fractura

Es difícil saber qué pasó exactamente por la mente de Mauricio ante la absurda idea de intentar escapar.

Fue estúpido, lo sabe.

Porque nadie en su sano juicio puede pretender trepar una muralla lisa y lograr su objetivo. Lo ocurrido fue que, tras empinarse con la punta de los dedos, casi como un bailarín de *ballet*, pudo palpar unas pequeñas hendiduras en el cemento. Eran casi imperceptibles, pero estaban. Lo notó. Y luego, la audacia del chico fue mayor, o tal vez el pensar que no había nada que perder. Ya estaba ahí, encerrado, recordando los dichos de su madre: «Destinado a morir». Entonces la muerte llegaría, sí o sí lo haría, independientemente de sus actos. Fue por ello que saltó y su cuerpo desnudo se adhirió al frío cemento. Los delgados dedos se aferraron como garras a la muralla hasta que casi dejó de sentirlos. Los pies, movidos por la inercia de la desesperación, impulsaron el saco de huesos hacia arriba y avanzó; ¡sí, lo hizo! Pero luego, casi sin previo aviso, el cuerpo se despegó por completo, como si fuese un maldito *sticker*, y con ello, lo arrastró de vuelta a la realidad de su celda.

Pero lo hizo de una manera dolorosa.

Primero, sintió una descarga eléctrica recorriéndole las piernas y, a continuación, un puñal clavado en la mitad de la espalda.

El grito ensordecedor se oyó por toda la celda, porque lo lanzó con todo el aire que podían botar sus juveniles pulmones, como si aquello pudiese mitigar la presión y el hormigueo que sentía en

aquel instante en la mitad del cuerpo. Respiró rápida y superficialmente, así dolía un poco menos.

Se mantuvo inmóvil, tendido en medio del encierro y, despacio, el silencio fue retornando.

Después, lloró.

«Cuando encuentren mi cadáver, ya no seré el chico muerto; seré el chico con la columna rota, al que encontraron muerto». Es el único pensamiento que logra tener Mauricio, antes que llegue el sueño, antes que el frío invada por completo su cuerpo inmóvil… antes que los músculos se vuelvan livianos y ya todo, solo sea oscuridad.

37
Una decisión

Diario de Gabriel

La loca está cada día más loca.
Hoy los han sacado al patio, porque el día está luminoso. Y ella solo se limita a balancearse sobre sí misma en una banca solitaria, bajo un roble. Tiene la mirada perdida, blanca, rellena de nada… Es como si sus ojos estos últimos días hubiesen desarrollado cataratas a una velocidad acelerada.
Me pregunto cómo habría sido en otros tiempos. Si hubiese aparentado ser una madre normal.
No sé por qué me he metido en esto, aunque, pensándolo bien, tal vez sea porque, en lo más profundo de mi conciencia, deseo reivindicarme con el directorio de la universidad.
Quiero que paren de hablar de aquel alumno que un tiempo atrás dejó inconsciente a otro de su clase y a la historia le den la vuelta al fin. Deseo que hablen de ese mismo alumno, pero que ahora se luce ayudando en la investigación del paradero de un chico desaparecido.
Creo que una noticia así estaría al menos en el diario mural de la entrada de la facultad, al lado de donde publican las notas. ¡Incluso con letras más grandes que el anuncio de las notas! Porque este alumno ha puesto en riesgo su vida a manos de una mujer loca, que ya había intentado estrangularlo.
O tal vez todo sea para impresionar a Carla Martínez. Sí,

puede ser por eso también, no estoy seguro. Pero de lo que sí estoy seguro es que no lo hago por el simple hecho de hacer un acto de bien.

–¿Estás listo, Gabriel? –le sobresalta la voz sublime de la inspectora Martínez.

A su lado, con el rostro pensativo, como quien está a punto de cometer una atrocidad, se encuentra, cual estatua, el doctor Jones. Menea la cabeza y eleva los hombros, otorgando una autorización que retumba en la poca convicción del jefe del pabellón 57.

–¿Estás seguro de esto, Gabriel? –lanza como último salvavidas para revocar la decisión de su custodio.

–Seguro –afirma este con un tono enérgico en la voz. Un tono que casi no reconoce en él mismo.

No hay vuelta atrás, Gabriel ya se ha metido en esto.

38
Un refugio

El lugar donde vive Juan Smith podría describirse como un laberinto de colores azotada por el sol, donde luego de superar las primeras calles rodeadas de comerciantes ilegales con olor a condimento y droga quemada, se abre paso lo que a simple vista parece una cuesta como cualquier otra, pero las curvas pronunciadas son dignas del más riesgoso de los rally.

La modesta bodega donde reside posee un cerco de madera tan bajo que puede saltarlo hasta un perro. De hecho, al llegar al sitio, este se mantiene cerrado y ambos inspectores dan muestra de la agilidad de sus piernas. En menos de un suspiro, se encuentran dentro de la propiedad.

El capitán Gómez golpea la puerta con ímpetu. Tiene una orden de registro. Tras varios minutos de espera, deciden rodear el lugar, pero ventanas y puertas cerradas les impiden observar.

Se escuchan voces en el interior.

Sin embargo, no hay respuesta.

Godínez toma impulso y flecta la cadera. Después eleva la rodilla con agilidad para dar el puntapié que derriba la frágil puerta de madera. El interior, pese a la claridad del día, está oscuro. Las cortinas cerradas impiden la entrada de la luz. Un hedor a humedad y encierro les abofetea las glándulas olfativas y el zumbido molesto de las moscas casi ocupa espacio en aquel ínfimo lugar.

–Detrás de mí –ordena Godínez mientras se adentra con el arma desenfundada. La nimia cocina, atestada con una pila de platos sin

lavar, es el nido de los ruidosos insectos. Sobre una mesa, la televisión encendida aporta las voces de la sala y, a su lado, se encuentra un plato de loza con algunos restos de frijoles y moscas. En eso, un ruido de la habitación contigua los alerta. Es Juan Smith, que huye por la ventana lateral del dormitorio.

–¡A él! –grita Godínez.

Y en efecto, Callie, ya con el arma en la mano, se ha devuelto por la puerta de entrada para bordear la casa.

Godínez, por su parte, lo sigue tras la ventana. Conoce los riesgos que implica perseguir a un hombre en un lugar como este. Podrían dispararles desde cualquier ángulo y nadie habría visto nada. Podrían hacer desaparecer sus cuerpos, y solo serían dos policías menos, muertos a manos de delincuentes desconocidos. Y fin de la investigación.

Pero el pensamiento que sí hace estallar su conciencia es que dejaría una hija con una madre postrada, y que ese simple hecho bien podría catalogarla como una niña huérfana. Una hija que tal vez ni extrañaría a su padre, madura mientras asciende en silencio por la cuesta tras Juan Smith.

Callie, por su parte, le sigue los talones. La persecución es silenciosa, cual si fuesen gatos escalando los tejados. No quieren llamar a su propia muerte. Hasta que el camino toca fin en el patio de una modesta casa con la vista más inmensurable de todo el asentamiento.

Juan Smith está acorralado.

Godínez y Callie apuntan al hombre sin titubear y él, con el mar de fondo y con los casi trescientos metros que separan sus pies del roquerío donde revienta el oleaje, con los brazos en alto, ríe a carcajadas.

–¿De qué te ríes, maldito imbécil? –Godínez es incapaz de contener la ira contra el esperpento que tiene enfrente.

–Tienen a la persona equivocada…

–¿Equivocada? Mataste a tus hijos. ¡¿Dónde está Mauricio?!

–Si colaboras, si nos dices el paradero del chico, te prometo que tendrás un juicio justo. Rebajaremos la pena… –interviene Callie.

–Mauricio está destinado a morir, lo dicen todos los titulares.

¿Quién soy yo para ir contra esa profecía? Soy un simple peón. Todos estamos destinados a morir.

Y, tras finalizar, da un paso atrás. Godínez se abalanza hacia él, y el ágil movimiento de Juan Smith le hace despegar ambos pies del suelo y con un impulso deja caer el cuerpo abrazado tan solo por la gravedad hacia el vacío del océano. El capitán alcanza a rozar el ropaje del hombre, pero es únicamente un pellizco, una caricia con la punta de los dedos, y desde la orilla de ese patio puede ver cómo desciende con los brazos abiertos y la sonrisa tatuada hasta impactar en las rocas cubiertas por la espuma del mar.

–¡Maldición! –grita mientras se cubre el rostro con ambas manos–. ¡Casi lo tuvimos! Era el maldito líder y casi lo tuvimos.

–No era el líder… –le palmea Callie, la espalda–. El líder no se suicida. Solo un peón se sacrifica. Él mismo lo dice.

Godínez aprieta los dientes. Callie tiene razón.

39
Una pantalla

Tras retirar lo que queda del cuerpo en los roqueríos, todo el equipo, liderado por Godínez, se reúne a indagar en la vivienda acordonada de Juan Smith.

Los hallazgos incluyen tres o cuatro prendas de ropa sucia en un cajón de madera que hace las veces de closet, una cama deshecha sin veladores, una mesilla en la cocina, un televisor y una cocinilla. En cuanto a papeles, documentos o fotografías, no hay nada.

–El lugar está limpio –asegura Manuel Carrillo mientras se retira los guantes de látex.

–Limpio no es la palabra –ironiza Callie–. Este lugar es un basural. No sé cómo se puede vivir así. He estado en ciudades bombardeadas que lucen mejor que esto.

–Creo… –interviene Carla– que dio en el clavo, Sheriff. No se puede vivir así.

–Dale, teniente… –ordena Godínez.

Y todos los ojos se posan en la chica.

–No hay ropa de recambio. No hay zapatos, ni chaquetas para el invierno, ni abarrotes… Y en el baño no hay cepillo ni pasta dental. Por más cerdo que parezca, ¡todos necesitamos lavarnos los dientes!

–¿Qué insinúas?

–Que Juan Smith no vivía en esta pocilga. Era una pantalla, para despistarnos.

–¿Despistarnos de qué? –irrumpe Callie esta vez.

–No lo sé. Tal vez quiere impedir que estemos tras la pista de algo

mayor, algo que carcome nuestras narices, que olfateamos, pero no somos capaces de ver.

–Mmm, puede ser, pero él estaba aquí cuando lo vinimos a buscar la primera vez. –Godínez frunce el ceño.

–Nos estaba esperando… Sabía que vendríamos tras la desaparición de Mauricio. Él sabía que el chico se había evaporado y que él sería nuestro principal sospechoso. Cuando preguntamos por él en aquel lugar, nadie dijo conocerlo. Apareció solo por entre la gente.

–Si esa teoría fuese cierta… Si Juan Smith, en efecto, no vivía acá ¿Por qué estaba ahora en este lugar? –interroga Carrillo.

–Porque también sabía que vendríamos, que lo perseguirían y que, al final, se tiraría de ese techo. «Destinado a morir», ¿no? ¿Eso fue lo que dijo?

–Así es, eso dijo –confirma Callie mientras asiente con la cabeza–. Ya lo ven: van diez pasos antes que nosotros, inspectores. Diez pasos.

40
Un marido

Abatido por la teoría de haber errado en sus predicciones, el capitán Gómez, que nunca suele hacerlo, se retira temprano a su residencia.

Evade esas cuatro paredes por las grietas de dolor que ve en ellas.

Han transcurrido más de dos años desde el accidente y cada vez que dobla la esquina para ingresar al acomodado condominio donde habita, el grito de la tragedia vivida le perfora los tímpanos como si todo hubiese ocurrido ayer.

Jamás imaginó que Samantha le sería infiel, ni en la peor de sus pesadillas. Ni mucho menos que la encontraría en su propia cama revolcándose con el maestro de yoga. Porque mientras él estaba pisándole la pista a un ladrón nocturno de bencineras, una situación que le consumía las horas del día y de las noches, en una de esas andadas, se le ocurrió retornar a la casa a darse la ducha que no recibía hacía más de tres días. Eran las seis de la mañana y la ciudad comenzaba a despertar con movimientos calmos, pero cuando el capitán Gómez abrió la puerta de su propia recámara, nadie hubiese podido vaticinar que sería una mañana difícil de olvidar. Porque cuando el sujeto bajo las sábanas se vio acorralado, saltó desnudo por el tejado rumbo al jardín y el capitán, con la destreza que le otorgaba el cuerpo de criminalística para perseguir malhechores, tardó míseros segundos en darle alcance. Y pese a que el sujeto gozaba de un cuerpo fornido y juvenil, el capitán de un palmetazo lo arrojó al suelo en el jardín de la casa y le golpeó el rostro con la puntera del zapato hasta que lo hizo jadear de dolor y, junto con

ello, pedir clemencia. El capitán Gómez desenfundó el arma y le apuntó.

–¡¿Qué haces, Julio?!

Julio, el único nombre que podía hacerlo volver en sí. Porque Julio era el esposo, el padre de familia, el que recogía el diario los domingos e iba al supermercado con la lista de las compras.

Julio no era capaz de matar a un hombre, ¡claro que no! Y, en la voz de su mujer, era como un puñal clavado en lo más hondo del pecho.

–Déjalo, por favor. Te lo suplico.

Y el capitán Gómez subió al mismo auto en el que había llegado y dio marcha atrás con brusquedad, y ella, Samantha, en un acto inexplicable, subió al asiento del copiloto.

Solo portaba una bata. Una bata blanca que el mismo Godínez le había regalado para su quinto aniversario.

Y él aceleró para perderse en la cuadra mientras ella le imploraba que hablasen, que le dijera algo, y él solo golpeaba al volante, y quería gritar, pero no lo hizo, porque no alcanzó a hacerlo, porque el camión que tomó la curva no le dio tiempo a esquivarlo. Y él solo giró, y ella se cubrió el rostro y él la miró, eso lo recuerda, porque ella estaba iluminada por dos gigantescos focos.

Luego el ruido, la oscuridad, un pitido agudo… y después la sangre, que empapó por completo la bata del quinto aniversario sobre el cuerpo de Samantha.

41
Una cita

Manuel Carrillo tiene una intuición.

Siente un cosquilleo en el abdomen. Una sensación que golpea como una gotera escandalosa de que algo se le estaba escapando.

Sentado al volante de la Dodge Charger, propiedad del Departamento de Policía, espera a la salida de la secundaria estatal donde estudia Mauricio, y también Felipe Brown, el hijo de Pilar Sepúlveda.

Aún quedan diez minutos para que suene el timbre del fin de jornada.

Manuel Carrillo saca de una bolsa de papel kraft una dona con glaseado blanco y chispas multicolor. Con los dientes comienza a descascarar el decorado. Es una maldita manía que tiene desde que era un niño. Siempre come primero el glaseado.

Sintoniza la radio y es así como se entera de que Carla Martínez está en el pabellón 57 intentando hacer hablar a Rosa Ferrada. Recuerda que esa noche saldrán a cenar y, pese a que no es una cita propiamente dicha, o al menos como él acostumbra a tenerlas, decide hacer una reserva. Envía un WhatsApp a un restaurante de comida fusión ubicado en las afueras. Ha escuchado buenos comentarios y tiene una puntuación aceptable. No desea parecer ansioso, pero decide escribir a Carla para asegurar el encuentro y confirmar el lugar.

Hoy a las 20:00 horas, ¿te parece?

Tengo una reserva.

Suena el timbre del establecimiento, seguido por un ruido estruendoso acompañado del griterío de los chiquillos abandonando el lugar. Cada uno, a paso rápido e inmerso en sus problemas y preocupaciones. Manuel Carrillo se baja del auto y, en ese instante, el celular vibra con la respuesta.

Ok.

Carrillo sonríe.

A lo lejos, ve acercarse a la salida a un joven cabizbajo con una gorra azul. Este mira el suelo al caminar, como quien busca un objeto perdido.

–Hola, Felipe –lo sobresalta Carrillo, abordándolo por la espalda–. ¿Cómo estás? ¿Me recuerdas?

–Hey, hola… –otorga por respuesta, con una sonrisa fruncida mientras se retira los auriculares.

–No es mi intención incomodarte…

–Pues ya lo está haciendo. –Y el chico eleva la vista a su alrededor, donde la turba de jóvenes ya comienza a dirigir las miradas hacia ellos y a murmurar a sus espaldas. Porque Manuel Carrillo, olvidando por completo lo que es ser un adolescente, no se ha retirado la chaqueta del cuerpo de policía, exponiendo al muchacho a ser el comidillo.

–Quiero saber si has recordado algo. Lo que sea –insiste Carrillo haciendo caso omiso al reciente comentario.

–No sé. ¿De qué? Ya le expliqué que no hay mucho que decir.

–Pero este chico, Mauricio Smith, estudiaba aquí, ¿verdad? En tu misma escuela. –Y recorre con la vista la amplitud del lugar.

–Sí, pero era en extremo callado, sin muchos amigos. Ya le dije eso.

–¿Y tú? ¿Tienes amigos en la escuela?

–¿Yo? ¿Yo qué tengo que ver con esto?

–Felipe, sabes que tengo razón. Tú y Mauricio son muy parecidos… Ambos tímidos, reservados y de pocos amigos.

–Inadaptados, querrá decir.

–No he dicho eso –refuta aclarándose la garganta.

–Pues eso. Somos… las escorias de la escuela. Los invisibles. Somos los que todos ignoran. Somos los que caminamos en silencio

para no molestar, porque así no nos molestan a nosotros. Somos los que, cuando faltamos tres días a clases, no generamos preocupación en nadie hasta que un informe policial y los canales de noticias hacen visible en un titular nuestra penosa existencia desaparecida.

El chico traga saliva y Manuel Carrillo posa la mano en el hombro de este. El muchacho retira el cuerpo con brusquedad.

–No quiero su compasión, señor.

–No es compasión, Felipe. Quiero ayudarte.

–¡No necesito nada! –grita–. Mauricio y yo no teníamos nada que ver.

–*Okay, okay*, no te exaltes. Solo quiero ayudar…

–Sí, ya lo dice. Ahora debo continuar. Tengo un maldito trabajo que hacer, y estoy en lista de espera. Me llamarán en cualquier momento y no estaré disponible para el grupo porque usted está acá, reteniéndome.

–Bien, Felipe. Lo siento, sigue con tus cosas. Para lo que sea, esta es mi tarjeta. Llámame si recuerdas algo.

–Vale, lo haré –dice sin mirarlo y recibiendo el papel.

Luego le da la espalda e inserta la tarjeta dentro de uno de los bolsillos de la chaqueta antes de perderse en el mar de estudiantes que se alejan rumbo a sus casas.

42
Un acercamiento

Diario de Gabriel

Ha comenzado la obra, porque esto sin duda es una pantomima.
Hoy me ha tocado acercarme a la loca.
Si no fuese porque la bella teniente Martínez está a la voz en mi auricular, esto no hubiese ocurrido jamás.
Me vigilan por todos lados. Me siento como el héroe de una película barata.
Rosa Ferrada no quiere hablar. Le he contado algunas cosas sobre lo difícil que ha sido ingresar a la universidad y mantenerme dentro, aún peor. Le cuento que ninguno de mis compañeros estudia conmigo, que deambulo solo. Que nadie almuerza conmigo en el casino, que tampoco comparto con nadie en la pensión. Y ya no quiero hablar más. Me avergüenza que la teniente escuche mi triste vida.
No hablaré de mi padre, no hoy.
–Bueno, ¿qué me puede contar? También quiero morir, ¿sabe? –le digo finalmente.
–No es tan simple –murmura al fin–. No eres el único. Son tantos, que hay incluso una lista de espera.

43
Un padre

Aunque Melisa ya tiene trece años, se niega a ingresar en la adolescencia. La habitación rosa, envuelta en tul de hadas y unicornios, se ha quedado secuestrada cual rehén en la decoración de sus ocho años. Tras el accidente de sus padres, decidió abandonar la escuela; no pudo soportar las caras de lamento de sus compañeros de aula. Y, por ello, por la casa solían desfilar un sinfín de institutrices para educar a la chiquilla.

–Es inteligente, la niña –dijo al capitán Gómez en una ocasión la señora Piedad, una mujer alta y larguirucha que parecía más seria de lo que en realidad era–. Lo que me preocupa es que le falta socializar. Juntarse con los pares, ¿me entiende?

–Sí, sí. Claro que entiendo –respondió frotándose la barbilla, como quien está resolviendo un caso.

–Y usted, con todo respeto, capitán, podría pasar más tiempo con su hija. Se va al alba y regresa cuando ella ya está dormida. ¡Prácticamente no la ve!

–Tengo un trabajo importante…

–Este trabajo también es importante –lanzó como un puñal a la herida abierta.

Godínez resopló. ¿Qué más podría decir? Aquella desconocida tenía toda y la más absoluta razón. Porque, antes del accidente, él no era tan mal padre, o al menos eso solía pensar, pero lo que no le dejaba dormir es que sin duda debió de haber sido un mal marido. No de los que golpean o los que insultan, pero sí de los que ignoran, de

esos que deambulan por sus hogares como si fuesen turistas. Porque Samantha, su bella y dulce esposa, era el tipo de mujeres que todos los hombres desean a su lado. Y aunque Godínez nunca fue un marido celoso, jamás vislumbró que, si ella lo engañaba, él también podría ser responsable. Hasta el día que encontró el diario de esta. Estaba en una caja junto con los ovillos de la lana para hacer mantas. Aquellas que su mujer solía tejer durante las tardes de invierno para depositar, finalmente, a las faldas de una cama.

Más que un diario, parecía un cuaderno escolar. Tenía recetas de cocina también, pero entre fechas y finas letras puntiagudas, pudo distinguir los pensamientos más ocultos de la mujer con quien compartía el lecho:

> Julio ya no me ama, ni mucho menos me desea… Ama el trabajo, eso es seguro, pero a mí, nada. Hay días en que me gustaría marcharme, pero luego recuerdo que solo soy la mujer del capitán Gómez, nadie más, y no podría hacer nada. Y no lo culpo. Él solo ha vivido su vida como le gustaría, mientras que yo solo me he dedicado a destruir la mía.

Y el capitán Gómez observa de nuevo a su hermosa esposa, Samantha, que a dos años del accidente se ha convertido solo en hueso y pellejo. La ve mimetizada, casi formando parte de la estructura de la fría cama de hierro que la une a los cables y monitores para aspirar la saliva que escurre por la comisura del labio. Y la ve, al fin, a ella, a la mujer que ha perdido. Entonces, en una fracción de segundo, deja de lado la indiferencia y da paso a la llegada de la culpa. Pero le permite el ingreso como si esta viniese abalanzándose atada a la velocidad de un tornado, porque debe incluso retroceder mientras se bambolea en el suelo de la habitación. La culpa se le instala en la espalda y el peso de esta le obliga a descender el cuerpo en el piso de madera. Cubre sus ojos oscuros con las manos mientras el llanto desesperado y opresivo brota de ellos como un caudal desbordado.

–¡Discúlpame, Samantha! –grita.

Y hubiese seguido, si no fuera porque se percata de que su querida hija, Melisa, lo observa silenciosa desde el marco de la puerta del dormitorio, donde yace el cuerpo inmóvil y vegetal de su madre.

44
Una fobia

Hola, ¿te paso a buscar?

Manuel Carrillo lanza el mensaje a las 19:30 horas por un simple acto de caballerosidad. Pero, al segundo de enviarlo, ya está arrepentido. Y es que Carla Martínez no es la típica mujer con la que habitúa salir en sus citas.

¡Por supuesto que no!

Ella confirma las sospechas del hombre.

Ok.

Mientras, piensa que aquello no es un buen comienzo, porque un «no, muchas gracias, Manuel» habría sido pedir demasiado.

Sin escuchar sus pensamientos, termina de ponerse la chaqueta de lino azul. Formal pero casual al mismo tiempo y a tono con la camisa blanca y el pantalón de *jeans*, le da el toque de hombre intelectual que desea proyectar. Porque, volviendo al punto de que su cita no es una mujer habitual, lo que menos desea es parecer un tipo inmaduro y dejar de manifiesto el atado de nervios en que se ha estado convirtiendo en las últimas horas, y aquel *look* le hace obtener un poco de calma. No sabría explicarlo, pero la teniente Martínez lo pone en jaque. Es inteligente, sin duda, seria y divertida al mismo tiempo. A todas luces, lo atrae como si fuera un pez tras descubrir la carnada.

El subprefecto de policía llega a la última calle de la avenida cuando el semáforo inicia el rojo. La ventanilla abierta permite que el aire frío de la noche llene el ambiente dentro del Escarabajo del 77.

Compró esa carcacha hace unos cinco años. Un poco de ahorro, sumado a otros préstamos al banco, y ya estaba con ello. Es un auto ínfimo, y justamente por esa razón lo adquirió. Desde que era un niño le temía a los espacios cerrados.

–¡Respira, maldición! –solía gritar su padrastro al verlo sudar y con el aliento entrecortado cuando ingresaba a un ascensor–. En un par de años te convertirás en un marica incapaz de subir a un Escarabajo.

Saca la cabeza por la ventanilla para respirar un poco, tan solo unos segundos antes de que la luz cambie a verde. Avanza un par de metros hasta detenerse enfrente del lugar asignado y observa las siluetas a través del cristal. Carla Martínez ya ha llegado.

–Lo lamento –se excusa él, y le da un beso en la mejilla a su compañera de cita.

–Fui yo quien llegó antes… Suelo hacerlo.

Manuel Carrillo toma asiento frente a ella. Está tenso, el cuello le duele en cada movimiento. Estira un poco las piernas, evitando tocar las de ella. En silencio maldice el largo del mantel. Este no logra cubrir con la tela hasta el suelo y los zapatos nuevos que se había calzado hace tan solo treinta minutos y que, sin duda, no son adecuados para haber sido estrenados en una cita, sino que, más bien, debían de haberse iniciado en una tarde cualquiera deambulando por su propia sala, le están escociendo los dedos.

–¿Todo bien? –interroga ella, con la intuición tan propia de las mujeres–. Te noto distraído.

–Sí, todo bien. Solo estaba intentando recordar si había cerrado el paso del gas en la cocina. –Lanza la primera idea que cruza su mente.

–Mientes –asegura ella mientras estira la mano para recibir la carta que un mozo trigueño y con el rostro poblado de pecas le está ofreciendo.

–¿Cómo dices?

–Que no es verdad –dice en tono bajo. Luego eleva la vista y ordena–: Pescado y una copa de tinto para mí, por favor.

–Lo mismo que la señorita –confirma Carrillo mientras cierra la carta y la devuelve al joven.

Este hace una mueca que tiene la intención mal lograda de ser una sonrisa y se retira rumbo a la cocina.

–Seamos amables, vale. Hagamos, mmm, no sé, una especie de tregua –pide.

–Solo si me dices la verdad. ¿Qué es lo que te inquieta?

Manuel suspira resignado. Contra una mujer de ideas fijas no es sencillo zafarse con una respuesta azarosa.

–Quería lucir bien en esta cita y por ello ayer me compré zapatos nuevos. No los probé en la tienda y resulta que el talle es pequeño. Tanto que mis tres dedos laterales han perdido sensibilidad. Si el mantel fuera largo ya me los hubiese quitado, pero eso no es lo peor. Lo que menos hubiese deseado es que te enterases de esto y, sin embargo, aquí estás, interrogándome del único tema que no deseo hablar.

Carla alarga el cuello y sonríe. Sutil, pero lo hace. Le agrada la honestidad.

Manuel Carrillo entrecruza los dedos de las manos sobre la mesa, baja la vista y también sonríe. Tiene la sensación de haber anotado a su favor, justo en el minuto más importante de un partido.

45
Una aventura

Carla es perceptiva. Muy perceptiva.

Ella sabe, sin reparo ni duda, que Manuel Carrillo es un hombre lleno de complejos. Sabe que es maniático hasta decir basta.

Pero eso no le importa.

A una mujer como Carla eso le da igual. Es más, le atrae la ambivalencia. No las trancas, claro, le atrae él. Es por ello que, mientras se estrujan los labios en la entrada del motel, Carla no ve afectada su libido en lo más mínimo cuando él, entre respiro y respiro, la bombardea a preguntas.

–¿Vives acá? Pero ¿por qué un motel? ¿Esa bolsa de papas fritas sobre la cama es tuya? ¿Cuántos días lleva ahí? No entiendo. ¿Quién te cambia las sábanas? Pensé que tenías dinero…

Ella solo sonríe y lo besa con más fuerza. Lo empuja sobre la cama deshecha y se posiciona a horcajadas sobre su cuerpo. Lo mira, él la mira, y ella sabe que en pocos minutos él será solo para ella. Comienza a desabotonarse la blusa con un movimiento que hace juego con su largo, oscuro y brillante pelo suelto y, en efecto, Manuel Carrillo logra aislar el polvo, las cortinas mal combinadas y el maldito vaso de Coca-Cola que está pegado al velador, y las pupilas se le dilatan, y el pulso se le acelera casi hasta traspasar la ropa, y ahora sí, todo su cuerpo solo está para ella.

46
Un grande

A la mañana siguiente, cualquiera hubiese pensado que aquel sería un día de trabajo habitual. Tal vez con algo más de taco en la vía pública, porque justo aquella semana la alcaldía había planificado reparar la calzada para recibir la avalancha de turistas pronosticados para las vacaciones. Bueno, al menos eso dijeron en los periódicos, porque aquel lugar es cualquier cosa menos un pueblo turístico. Y lo que ocurre en realidad es que el año amenaza con terminar y es necesario gastar algo del dinero, no solo en cenas o viajes del parlamento, sino en algo que se vea bien ante la comunidad.

Carla sabe que están reparado la acera y lo tiene previsto para no llegar tarde. Tan solo suena el *ringtone* preestablecido del celular, abre los ojos y encumbra al baño y, mientras se da una ducha, sabe con certeza el momento en que se marcha Manuel Carrillo al oír el golpe de la puerta del motel al cerrarse. Sabe que aún le da tiempo para tomarse un café y cepillarse el cabello. Y en eso está, ya vestida con *jeans* blancos pitillo y camisa a cuadros. Una elección de ropa muy difícil, porque hasta esa noche no había dormido con nadie que se relacionase con el trabajo. Manuel Carrillo le atrae, sin duda. Son adultos, eso es claro, pero ella no quiere que el mundo lo sepa. Por eso, al sonar la puerta, Carla sonríe, porque piensa que Carrillo ha vuelto en alguna especie de arrebato romántico a dejar aún más en claro las cosas. Piensa que desea un último beso, y por eso no dice nada, no pregunta ni se asoma a la mirilla, solo abre. Y, cuando lo hace, casi se da de bruces con el mismísimo Gran Martínez.

El padre ausente, el que conoce solo a través de los reportajes en los diarios o las revistas. Ese hombre casi borrado de los recuerdos de Carla. Y se aparece en la madrugada, afuera de la puerta de un motel, como si fuera un fantasma.

–Hola, Carla.

–Hola… –dice desconcertada. Estira el cuello, como buscando alguna explicación por sobre los hombros de su padre.

–¿Puedo pasar?

–Sí, claro. –Y se hace a un lado para dejar paso al fornido individuo, que es casi una cabeza más alto que ella, aunque no sabe por qué, pero le parece algo más bajo que la última vez que lo ha visto.

«Debe de ser el terno oscuro», piensa Carla.

El padre realiza una inspección ocular rápida.

–Ya no eres pobre, Carla. Puedes salir de esta pocilga.

–¿Qué dices?

–Que tu madre ha muerto. Esta misma noche.

Silencio.

–No debes decir nada. Solo te informo que eres heredera. Me guste o no, lo eres.

Silencio.

–¡Maldición, Carla! Debes decir algo. No tienes experiencia en el mundo empresarial. Los magnates te comerán viva y tu fortuna y nuestro apellido se hundirán en un par de meses. ¡Tienes que vender! Debes vender.

Silencio

–Te estoy hablando… Debes vender.

–¿A quién? ¿A usted?

–Por supuesto que a mí. Tengo una oferta que asegurará tu vida. Tú solo con respirar ya estarás ganando millones. Ya verás, es lo mejor.

El hombre lanza un sutil resoplido. Está comenzando a mosquearse ante la indiferencia de su hija.

–¡Vamos, Carla! No tengo todo el día…

–No voy a vender –responde seca y con el cuerpo rígido, como si con aquella postura pudiese ponerse la coraza que en ese momento

necesita.

–¿A qué te refieres? Ten cuidado. –Y extiende el dedo–. No volverás a tener una oferta de mi parte.

–No lo sé. Tal vez tanta insistencia suya en que yo venda puede ser algo más que una buena acción de su parte. ¿Sabe que creo?

–No, ni idea.

–Creo que usted piensa que soy incapaz de invertir bien las acciones y ocupar mi puesto como accionista, ¿cierto? Y ¿por qué sería esto? Bueno, porque le aterra la idea de que una mujer pueda hacerle peso. Además, lo más humillante, sería que eso lo hiciese su propia hija. La misma que usted desheredó hace años, cuando esta se independizó para hacer lo que le gustaba. Pues bien, padre, voy a asumir el rol que me toca y, si usted no se acostumbra, lo lamento.

–¡Estás mal, Carla! Ni siquiera sabes en lo que te estás metiendo. Tengo mucho poder…

–Eso lo tengo más que claro, así que si me permite… –estira la mano para coger la carpeta que su padre traía y que aún no ha soltado.

–¡¿Qué vas a hacer ahora, Carla?! –lanza el hombre mientras desanda sus pasos hacia la salida– ¡Vamos, te estas comportando como una chiquilla!

Silencio

–Estoy para ti, hija. Sabes cuanto te quiero, y no deseo verte sufrir. Estaré para apoyarte. ¿Qué dices?

–Que no lo necesito, señor Martínez. Cortaremos vínculos, y yo hoy lloraré a mi madre, maldito cabrón.

El hombre traga saliva. La mira fijamente y lo sabe. Acá ha perdido.

47
Una heredera

Carla no quiere heredar las acciones de su madre, no le interesa.

Sabía que aquello podía ocurrir, pero no lo anhelaba. Lo que sí desea es el refugio de montaña.

Hay otras viviendas de valor incalculable dentro del legado de su madre, pero Carla solo quiere esa casa. La casa donde alguna vez ella misma contó con una familia feliz.

Aquello fue antes del internado en Londres. Fue un intervalo de pocos años, pero ocurrió. Fue la época durante la que los cumpleaños de Carla se celebraron con coloridas fiestas, en la casa donde las luces del árbol de Navidad iluminaban la gigantesca sala envuelta en aroma a canela y naranja. Fue el tiempo en que Carla fue feliz. Hasta que su madre enfermó.

Iniciaron las psicosis breves y, luego, los ataques de histeria, hasta que un día sentenció que ya no podía más, y que dañaría a los suyos. Fue entonces cuando adquirió un *penthouse* en Central Park y se aisló del mundo, de todos, hasta de Carla.

–Puedes visitarme –le dijo, como quien entrega un premio de consuelo.

Y el padre de la chica debía trabajar, porque, si no, quién se encargaría de mantener la fortuna de esa familia. Y entre reuniones, viajes y nuevas amantes, que nunca faltaron, consideró que él tampoco podía con Carla y, como quien devuelve una mala compra, la envió a un internado en Londres. «Será lo mejor», le aseguró. Y la niña, volvía a cualquiera de las casas algunos veranos, a gastar el

dinero de sus padres.

Acompañada por su cuidadora compraba sus propios juguetes. ¿Qué más podía hacer? Pero fiestas y Navidades ya nunca más tuvo.

Entonces, al momento de heredar la casa de montaña se imagina a sus propios hijos, a los que no tiene, pero desea. Los imagina corriendo por la casa, dándole vida y rasguñando la felicidad que alguna vez hubo hasta hacerla florecer de nuevo. Y en esa casa de montaña, en la de su imaginación, habrá una madre que no abandona y un padre que escucha y que juega con ellos.

Abraza contra el pecho la carpeta que porta la herencia.

«Soñar es gratis», piensa Carla.

48
Una lista

Hospital de Mérida. Pabellón 57

–Rosa, ¿cómo está hoy?

La mujer no contesta. Se mantiene impávida, como si más que enmudecida padeciese de sordera o falta de interés. Si hubiese estado conectada a un monitor cardíaco, de seguro que no se hubiese alterado ni el más mínimo latido. Nada la inmutaba. Además, está cada día más delgada que el anterior. La piel tiene un tono terroso y a la vez pintado de un mezquino amarillo, pero amarillo al fin y al cabo. Ha aspirado varios cigarrillos en cuestión de minutos, que se han consumido en tan solo tres o cuatro caladas, como si el tiempo se le fuese a acabar.

–Puedo conseguirle más cigarrillos, si usted quiere. Hace un tiempo yo también fumaba mucho, pero eso fue antes, cuando aún no estudiaba Medicina. Es que en esa época no sabía nada de la biología humana, ¿sabe? Ahora sé que existe el cáncer de pulmón y todo eso, pero si usted gusta, podemos fumar juntos. Solo si usted quiere –parlotea Gabriel, presentando una cajetilla nueva de Marlboro entre las manos.

La táctica de llevar cigarrillos fue idea de Godínez.

–Debes tener algo que la haga empatizar contigo –puntualizó.

Y vaya que fue un acierto.

Rosa Ferrada muta el rostro de desconfianza que se le ha estampado entre las cejas y estira la piel en una pequeña mueca de

alegría al ver el ofrecimiento de Gabriel. Alarga el brazo y coge un cigarrillo

–¿Qué quieres, chico? –dice al fin mientras lo mira fijamente y expulsa una bocanada de humo por el lateral de la comisura, como si la prisa le estuviese pisando los talones.

–Quiero morir, ya se lo dije…

Silencio.

Ella tuerce el rostro en dirección al vidrio cromado. Lo hace sin disimulo, como si pudiese ver a través de este. Carla se inquieta. Desea sacar a Gabriel de ahí lo antes posible.

–Pregúntale qué se debe hacer para poder morir –suelta Carla a través del auricular que porta Gabriel.

–No merezco vivir, ¿sabe usted? Tuve un mal padre. Mi vida ya está jodida… –Y comienza a morderse las uñas. Cualquiera que no sepa la historia de Gabriel diría que es una actuación digna de un Óscar–. Deseo morir… igual que su hijo, igual que Mauricio.

–Puf, ojalá fuera tan simple –replica ella meneando la cabeza, como espabilando todas las ideas que se arremolinan en su mente.

–¿Qué debo hacer?

–Nada, no eres digno.

–Créame que sí, soy muy digno. ¿Cómo se desaparece? Para morir –insiste con aire de poder manejar la situación.

Entonces ella, que estaba con la cabeza gacha como una paloma, se gira rauda y coge a Gabriel por el cuello de la camiseta. Acerca su rostro agrietado al cuerpo del chico. Lo apunta a los ojos y lanza:

–¿Crees que soy estúpida? No diré nada.

El doctor Jones, tras el ventanal, levanta su oval cuerpo de la silla. Pero Carla posa su mano extendida sobre el pecho de este y lo frena.

–Dele un momento –ordena, y la tensión ocupa espacio dentro de la sala de observación.

–El muchacho no puede salir dañado… –apunta el doctor Jones como un padre defendiendo a su cría.

Gabriel la mira estático. Nadie habla. Solo se mantiene la mano empuñada aprisionando el ropaje de Gabriel y, con tal intensidad, que tracciona el tronco de este hacia abajo. ¿Cómo es posible que

una mujer menuda y delgaducha pueda ejercer fuerza como si de dos hombres robustos se tratase?

–*Okay, okay* tranquila… –suelta este y levanta ambas manos.

–No entiendes nada –lanza, y se separa de él con brusquedad–. Hay gente que está esperando… No es llegar y morir. Hay una lista de espera.

–¿Lista de espera?

–Sí –responde abrumada y envuelta en el halo inicial del espesor de la ira. Se le nota en el ceño fruncido–. Si pudiera, te mataría con mis propias manos –expresa como si con aquella frase quedara en evidencia su gran nobleza.

–¿Como el otro día?

–Claro. Fue un momento de debilidad eso. Yo no puedo matarte. No así, no me corresponde.

–¿Puedes agregarme a la lista de espera?

–Mmm, no lo creo.

–Pregúntale por su hijo –vuelve a irrumpir Carla al auricular.

–Quiero estar donde está Mauricio. ¿Sabe dónde está?

–En un lugar mejor que este –asegura mientras bota el cigarrillo ya consumido.

–¿Otro?

Ella se encoge de hombros y estira los largos dedos para coger uno más.

–¡Aumenta el drama, Gabriel! –vuelve Carla al ataque mientras la mujer prende fuego y observa cómo se consume el cigarrillo–. Ya casi es tuya. Tienes la situación bajo control.

–Mi padre alcohólico casi mata a mi madre varias veces. Recuerdo haberme escondido bajo el mantel de la cocina cuando era un niño y encerrarme en mi pieza. Cuando ya fui mayor, olvidaba el problema durante el día y, aunque no lo deseara, volvía a recordarlo durante la noche.

–Ja, ¿crees que eso es un drama? No sabes nada de la vida, muchacho. Todos tenemos dramas bajo el pellejo, pero solo algunos son dignos, no todos, ¿me entiendes?

Gabriel se mantiene en silencio. Sabe que pisa arenas movedizas. Cualquier paso en falso y todo se desmoronará.

–No es llegar y querer morir. Solo es para los elegidos –confirma ella.

49
Un hijo

Manuel Carrillo nunca ha querido ser padre.

Le gusta la vida solitaria.

Tiene una casa con garaje, un auto y dos perros *golden retriever* que, aunque le han destrozado el patio, le divierten la vida.

¿Amigos? Unos cuantos. Cuatro o cinco de la época escolar. Del Instituto de Criminalística tiene uno, un chico que años más tarde ganó un cargo de jefe de una unidad de narcotráfico en el norte. ¿Callie? No, claro que no, ella no. Es solo una jefa.

¿Mujeres? Muchas.

¿Enamorado? Nunca.

Y, aunque las habilidades sociales no son su fuerte, es bastante más empático que cualquiera del grupo. Porque, en efecto, el concepto de armar familia, con la adrenalina recorriendo por las venas todos los días, casi no tiene espacio, o al menos no lo tiene para criar una estirpe de las buenas, de esas que juegan al Monopoly todos los viernes, viajan a la casa del lago, almuerzan con los abuelos los domingos y celebran las Navidades con pavo relleno al horno. De esas familias de las pelis, de esas, no tiene nadie en la unidad. Algunos la desean, como todos, sin duda, pero en el caso de Carrillo ni siquiera lo ha soñado. Porque los niños no existen en su futuro, al menos eso piensa. Sin embargo, cuando Rosa Ferrada le ha dicho a Gabriel que existe una lista de espera, algo se ha disparado en su instinto, así, intenso y con filo, como si fuese un padre que a puro codazo avanza si es necesario para defender a un

hijo. Entonces recuerda al chico, al hijo de Pilar Sepúlveda, justo a la salida del instituto. Recuerda la prisa y la ansiedad por retirarse, recuerda su rostro afligido, sus manos nerviosas y sus palabras exactas: «Estoy en una lista de espera».

50
Una víctima

El sonido de la campanilla al abrirse la empolvada puerta de vidrio capta la atención de Pilar Sepúlveda, quien, con un paño de cocina en la mano, sirve el café de la mañana a tres camioneros distraídos que han aparcado en el lugar hace menos de un cuarto de hora. Se amarra el paño al cinto y, con el rostro rígido, encumbra los pasos hacia la entrada. No le agrada volver a ver a los polis.

–¿Ustedes por aquí de nuevo? Creí que ya estaba todo dicho. Me espantan a los clientes –dice torciendo la boca en dirección a la mesa de los comensales, quienes ni siquiera se han inmutado por el ingreso de los recién llegados.

–Queremos conversar sobre su hijo. Será breve. Ya verá, no le quitaremos mucho tiempo –inicia Godínez, quien le prestó ficha a la idea rebuscada de Carrillo de que el chico, Felipe, estaba involucrado o corría peligro, cualquiera de las anteriores, y decidió hacerle compañía.

–Mi hijo está en la escuela. ¿Por qué? ¿Le ocurrió algo? –interroga abriendo los ojos mientras procede a secarse las manos con el paño que colgaba de su cintura.

–No, aún no –irrumpe Carrillo, dando un paso al frente. Luego se acerca a la mujer para evitar que los demás se enteren del tenor de la visita, y al oído le susurra–: pero creemos que corre peligro.

–¿Peligro? ¿Qué me quieren decir?

–¿Podemos tomar asiento? –solicita Carrillo, indicando con la mano una mesa junto a ellos.

–Prefiero conversar en la cocina. Sin público, inspector. –Y se gira rauda encumbrando los pasos arrastrados hacia el mostrador–. Síganme.

Un nudo débil se instala en el estómago de Manuel Carrillo, una bendición de fortunio que ha tenido desde que era un crío. Esto no le pinta bien, sin embargo, no ha alcanzado ni a pensar cuando Godínez ya se ha perdido tras la mampara plástica que quizás alguna vez fue transparente. Pero ahora, añosa, ya no lo es, y separa el sector de las mesas de la cocina. Carrillo ingresa a paso lento, titubeando la marcha, como si en vez de una cocina corriente se tratase de un campo minado. Godínez le otorga una mirada que hubiese prendido fuego, porque el capitán ha comenzado a impacientarse.

51
Un sueño

Diario de Gabriel

Odio a las mujeres.
Y sé que soy médico, bueno, casi un médico, pero, aun así, las odio.
No me refiero a no soportarlas; lo que ocurre conmigo es que las aborrezco. Y si están locas, peor aún. Pero con Carla es muy diferente. Ella es como mi madre.
Esto de ayudar con la investigación no lo hago porque soy un alma noble, no, claro que no. Esto lo hago para impresionar a la teniente Martínez. Primero, será una relación laboral, pero luego, cuando ya tengamos el caso agarrado con todos los dedos de una mano, ahí la invitaré a salir. ¡Porque soy un buen partido! Y, en efecto, vaya que sí, estoy a pocos meses de ser médico. Ahora no tengo dónde caerme muerto, pero en un corto tiempo la vida me dará un tremendo vuelco. No tendré que salir a buscar novia, claro que no. Además, no será necesario porque yo solo tengo ojos para Carla.
Imagino la casa en los suburbios. Yo, saliendo durante la mañana con un delantal blanco y café en mano y ella, hermosa como siempre, con algún traje de lino a tono con la estación climática y el cabello en un moño apretado. Carla me seguirá los pasos con un batido de verduras verdes para iniciar el día. Nos detendremos y sonreiremos al mirarnos

para, a continuación, darnos un beso en el portal antes de que cada uno se suba a su auto de lujo rumbo al trabajo. Me hará una seña con la mano mientras sonríe para que nos prometamos hacer el amor en la noche.
–Buscaremos a los niños durante la tarde para cenar juntos –le diré.
Armaré una familia con ella. ¡Será increíble!
Lo he visto. Les pasa a todos.

52
El elegido

Rosa Ferrada camina por el parque fuera del pabellón 57. Lo hace de manera silenciosa, pero, esta vez, se encuentra más silenciosa que nunca. Avanza con la cabeza gacha y el único sonido es el resquebrajar de las hojas secas bajos sus pies.

Gabriel, por su parte, la sigue un par de centímetros detrás, al mismo ritmo, mientras el viento de la estación otoñal le despeina el ondulado cabello. Y, sin querer, recuerda a su madre. Porque, cuando aún era un crío, algunas noches la sentía ingresar en su habitación y recostarse junto a él. Luego ella emitía un llanto ahogado, casi un gemido, y el chico no sabía si era para no despertarle o para tragar el dolor que llevaba tatuado en el pecho. Y en cuanto ella comenzaba a enredar sus esqueléticos dedos en el cabello del muchacho, su respiración iba a pausas adquiriendo un aura de paz. Entonces, ambos dormían, con la sensación de que todo en la vida estaría bien. Así, fusionando el compás del aire que emanaba de los pulmones.

Gabriel recuerda que en aquella época aún rezaba. Y pedía, mientras sentía el contacto de la extremidad fría de su madre, que su Dios los mantuviese en un sueño eterno.

Rosa Ferrada detiene el tranco. Voltea en dirección a Gabriel. Le zampa el humo contenido en la boca, directamente a los ojos. Y emite una carcajada, mostrando los escasos y amarillentos dientes que le quedan. Gabriel no se inmuta, cual si hubiese sido un soldado preparado para la guerra. Apenas tensa los músculos.

–A los doce años, mi padre me comenzó a violar… –dice–. Es el dolor más fuerte y repugnante que se puede sentir. O tal vez lo peor, fuese el llanto de mi madre afuera de la puerta de mi dormitorio. O tal vez, el olor a alcohol que se quedaba pegado en mi cuerpo. Cuando el maldito acababa, mi madre ingresaba temblorosa a verme. Me acompañaba al baño y ponía mi cuerpo inmundo bajo la ducha, para que así, tal vez, se me borrase todo de la memoria de la piel. Ahora, ya no me gusta ducharme.

–¿De verdad quieres morir?

Gabriel asiente con un nudo a punto de desbordar en lágrimas por sus ojos.

–Debes esperar… Ya te elegirán.

Carla irrumpe a través del auricular. Gabriel se había olvidado completamente de ella.

–Gabriel, lo has hecho muy bien. No la pierdas. Despacio, dile que te han contactado.

–Ya me han contactado –asegura enjugando las lágrimas con brusquedad.

Ella pone cara de duda, luego relaja el rostro y le indica que debe esperar para seguir los pasos.

–¿Los pasos? ¿Qué es eso?

–Los pasos –refuerza Rosa.

Carla vuelve a irrumpir:

–Gabriel, pregunta si es la cafetería –le pide.

–¿Es la cafetería El Paso?

–El hogar –afirma mientras asiente con la cabeza.

–¡Lo tenemos! Sal de ahí, Gabriel –grita Carla al oído del chico.

53
Un desabrupto

Carla Martínez es el tipo de persona que jamás rompe las reglas. Cuando tenía catorce años, su padre contrató a un instructor para que la enseñase a conducir. Le entregaron un manual de tránsito y, como era de esperar, la niña lo memorizó por completo.

Ella es de las personas que señalizan a ambos lados y que jamás se toman menos de treinta segundos al detenerse en un ceda el paso. Toda su vida ha seguido el camino correcto, tal y como se lo habían inculcado. Por eso ingresó a la unidad de investigación y criminalística. Porque sabía que la falta de afecto podía compensarse con el cumplimiento de las normas. Y siempre las siguió, sin excepción, hasta aquella tarde que dio marcha rumbo a la cafetería El Paso.

Tan solo dar contacto, pisó el acelerador de su Pininfarina, sacando a la máquina todo el potencial que podía otorgar. Instaló una baliza en el techo y corrió como tan solo lo había visto en las películas de acción.

Cuando ingresó a la academia, jamás imaginó que se vería envuelta en una redada como esta. O, al menos, no en el pueblo al que había decidido mudarse; mal que mal, por algo lo había hecho, buscaba algo de paz.

Al superar los doscientos diez kilómetros por hora, su mente privilegiada comienza a enviarle como petardos la información de lo que ocurriría con su cuerpo si se estrella a dicha velocidad. La posibilidad de sobrevivir en un auto como aquel asciende a la

notable cifra de un cuarenta y dos por ciento. El porcentaje restante vaticinaba entre la disputa del desgarro del sistema vascular o la fractura cervical por la desaceleración. Sin embargo, necesita llegar lo antes posible. No confía en el criterio de su superior, y tiene sus motivos. Porque, tres minutos antes de emprender la marcha, Carla Martínez había marcado el número de Godínez.

–Capitán, si la respuesta es afirmativa, solo limítese a decir «ajá». ¿Entendido?

–Ajá.

–¿Están en la cafetería?

–Ajá.

–¿Están con Pilar Sepúlveda?

–Ajá.

–¿La tiene al frente?

–Ajá.

–No diga nada… El maldito templo de la secta es la misma cafetería. Debe haber un subterráneo o algo así. Tengan cuidado porque puede haber más gente. No hagan nada heroico, por favor. Yo llamaré a Callie y llegaremos con refuerzos. Ustedes solo distraigan. ¿Me entendió, capitán?

Silencio.

54
Un golpe

Estamos en el templo.

Es el mensaje de texto que Godínez teclea al WhatsApp de Carrillo tan solo cortar la llamada con Carla Martínez para advertirle, pero, aunque el subprefecto hubiese querido decir algo al respecto, jamás hubiese logrado hacerlo, debido a que la habitación pasa a ser un escenario en tres dimensiones y que se mueve frente a su rostro a la velocidad del Correcaminos. Su retina solo puede enfocar el rostro desfigurado y sin sentido del capitán Godínez mientras escucha a lo lejos los gritos de este.

–¡Maldita, nos ha drogado! –dice, seguido de la risa estruendosa de Pilar Sepúlveda.

Lo ve levantarse de la silla y cogerle del brazo, justo antes de caer. La escucha susurrar. Y ella se le acerca al rostro para fulminarlo.

–Soy una sacerdotisa y mi misión es proteger el templo.

Luego, la oscuridad.

Más tarde, el silencio.

55
Una duda

Manuel Carrillo podría estar cubierto con una tela con más de seiscientas plumas y, sin embargo, temblaría igual. Aunque, en ese instante, haría lo que fuese por conseguir algo que pudiese reforzar la escuálida camisa de lino blanco que vistió en la mañana. Eleva ambas manos atadas frente a los labios y resopla entre ellas con intensidad, igual como lo haría un cohete a propulsión. Desea darles calor. Pero le da a su cuerpo mucho más que eso, porque el olor a humedad se le cuela igual que si fuesen millones de esporas fúngicas en suspensión. Porque aquella sala debe estar inhabitada hace varios meses y, entonces, Carrillo elimina con rapidez la idea que le amenaza de que alguna extraña enfermedad pudiese ingresar y alojarse en su cerebro. Maldice sus debilidades. Y es un hombre inteligente, nadie lo pondría en duda. Pero las fobias…, ya, vamos, ese es otro cuento. Porque las fobias las tiene tatuadas y cada cuanto en cuanto reaparecen, aunque él, que ya es un hombre hecho y derecho, hay días que las malditas manías lo controlan.

En tanto, acuclillado en el frío cemento, agradece la presencia del débil rayo de luz que se cuela por la única rendija de la pieza, y que le asegura que la sala donde los han recluido, al menos, es una sala grande. Y menos mal, porque Carrillo puede lidiar casi con cualquier cosa.

Casi.

Porque compartir un cajón con Godínez hubiese sido fatal. Por fortuna, el espacio distante apenas le permite visibilizar con claridad

el bulto apoyado en la pared de enfrente. Entrecierra los ojos y reconoce la chaqueta de pana café. Es el jefe, sin duda.

Intenta ponerse en pie, pero la firme amarra de sus tobillos se lo impide. Se desplaza cual si fuese una oruga hasta el extremo opuesto. Teme por la vida del capitán Gómez.

–Capitán –le susurra, otorgando pequeños golpecitos al fornido tórax del jefe.

Nada. Igual que un muerto. Pero no lo está, eso es claro, porque se bambolea al compás de la respiración. Como si hubiese estado horas bebiendo alcohol. Pero no, es solo el sedante que le ha dado Pilar Sepúlveda que, mezclado con las benzodiazepinas que se engulle al desayuno y a la cena todos los días, le han impactado peor a que si fuera un bombazo.

Dormirá un par de horas más.

El ruido que chirría tras la puerta pone a Carrillo en alerta. Está igual que un animal bajo amenaza y se prepara para el ataque. Las manos le han comenzado a sudar y las pupilas dilatadas amplían el radio de visión.

–¿Inspector? –irrumpe la voz de un joven.

Aquella voz conocida es como un bálsamo en la garganta seca de Carrillo. Es él, es el hijo de Pilar Sepúlveda. Y aunque sabe que pertenece al otro bando hay algo en el muchacho que le inspira confianza.

Carrillo siempre ha sido así; ha ganado batallas a puro instinto. Es por eso por lo que invitó a salir a Carla. Una punzada en el estómago le dictaba que tal vez era lo que buscaba.

–¿Inspector? –repite. Esta vez con más fortaleza.

–Acá –musita.

Y le hubiese gustado elevar una mano para hacerse ver, pero, claro, las ataduras que le han hecho lo inmovilizan.

El joven se acerca y la puerta se cierra lento tras de él. Logra verlo a escasos metros. Trae algo entre manos. Es grande. ¿Un libro?, ¿un arma? ¡Eso! Lógico que es un arma. Es obvio, el muchacho es del otro bando. Pero no, no es nada de eso. Es algo casi humanitario: es una bandeja con agua y pan. Y cuando Carrillo se desespera, porque desea beber, porque la sed lo estaba martirizando, y el líquido se ha

derramado entre sus manos, y es cuando Carrillo, con todas sus fobias a cuestas, hace algo que nunca ha hecho antes: implora.

–¡Desátame, muchacho! Por favor. No escaparé, solo las manos.

Y así, con simples palabras, el chico saca el cortaplumas del bolsillo trasero del desgastado jean y corta las fibras que aprisionan las muñecas de Carrillo, y lo hace con lentitud y parsimonia, como si estuviese cortando la mantequilla para el pan de la cena.

56
Una elegida

Pilar Sepúlveda nunca se ha dado el lujo de pensar siquiera si es buena o mala madre. Sabe que saldrá a las perdidas. Aunque no se culpa de ello, ¡claro que no! Porque ella es una encomendada. Es la mujer que tiene la misión de hacer un bien mayor destruyendo a quienes son menos felices. Y no siempre fue sí. Alguna vez fue una chiquilla normal. Pero que tuvo un hermano indigno. Un hermano que llegó a destruir la felicidad familiar, porque la discapacidad intelectual que portaba la hacía ser foco de burlas por sus pares y fue la causante del divorcio y la agresión entre sus padres. Pilar primero lo soñó, pero luego comenzó a oír las voces que le indicaron los pasos a seguir. Armó la cafetería para poder observar al pueblo. Familias completas que deambulaban por ahí, y se convirtió en una experta en olfatear el dolor de otros. Nadie más sufriría en esta vida. Los indignos serían eliminados. Solo así, la ansiedad y la miseria desaparecerían. Reunió hombres y mujeres con cicatrices en sus vidas, y les transmitió su pensamiento. O más bien dicho, les transmitió sus ideas delirantes y, así, ellos mismos la nombraron su líder, porque ella recibe el llamado con las voces, y porque es ella la que tiene las agallas para elegir a los chicos indignos.

Sin embargo, tuvo un hijo. No lo quería, claro que no, pero Felipe llegó a este mundo de todas maneras. Algunos días, Pilar observa a su muchacho desde el mesón de la cafetería mientras este realiza los deberes de la escuela y, sí, piensa que tan mal no lo ha hecho. Sus notas están dentro del promedio, nada brillante, pero a la vez nada

que implique que la llamen desde la escuela. No se involucra en peleas ni pierde el tiempo con enamoradas. Tampoco es rebelde; ¡eso sí que sería un lío!

Pero en el mismísimo segundo en que lo ve interceptar su delgado cuerpo frente al del inspector Carrillo ella sabe que lo ha hecho mal.

Lo ha hecho todo muy mal.

Y no está segura si lo que le hace hervir la mierda en la sien es que su mocoso se haya olvidado de todo lo que habían estudiado por años o que aquel inspector, a quien, sin duda, había subestimado, haya conquistado el afecto de su único hijo.

–¡Hazte a un lado, Felipe! ¿Se te zafó un tornillo acaso?

El chico permanece mudo frente al cuerpo aún medio maniatado de Manuel Carrillo. Lo hace como si fuese la estatua de una plaza, con la única misión de ocupar espacio. No pestañea, ni mucho menos dirige la mirada a su madre. Sabe que esta lo fulminaría con los ojos.

–¡Muévete! Te lo advierto, o acabarás con mi paciencia. ¡No me hagas elegir! Porque si lo haces, ya sabes lo que debo hacer.

–Lo sé, madre… –le tirita la voz, como un chiquillo de primaria, como el niño que aún desea que su madre corra, rauda, a salvarle. No como el adolescente frente al frío e indiferente metal que le apunta directo al pecho.

–Este hombre no vale la pena… No me obligues. Sabes que debo defender el templo.

–Usted está loca, madre… –murmura. Con los dientes apretados, sutil y silencioso, pero lo suficiente como para que las neuronas de Pilar Sepúlveda estallen al unísono.

–¡Repite! Porque haré que te tragues una bala por cada palabra.

–¡Loca, madre! Está usted loca –Esta vez sí lo dice fuerte y claro, con toda la potencia de sus dieciséis juveniles años–. Y ¡máteme! A ver si se atreve. Total, da igual, lo sabe.

–¡Maldito el día en que te parí! Soy la sacerdotisa. ¡¿Qué es lo que no entiendes?!

–¿Por qué no fuimos normales, madre? Yo, un chico que va a la escuela y lidia con la indiferencia de los demás adolescentes, y eso, solo eso… –Y rompe en llanto.

–Tranquilo, muchacho… Estarás bien, ya verás –susurra, casi como una ráfaga de viento en el oído, a sus espaldas, el inspector Carrillo mientras introduce una mano, muy lento, en el bolsillo trasero del pantalón de *jeans* del joven.

–¿De qué hablan? Vamos, vamos, ¿qué ocurre aquí? ¿Resulta que ahora son amigos? –ironiza Pilar mientras comienza a resoplar con ímpetu. La desesperación le ha agotado la paciencia.

–No puede matarme ahora, madre –sonríe el chico, pero en las entrañas tiembla de miedo.

Aunque cualquiera hubiese pensado que, si de algo temblaba, podría ser de frío, pero miedo, pfff, eso jamás. Porque es un muchacho tranquilo, demasiado. Parece hecho de humo blanco, de esos chicos imperturbables, habituados a la pesadilla y al hostigamiento. Lo que pasa es que es observador, siempre lo fue, desde que era un crío. Fue así como memorizó cada detalle de las escrituras que su misma madre había forjado, lo sabía… y claro que dio en el clavo.

–No puede matarme, madre, la profecía lo dice. El nacido del vientre de la elegida será el sacrificio número trece. Será mi muerte quien selle el pacto. Y Mauricio, el pobre Mauricio, es el doce, y lo he visto hoy… Aún está vivo.

57
Una luz

Se oye un disparo seco. Suena como un eco en medio de una caverna.

Carrillo ha logrado desatarse y su primer instinto es tocar al muchacho que yace en el suelo junto a él.

–Estoy bien –asegura este.

Godínez, por su lado, con el estampido, abre los ojos como si hubiese sonado la alarma para levantarse. Demora un par de segundos en otorgar información a su aturdido cerebro. Ingresa luz y ambos inspectores desde el piso logran divisar el rostro de Carla Martínez, aún con el brazo estirado, con el arma humeante y apuntando al cuerpo de Pilar Sepúlveda. Esta se retuerce de dolor en posición fetal, abrazando su sangriento brazo.

El chico solloza, muy despacio, y Manuel Carrillo lo abraza.

–Todo estará bien, todo –le asegura.

Y Carla se enternece.

58
Un respiro

Unos minutos más tarde, el silencio del templo es invadido por peritos que acordonan el lugar.

Tania no da crédito a lo que sus ojos ven.

Por años pasando algo así en un pueblo en que no se mataban ni a las moscas.

–Fallé –le dice a Godínez, suspirando, en las afueras de la cafetería.

–No lo veas así –empatiza este, más recuperado ya de la acción de los sedantes–. Sin ir más lejos, yo anduve buscando al sospechoso equivocado. A todos, en algún momento, nos pasa.

En aquel instante, sacan a Mauricio en una camilla. El chico tiene el cuerpo envuelto en una bolsa plástica y, sobre esta, unas mantas térmicas amarillo pato. El ambiente de nostalgia retorna, como si todos hiciesen un minuto de silencio por la pobre víctima. El único sonido es el goteo lento del suero tibio que comienza a recorrer por las aplastadas venas.

El chico no habla aún, pero vivirá.

Fue lo que aseguró el equipo médico que llegó al rescate. El hijo de Pilar Sepúlveda encumbra los pasos hacía la camilla de Mauricio, se acerca al oído y le susurra:

–Solo serán once chicos muertos. –Y le acaricia la rígida y empolvada cabellera.

Mauricio intenta sonreír, pero se le resquebrajan los labios.

El capitán Gómez se aleja del grupo mientras la ambulancia prende

motores para que, con sirena y baliza encendidas, se disponga a tomar ruta en dirección al centro hospitalario.

Carla le da alcance.

–¿Cómo está, capitán?

–Agradecido… de no cargar con otra muerte en el cuerpo.

–Sí, es verdad –confirma ella mientras oscila su tacón derecho por sobre el suelo de tierra, como si intentase dejar algo escrito ahí.

–Y tú, Martínez, ¿cuáles son los planes?

–Unos días de vacaciones no me harán mal. Me lo merezco, ja, ja, ja.

–¿Sola?

–Espero que no –responde y lanza una mirada a Carrillo, quien está abocado a entretener a la prensa.

–Buen muchacho…

–¿Manuel?

–Sí.

–Quién lo diría, capitán. Usted cambiando de parecer sobre sus impresiones de la gente.

–Ja, ja, ja. Todos cambiamos, Martínez. Incluso yo.

–A ver, ¿de qué hablamos? –suelta ella, en una expresión de camaradería

–Yo también me alejaré unos días. Y haré algo que nunca hago: saldré con Melisa, mi hija.

–Bueno, yo lanzaré las cenizas de mi madre…

–¿Cómo es eso, Martínez?

–Mi madre ha fallecido, capitán. Hace varios años que no sabía nada de ella, pero igual duele. Quiero hacer algo simbólico. Lanzaré las cenizas en la montaña, donde éramos felices, justo antes de que enfermara.

–Lo siento, Martínez. Puedes contar conmigo –relata con una mano en el hombro.

–Las vacaciones, capitán –sonríe.

–Cuenta con ello.

59
Una reunión

Hospital de Mérida. Pabellón 57

Carla Martínez ingresa rauda al pabellón 57 escapando de la lluvia que se ha plantado de frentón para anunciar la llegada del invierno. Es seguida muy de cerca por Manuel Carrillo.

Por fin se irán de vacaciones.

Nada muy complicado: una escapada de finde a una cabaña junto al lago. Así, como le gusta a Carla.

Tan solo ingresar al lugar, Carla sacude el paraguas intentando infructuosamente no mojar el piso. Alza la vista buscando a la secretaria, quien, absorta en su trabajo, ni siquiera ha reparado en la llegada de la pareja. De pronto, las pupilas verdes de Carla identifican a un joven que conoce a la perfección.

–¡Gabriel! –grita con euforia.

Se apresura hacia él. Quiere ser ella misma quien le informe las novedades.

–¡Los atrapamos! –dice al tiempo que lo abraza–. Te presento a Manuel Carrillo. Trabaja en la policía y participó en el caso junto a nosotros.

–Hola, Gabriel –saluda Manuel, amable.

Pero Gabriel se limita a realizar un movimiento de cabeza. Toda su atención está puesta en Carla.

–¿Y el chico?

–¡Vivo! ¡Mauricio está vivo! Es gracias a ti, Gabriel. Fuiste valiente…

Un héroe.

Y la palabra «héroe» rebota en la mente de Gabriel con fuerza. Ya nunca más lo mirarán como a un bicho raro. No, esa etapa ha finalizado.

Su mente vuela. Necesita decirle al doctor Jones. Para que él pueda anunciarlo a toda la facultad. Es que, vaya, no es para menos. ¡Incluso deberían darle una medalla!

Es por ello por lo que da la espalda a Carla y corre raudo por el pasillo. En un costado, una puerta entreabierta. Es hora de la entrega de turnos. Gabriel ingresa despacio a la sala de reuniones. Lo que tiene que anunciar es aún más importante que la regla que le han dado de que los practicantes no deben asistir a esa reunión.

Para su asombro, hay mucha gente y, entonces, Gabriel se inmiscuye entre las batas blancas.

Se detiene un momento y su corazón se agita al reconocer la voz de la tía Rosario. ¡¿Qué hace ella ahí?! Algo no le cuadra.

En eso escucha su nombre, Gabriel, fuerte y doloroso. Y es la misma tía Rosario quien comanda el relato mientras el doctor Jones asiente y los alumnos toman nota. Están hablando de él. Escucha que el estrés postraumático aún no lo abandona. Que no hay conciencia de juicio y realidad. Que ha aprendido de a poco a controlar su ira, sin embargo, aún no recuerda que ha matado a su padre.

El doctor Jones relata que, en el caso de Gabriel Anderson, las simulaciones dan resultado.

–Piensa todo el tiempo que está en la universidad. Cree, pese a sus más de cincuenta años, que aún es un joven estudiante de Medicina y no un paciente del pabellón. El comedor en las mañanas lo imagina como la cocina de la pensión y, a medio día, como el casino de la universidad. Publicamos notas todo el tiempo para que sienta que avanza en la carrera y, cuando decidimos inmiscuirlo con sus mismos compañeros de pabellón, haciéndole ver que esta vez era un interno de medicina en la rotación de psiquiatría, no pudo distinguir la realidad. Ve las mismas piezas donde duerme todas las noches como si fuesen salas solo para enfermos. ¡No estamos avanzando con Gabriel!

–Tal vez las visitas de la madre le afectan –interviene Rosario, la psicóloga a cargo de Gabriel–. Ella, por razones obvias, no puede alegrarse cuando su hijo saca buenas notas, por ejemplo. O Gabriel la mira y la ve demacrada, envejecida, más delgada. ¡Claro, porque los años pasan! Gabriel lleva acá casi treinta años.

–Creo que se beneficiaría de una terapia farmacológica antipsicótica –afirma el doctor Jones–. Su comportamiento agresivo ha puesto en riesgo la seguridad y calma de algunos pacientes, sobre todo a la hora de la colación.

–Es un buen hombre –lo defiende Rosario–. Él solo actúa cuando lo sacan de sus casillas. ¡Tengamos paciencia!

60
Una caída

Diario de Gabriel

Las imágenes vienen a mi mente como en un choque frontal a toda velocidad, de forma rápida y dolorosa. El monstruo sobre la espalda de mi madre en la fría cerámica de la cocina, embistiéndola entre chillidos, como si fuese un toro en celo.
Y yo, sobre él, con el puñal en mano.
Recuerdo al inspector anunciar con voz ronca que fueron veinte puñaladas. Fue ensañamiento. Y recuerdo también haber pensado que las veces que entró y salió de mi madre fueron muchas más que esas.
Desando mis pasos, igual de lento que como he ingresado. Que nadie me reconozca. Que no vean que hay un loco suelto entre ellos.
Y tan solo abandonar la sala y retornar a la recepción, los veo.
Él la toma por la cintura, con una propiedad que no le pertenece, y le susurra algo al oído. Siento como la sangre comienza a hervir. Lo sé porque me hormiguea el cuerpo completo. Entonces, cojo la pluma que la secretaria ha dejado a un lado. Ella se inquieta y se levanta.
Pero es lenta y torpe.
No es rival para la agilidad de mis piernas. Y me abalanzo, y miro los ojos de Carla, que me contemplan como si hubiese visto a un puma aparecer frente a ella. La bloqueo con el

cuerpo y no logra coger mi brazo, sus dedos resbalan sobre mi piel, y puedo sentir como la pluma penetra bajo el músculo emergente de la porción lateral del cuello, y rasga, como si fuese un papel, la carótida del maldito Manuel Carrillo.
El resto son solo gritos.
Carla comprime un vaso que ineludiblemente le quitará la vida a su amante. Soy cirujano. ¡Jamás fallaría en lacerar una arteria!

61
Cisnes negros

Si alguien hubiese enviado un dron para que pase por sobre sus cabezas, seguro hubiese distinguido la estructura elegante y glamurosa de los paraguas abiertos. Sin embargo, como si fuera a levantar un manto oscuro, hubiese distinguido también los ojos vidriosos de los presentes. De todos. Incluso los ojos del capitán Gómez. Bueno, casi de todos. Porque a Carla no le rueda ni una maldita lágrima.

Ella llora por dentro.

Le arde el pecho como si tuviese fuego, pero no lo demuestra, ni una mueca. Porque es su culpa. Una condena que cargará toda la vida. Porque si aquella mañana al despertar tan solo hubiese escuchado a Manuel, que le pedía entre beso y beso que se quedasen un par de minutos más en la cama…

–Estamos de día libre –le susurró al oído–. Cerremos el caso.

Pero no, ella, de idea fija, debía ir a hablar personalmente con el doctor Jones y con Gabriel. Porque ese hombre, que actuaba aún como un adolescente le recordaba a ella misma. Ese hombre, encerrado en su vida como si aún tuviese veintitantos, no era un mal hombre. Solo un ser atrapado en la realidad que deseaba para sí mismo. Carla sabía que Gabriel era un asesino, sabía que había matado a su padre, pero ella empatizaba con ese adulto de barba mal rasurada, porque ella en el lugar de Gabriel hubiese hecho lo mismo.

Se confió.

Expuso a Manuel y ahora cargará con eso.

–La locura no tiene límite –la desconcentra el capitán Gómez palmeando la espalda de Carla.

–Así, es…

–¿Cómo estás, Carla? –apunta mientras ambos tienen la vista fija en el féretro de cedro oscuro que eligió la madre de Carrillo.

–Pensando, capitán. Manuel odiaba los lugares cerrados. Era su fobia. Debimos cremarlo y esparcirlo libre sobre el mar, o qué sé yo. Pero su madre me fulminó con la mirada al proponer la idea. Puso cara de «¿y ésta de dónde ha salido?» o «¿quién se cree? Nadie mejor que yo conoce a mi hijo». En fin, algo así sin duda fue.

El capitán Gómez rodea a Carla en un abrazo mientras esta se traga la maldita lágrima que se le ha montado.

–Está bien llorar, Carla…

–¡Claro que no! No lo está. ¿Quién regresará a mi madre? ¿O a Manuel? Dígame, capitán.

–Alivia, Carla.

–¡Maldito el momento en que me di licencia para querer a alguien! Ya lo ve. Estaba bien sola. Dedicada al trabajo, donde mi mayor preocupación era recordar que el café del capitán Gómez es sin azúcar, ja, ja, ja –ríe, quitándole hierro al asunto.

–Eres buena, Carla. Eres un motor para esta institución. No lo olvides. Te necesitamos.

Carla siente el hormigueo de las emociones revueltas en el estómago. Se le ha juntado todo: lo cansada que en algún minuto estuvo de trabajar con Godínez, el caso de Mauricio que le espantó hasta el sueño y donde conoció de verdad al capitán, y Manuel, que le devolvió la ilusión que hacía tanto que le venía en falta.

–Me voy, capitán…

–¿Cómo? ¿Qué…?

–Eso. Que dejo la Unidad de Criminalística y retorno a la urbe. A vestir de traje y a transportarme en limusina. A asistir a eventos y a almorzar con embajadores.

–Lo sabía… No eres de aquí, Carla. Y no lo digo porque exudas dólares, no, claro, vales más que eso. Lo digo porque eres imparable. Eres inteligencia global.

Carla se emociona. Maldita lágrima que ha vuelto como si la hubiesen llamado.

Carla traga de nuevo.

No saldrá por los ojos. No, señor. Masticará la pena.

Godínez palpa los sentimientos de su compañera, ya que, aunque porte unas gafas negras que le cubren parte del rostro, la rigidez de la musculatura facial le indican que hace esfuerzos por mostrarse íntegra. El capitán Gómez cambia el tema:

–¿Te comenté lo que dice el informe psiquiátrico de Pilar Sepúlveda? –agrega sacando una delgada carpeta debajo de la chaqueta mientras la coge del codo con sutileza para alejarla del lugar.

–Mmm, no. No sé nada.

–El doctor Jones dice que la mujer tiene un trastorno de personalidad narcisista con megalomanía…

–¿Con qué?

–Megalomanía. Es cuando alguien cree que tiene una misión trascendental en la vida, y sus actos, por más atroces que sean, están justificados por un bien mayor. Y, además, el no sentir remordimiento por dejar morir chicos, incluido al propio hijo, revela despersonalización, es decir, se desconecta emocionalmente.

–Es decir, Pilar Sepúlveda prácticamente no es un ser humano.

–Si lo ve por ese lado… Para mí es baja moralidad y exceso de fanatismo.

–Claro. Reclutó a punta de manipulaciones a gente vulnerable por sus heridas del pasado.

–¿Como a Rosa Ferrada?

–Ajá. Incluso, les quitaba todo el dinero a esa gente para sus fines.

Y ahora Pilar Sepúlveda también está en el pabellón 57 –confirma el capitán Gómez– y Clark…. ¿Recuerdas a Clark?

–Claro. Lo recuerdo perfecto. Es el pastor. El dueño de la bodega donde encontraron al primer chico muerto.

–¡Ese mismo! Estábamos tras su pista, porque la bendita bodega no era un lugar elegido al azar. Era un centro de encuentro para realizar los rituales. Él también era parte de la secta.

–¡Madre mía! –exclama Carla con naturalidad–. Aunque a estas

alturas, ya nada me sorprende. ¿Lo han encerrado?

–No, porque para su fortuna, se murió de viejo hace un par de meses. Y menos mal, no queremos enviar más pacientes al pobre Dr. Jones, el pabellón psiquiátrico ya no da abasto.

62
Un comienzo

A Gabriel nunca le han gustado los cambios.

Le aterran.

Recién amanece, pero la ansiedad le ha impedido dormir la noche anterior. Baja al comedor a desayunar. Es el primero.

Hay pan con mantequilla, lo sabe por el aroma que se desprende.

Han cambiado a la mujer que atiende el casino. Y Gabriel se ha propuesto ser un poco más sociable, no quiere que le pase lo mismo que con la anterior cocinera, que nunca supo ni cómo se llamaba. A esta le pregunta.

–Pilar –otorga la mujer.

–Yo soy Gabriel. Estudio en la universidad. Medicina, para ser más preciso. Me falta poco. Ya me iré de aquí. Seré el orgullo de mi madre. Y de la tía Rosario, claro.

–Yo también tengo un hijo, al que casi no veo. El trabajo, ¿sabes? Lo extraño.

–Deberías invitarlo –sugiere Gabriel mientras pega una bocanada–. El pan ha quedado de lujo.

–Claro que lo haré. Cuando venga, ya verás que te lo presento. Y tú, ¿a qué internado ingresas?

–A psiquiatría.

Ella hace una mueca. Tampoco le agrada.

–Lo sé, lo sé, a todos les sorprende. Pero anda tanto loco… Ni te imaginas –asegura mientras se acomoda en la silla con el humeante pan entre las manos.

–Lo importante es no ser un desgraciado en esta vida. Vivir digno, si no, no vale la pena –enfatiza ella sin dejar de poner los alimentos sobre la mesa.

–Muy de acuerdo –refiere Gabriel mientras se pone de pie para acudir al hospital. Se roza la barbilla. Cómo es tan descuidado! De nuevo, ha olvidado afeitarse.

–Por ejemplo, yo, estoy bien aquí… en mi cafetería.

–¿Es tuya? –interroga Gabriel, incrédulo.

–Sí, soy la nueva concesionaria. Nos veremos más seguido. Te presentaré a mi hijo y tú me presentarás a tu familia. ¿Qué te parece?

–Me parece una gran idea. Le hará bien a mamá. Ha tenido una vida triste, ¿sabe?

–¿Por qué dices eso?

–Porque tiene un marido alcohólico y maltratador. Ha sido difícil.

–Bueno, bueno, muchacho, no te me pongas triste. Para todo hay solución en esta vida. Dile que me venga a saludar… Tengo un grupo de ayuda para familias como ustedes.

–¡Le diré! –exclama Gabriel, comenzando a tomar distancia. Debe llegar al hospital.

–¡Cafetería El Paso! Así se llama este lugar ahora. Dile a tu madre que le encantará.

–¡Seguro! Estará contenta –grita ya esta vez mientras se despide con la mano elevada.

Agradecimientos:

Querido lector: el primer agradecimiento es para ti, por haber confiado tu tiempo en mis letras. Te agradezco, además, por si me has acompañado en más de un libro y por darme la fuerza para escribir cuando he pensado que ya no había que hacerlo.

Agradezco a mi familia, el gran pilar de mi vida. A los que me alientan todos los días, los amo.

Agradezco a mi editora, Camila Domínguez, quien creyó en esta historia, y quien ha sumado su pasión con la mía, dándome la convicción en cada esquina de que podíamos con esto y con mucho más. Sin ti, nada sería posible.

A Manuel Flores, un admirado colega, un gran psiquiatra y amigo, quien fue los primeros ojos de Gabriel, su tratante y mayor crítico. Gracias por ser parte de esta aventura.

A Mary Godoy, mujer inspiradora y del corazón más noble que he conocido. Gracias por recordarme que los sueños están para cumplirlos.

A Isabel, que con su sabiduría me recuerda que el cariño es esencial y que el tiempo no es un enemigo, sino un gran aliado.

A mis queridas Bad Sisters, que nunca me dejan sola, y quienes, con su toque de diseño y de arte, me acompañan en todos los pasos; las adoro.

A Ismael Rivera, fotógrafo y arquitecto, quien captura mi mente y corazón en cada una de sus imágenes.

A Marian Viladrich, a diagramadores y correctores. Al equipo de diseño, *marketing* y producción de Zig-Zag, quienes, con esmero y

profesionalismo, han sacado la mejor versión de este libro. Para ustedes, mi agradecimiento es infinito.



Con Peras y Finanza$

Ackermann, Francisco
9789561237032
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

De seguro muchas veces llegar a fin de mes es trabajo arduo. El sueldo no alcanza, los gastos

aumentan ¡y no queda dinero para guardar y menos para invertir! ¿Es posible generar más de lo que gastamos? ¿Podemos invertir con pocas lucas? Les puedo asegurar que sí. Este libro es una invitación a que observemos nuestro comportamiento, establezcamos metas y las alcancemos con dedicación y constancia. Para eso les enseñaré sobre hábitos de ahorro, distintos tipos de inversiones y la mentalidad que hay que tener frente a ellas. Todo esto para que ustedes puedan tomar buenas decisiones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El arte de tejer crochet 2025

AA.VV
9786319022865
144

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este 2025 El Arte de Tejer Crochet vuelve renovado con una gran variedad de videos tutoriales para que puedas realizar tus tejidos a la perfección! En esta edición sorpréndete con 70 modelos para tejer a crochet. Aplica novedosas técnicas como Mosaico,

cordón a dos colores, puntos fantasía, vueltas acortadas y más. Los mejores diseños en un solo libro. Sweaters, chalecos, prendas desiguales, maxi poleras, chales, guantes, carteras, y mucho más. No pierdas la oportunidad de crear estos diseños exclusivos y novedosos!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El arte de tejer 2025

AA.VV

9786319022834

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este 2025 El Arte de Tejer vuelve renovado con una gran variedad de videos tutoriales para que puedas realizar tus tejidos a la perfección! En esta edición sorpréndete con 70 modelos para tejer a palillo. Aplica novedosas técnicas como Brioche, I-cord, tejido circular, vueltas acortadas y más. Los mejores diseños en un solo libro. Sweaters, chalecos, prendas desiguales, maxi poleras, chales, guantes, carteras, y mucho más. No pierdas la oportunidad de crear estos diseños exclusivos y novedosos

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



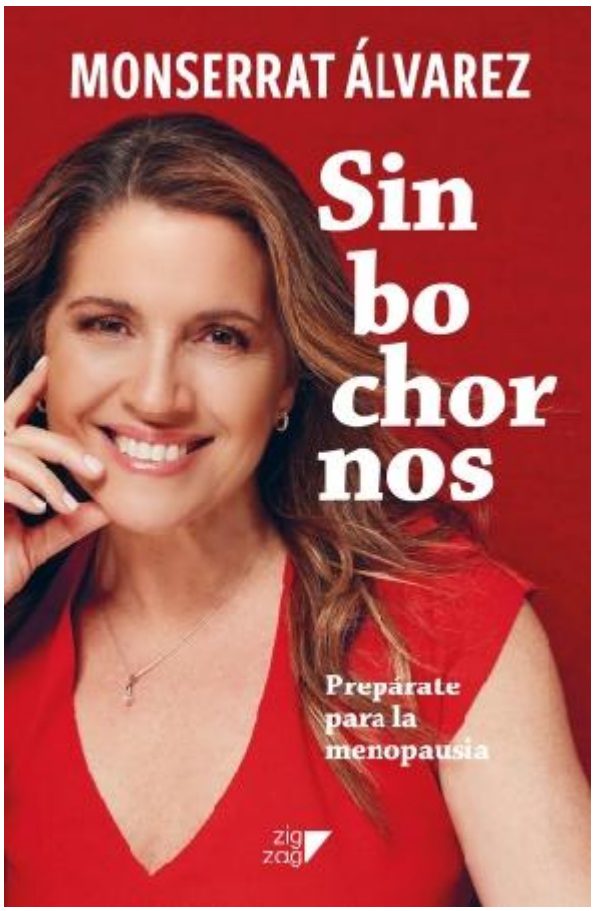
Los Vecinos perfectos

Corral, Paz
9789561237506
40

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El padre de esta típica familia chilena no soporta a sus vecinos. Son ruidosos, cantan todo el día y de la cocina salen olores irreconocibles. ¡Llegaron de Venezuela a revolverle el gallinero! Pero la amistad de su hijo con la hija de los vecinos le enseñará que lo nuevo puede ser bueno… como las arepas con pebre.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sin bochornos

Álvarez, Monserrat
9789561237872
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La periodista Monserrat Álvarez habla sin bochornos sobre su experiencia antes y durante la menopausia. Con sentido del humor e ironía retrata el difícil proceso de decirle adiós a la época del colágeno en abundancia para darle la bienvenida a una nueva adultez. Este libro es una historia personal y, al mismo tiempo, una completa guía con todo lo que necesitas saber para enfrentar esta etapa todavía muy desconocida y muy poco estudiada por los especialistas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)